

2 de abril 2008

Nombre del estudiante: Nery Alexis Gaitán Guzmán
ID. UM3723HLL8776

Final Thesis:

**Bibliographic Index of the Honduran Short
Story**

ATLANTIC INTERNATIONAL UNIVERSITY
Honolulu, Hawai

TABLA DE CONTENIDO

Agradecimientos.....	4
Resumen.....	5
Capítulo 1: Formulación del Proyecto.....	6
1.1 Título.....	6
1.2 Formulación del Problema.....	6
1.3 Evaluación del Problema.....	6
1.4 Limitaciones de la investigación.....	7
1.5 Síntesis del Proyecto.....	7
Capítulo 2: Objetivos de la investigación.....	8
2.1 Objetivos de la investigación.....	8
2.2 Objetivos Generales.....	8
Capítulo 3: Apreciaciones bibliográficas.....	9
3.1 Introducción general.....	9
3.2 Apreciaciones sobre el cuento.....	10
3.3 Apreciaciones bibliográficas.....	14
3.4 Libros de cuentos publicados por narradoras.....	15
3.5 Cuadro de libros publicados por décadas.....	18
Capítulo 4: Apreciaciones sobre el cuento en Honduras y libros publicados por décadas.....	19
4.1 Apreciaciones sobre el origen del cuento en Honduras.....	19
4.2 Libros publicados por décadas.....	20
4.3 Década de 1901-1910.....	20
4.4 Década de 1911-1920.....	21
4.5 Década de 1921-1930.....	22
4.6 Década de 1931-1940.....	24
4.7 Década de 1941-1950.....	26
4.8 Década de 1951-1960.....	27
4.9 Década de 1961-1970.....	29

4.10	Década de 1971-1980.....	31
4.11	Década de 1981-1990.....	33
4.12	Década de 1991-2000.....	36
4.13	Años 2001-2003.....	45
	Capítulo 5: Conclusiones.....	48
	Capítulo 6: Bibliografía.....	51
	Capítulo 7: Datos biobibliográficos de los autores.....	53
	Capítulo 8: Antología mínima del cuento en Honduras.....	100
8.1	La Renuncia del Escribiente; Juan Ramón Molina.....	100
8.2	Paulina; Froylán Turcios.....	104
8.3	El Manco Mena; Rafael Heliodoro Valle.....	108
8.4	Sombra; Arturo Martínez Galindo.....	110
8.5	La Familia de Jacinta; Marcos Carías Reyes.....	125
8.6	Los Piojos de la Patria; Eliseo Pérez cadalso.....	128
8.7	El Árbol de la Discordia; Alejandro Castro, h.....	132
8.8	El Bazar del Anticuario; Santos Juárez Fiallos.....	137
8.9	La Técnica del Golpe de Estado; Adolfo Alemán.....	141
8.10	Testigo Ocular; Miguel Rodrigo Ortega.....	146
8.11	La Felicidad Siempre Llama Dos Veces; Nery Alexis Gaitán.....	150
8.12	Toda Una Vida Huyendo; Irma Leticia de Oyuela.....	153

AGRADECIMIENTOS

Agradezco en primer lugar a Dios Todopoderoso, porque me ha permitido culminar una etapa más en mi vida profesional.

A mis padres, María Antonieta Guzmán de Gaitán y José María Gaitán, por su constante y decidido apoyo a lo largo de toda mi vida.

A mi hijo, Alexis Gabriel, que es mi alegría y mi esperanza, y porque es una razón más que me incentiva a superarme profesionalmente para brindarle una mejor opción en esta vida.

Al personal docente y administrativo de la Atlantic International University, por su acertado apoyo y orientación a lo largo de mis estudios.

RESUMEN

Este trabajo de investigación literaria aborda los siguientes tópicos: apreciaciones sobre el género narrativo “cuento”. Apreciaciones bibliográficas generales sobre libros de cuentos publicados en Honduras. Apreciaciones sobre el origen del cuento en Honduras. Define los 38 libros de cuentos publicados por narradoras hondureñas. Define todos los libros de cuentos publicados por escritoras y escritores hondureños desde el año 1902 hasta agosto de 2003; se hace un recuento general de todos los libros publicados, por autor, título y año de publicación, por cada década del siglo XX, hasta el Siglo XXI al mes de agosto de 2003. El recuento general arroja el gran total de 255 libros de cuentos publicados por escritores hondureños.

Asimismo se hacen apreciaciones generales por cada década, las que ilustran lo que fue el desarrollo del cuento a lo largo del siglo XX y se incluyen conclusiones que determinan cuándo inició el cuento en Honduras, cuántos libros se han publicado y algunas particularidades que ha mostrado el cuento a lo largo de su desarrollo temático.

Se incluyen los datos biobibliográficos de los autores reseñados para determinar cuál fue su obra y, de ser posible, algunos datos biográficos, ya que el escritor hondureño está poco documentado.

Finalmente se incluye una antología mínima del cuento en Honduras, que está compuesta por doce relatos que reflejan diversos momentos de lo que ha sido el cultivo del cuento en nuestro país.

CAPÍTULO 1

Formulación del Proyecto

1.1 Título

Índice Bibliográfico del Cuento en Honduras

1.2 Formulación del Problema.

La investigación y estudio del cuento en Honduras plantea hasta el momento algunos problemas para su análisis y conocimiento :

1. En el proceso de investigación literaria sobre la literatura hondureña, se ha encontrado que uno de los grandes problemas para el estudio de la misma es la falta de referencias bibliográficas.
2. En lo que respecta a la narrativa, y específicamente al cuento, no existen datos bibliográficos con respecto a quiénes han publicado libros de cuentos, tampoco se pueden ubicar las fechas de publicación de las obras.
3. No se sabe con claridad quiénes son los cuentistas hondureños —sus datos biográficos son casi inexistentes— y qué libros han publicado.
4. No se ha realizado un estudio profundo sobre el desarrollo del cuento en Honduras, sólo hay algunos trabajos parciales.
5. No se ha elaborado un Índice Bibliográfico del Cuento en Honduras, que registre la producción cuentística: autor, título y año, a nivel de libro publicado.

1.3 Evaluación del Problema

Esta investigación es de gran relevancia para la cultura nacional, porque se pretende conocer el desarrollo del cuento y quiénes se han dedicado a cultivar el género, además se pretende elaborar una antología mínima que refleje lo que ha sido el cultivo del género a través del tiempo. Asimismo, este trabajo vendrá a enriquecer la bibliografía literaria y servirá de marco para la

formulación de una “Historia de la Literatura Hondureña”, tan necesaria para dar a conocer nuestros valores literarios y consolidar nuestra identidad cultural.

1.4 Limitaciones de la Investigación

Al tratarse de una de las primeras investigaciones en este campo del desarrollo del cuento en Honduras, las limitaciones son varias:

1. La amplitud y extensión del tema.
2. La escasez de tiempo con relación a la investigación misma, debido a factores cotidianos (trabajo de subsistencia, etc.).
3. Falta de una amplia bibliografía.

1.5 Síntesis del Proyecto

Este proyecto de investigación buscará en esencia investigar:

A los autores hondureños que hayan publicado libros de cuentos; determinar el autor, título y año de cada libro de cuentos; realizar apreciaciones por cada década del siglo XX y, de ser posible, hasta mediados del año 2003; incluir los datos biobibliográficos de los cuentistas; y, elaborar una antología mínima de doce cuentos que refleje lo que ha sido el cultivo del género en Honduras.

CAPÍTULO 2

Objetivos de la Investigación

2.1 Objetivos de la investigación

Para iniciar la elaboración del Índice Bibliográfico del Cuento en Honduras se necesita ubicar en el tiempo, de una forma cronológica, a los creadores del género; asimismo ubicar las obras por el año de publicación. También se deberán plantear algunos aspectos generales del inicio del género narrativo en el país. El proceso investigativo tiene los siguientes:

2.2 Objetivos Generales:

- 1.** Rastrear los orígenes del cuento en Honduras, cuándo se empezó a cultivar el género.
- 2.** Definir y caracterizar el género narrativo “cuento”.
- 3.** Identificar quiénes son los cuentistas hondureños, qué libros de cuentos han publicado y el año de publicación de la obra.
- 4.** Hacer un análisis mínimo de lo que ha sido el desarrollo del género, por cada década del Siglo XX, hasta mediados del año 2003.
- 5.** Incluir todos los datos biobibliográficos de los cuentistas hondureños.
- 6.** Elaborar una antología de doce cuentos que refleje lo que ha sido el desarrollo del género en Honduras.

CAPÍTULO 3

Apreciaciones bibliográficas

3.1 Introducción general

El cultivo del cuento en Honduras se ha caracterizado por ser de alta calidad literaria, en donde los creadores, aparte de cultivar las formas del arte, se han preocupado por dejar constancia de las particularidades de la vida social de nuestro país. Así, el relato nos habla de personajes comunes y corrientes que enfrentan la vida con una serie de desdichas e infortunios, propios de un país pobre aquejado por toda una serie de injusticias sociales. Quizás la estación más larga sea aquella que nos habla de los personajes del campo y su peculiar entorno, lo que se conoce con el nombre de “El Criollismo”, que fue cultivado con gran acierto por varias décadas. Generaciones posteriores plantearán el deseo de universalizar la problemática del hombre, más allá de sus necesidades sociales, y encontrarán asidero en las urdimbres filosóficas, religiosas y místicas, colocando al hondureño del siglo XXI frente a las eternas inquietudes filosóficas que le vislumbran un horizonte espiritual pleno, amoroso y eterno, como se devela ya plenamente en los escritores a partir de la década de 1980 en adelante.

El hondureño tiende a olvidar su historia, esa es una triste verdad, y los trabajos de corte histórico o bibliográfico tienden a ser pocos o inexistentes en algunos casos. Hace falta toda una serie de estudios que reflejen el quehacer de las generaciones anteriores en todos los aspectos de la convivencia nacional. Registrar, en este caso, la totalidad de la producción artística es una necesidad para rescatar del olvido el valioso trabajo de los creadores, es decir, que es necesario definir la identidad cultural que caracterice al hondureño de hoy y siempre. Establecer los lineamientos que sienten las bases de la identidad cultural, social, política, etc., del pueblo hondureño debe ser una prioridad; el arte en general, define y consolida el rostro de la patria.

Sistematizar, registrar y valorar la producción cuentística hondureña mediante análisis literarios precisos y adecuados, es una urgencia. Lo mismo podríamos decir de las demás ramas del arte, de la

historia, de la economía, etc.

Es en este sentido que se ha elaborado el Índice Bibliográfico del Cuento en Honduras, para tener presente a todos y cada uno de los libros de cuentos que se han publicado en nuestro país, desde el primer libro publicado, hasta mediados del año 2003; siendo este un primer paso para abordar posteriormente el estudio de cada obra, ubicándola en el movimiento literario a que pertenece y así poder realizar una justa valoración artística.

Este trabajo se basa solamente en libros publicados, que es lo que determina la presencia bibliográfica definida sobre la obra de un escritor. Esto no significa que se desconozca el trabajo realizado por diversos autores que han cultivado el cuento, pero que no han publicado un libro. En su momento se hará un estudio exhaustivo de su trabajo narrativo, pero sí se incluyen datos biobibliográficos de algunos de ellos. Se incluye a Juan Ramón Molina, que aunque no publicó un libro de cuentos, es uno de los pilares de la cultura hondureña y su obra la recopiló Froylán Turcios en el libro “Tierras, Mares y Cielos” publicándolo en 1911.

Ya que este trabajo versa sobre el cuento, es justo que reflexionemos sobre las particularidades del género, en donde podamos arrojar algo de luz sobre el misterio del relato corto.

3.2 Apreciaciones sobre el cuento

Escribir no es una tarea nada fácil, ya que la literatura debe desentrañar los misterios del corazón humano en un contexto de belleza; el lenguaje es la herramienta de trabajo que deberá perfilar los destellos de lo noble, lo radiante y lo trascendente, sólo así en verdad, llegaremos a los puertos de la eternidad que es el arte narrativo.

Escribir un relato corto es incluso más difícil. No se trata de hacer un pequeño cuerpo narrativo, en donde por azar vaya incluida una anécdota. Aquí me viene a la memoria algo que le escuché al maestro Rodolfo Alcaraz en México: “Conocí a un grupo de poetas que se especializaba en hacer

haikús de diecisiete sílabas. Su único problema era que todo su pensamiento estaba constituido por ese número de sílabas”. Pienso que esos poetas habían perdido la esencia del poema corto: reducir el universo en un contexto silábico preconcebido, y sólo reflejaban una pobreza mental extrema.

En lo que se refiere al relato corto, también podemos decir que no se trata de hacer una o dos frases con un orden lógico; se trata de concebir una historia *completa*, con los elementos necesarios que engloben un universo propio, en el cual sea imprescindible esa vuelta de tuerca, ese elemento sorpresa o situación escondida, que haga ameno, creíble y sorprendente el relato.

Se debe tener claro que el cuento corto narra solamente una historia. Esa es su principal característica. Asimismo, deben intervenir pocos personajes, ya que de lo contrario tienden a complicar innecesariamente la trama.

Julio Cortázar decía que el cuento gana por “knock out” y la novela por decisión. Esto nos indica que el relato debe ser rápido, y debe desarrollarse en el menor tiempo posible. La acción debe estar enmarcada en un período de tiempo o en un espacio temporal que no desfase los elementos de la historia. Con relación al tiempo de lectura, no deberá ser tan largo que haga caer al lector en el desinterés. Edgar Allan Poe, decía que un cuento, por largo, se debía leer en treinta minutos, no solamente haciendo referencia a lo temporal, sino también a la rapidez de la acción y secuencia de la trama; por lo tanto, deben narrarse sólo los hechos imprescindibles. De lo contrario empezaremos a divagar y se perderá el efecto contundente de la historia; además, el lector tenderá a caer en el fastidio, entonces nuestro cuento solamente servirá para desecharlo.

Es muy importante recordar que el cuento corto es una historia que se debe contar de un tirón, debe ser un hachazo en el árbol de lo cotidiano, debe impresionar hasta las últimas consecuencias.

Si recurrimos al concepto clásico, diríamos que son necesarios dos personajes que interactúen,

una introducción, una trama y un desenlace. Si utilizamos las técnicas narrativas actuales, podríamos invertir los elementos que lo integran: así plantearíamos primero el desenlace, después la trama o el elemento esencial que daría consistencia a la historia; incluso, deliberadamente podemos no incluir algún hecho, con la intención de que el lector, quien también es un creador, finalice el argumento. Si esa es nuestra intención, ¡excelente!, pero se debe ser extremadamente cuidadoso al escribir la historia, ya que no podemos dejar que nuestro lector la escriba por nosotros.

Esto significa que debemos tener la capacidad de transmitirle una serie de pistas que lo llevarán a un inevitable resultado: la agonía de la historia al haber disparado el dardo del develamiento; que sea como un perfume de claridad, esparcido en el ámbito del misterio (símil impreciso, pero que nos remite a la alegría, al deleite, por haber encontrado un escrito fascinante).

En síntesis, el cuento, para que funcione, debe ser efectivo en cuanto a mostrarnos de golpe un drama o un hecho trascendente, situación que nos permitirá entender la profundidad de un escrito. Asimismo debe destilarse del texto una interesante visión de mundo que nos diga algo, si no nuevo, al menos con la necesaria capacidad interpretativa para hacernos volver sobre las verdades profundas y maravillosas de la existencia; sin embargo, no debemos caer en el didactismo, ya que nuestra finalidad es hacer arte, sin olvidar que el arte verdadero y trascendente es aquel que gira en torno al hombre, sus anhelos y sus inquietudes existenciales.

El cuento corto —y no se debe caer en la trampa de la palabrita corto— no debe escribirse pensando en que debe ser breve y por lo tanto no deben decirse algunas cosas, ya que caeríamos en el apresuramiento y contaríamos mal la trama. Es breve porque la historia así lo requiere, y su extensión puede ser desde una línea hasta unas cuantas cuartillas. Recordemos que hay excelentes cuentos que no son necesariamente breves, pueden tener 15 o más cuartillas.

Una de las principales características que debe poseer el escritor es la capacidad de síntesis, de lo contrario alargará la historia innecesariamente. En este caso, el camino a seguir será desbrozar

los hechos innecesarios —adjetivos, palabrería, descripciones en demasía—, que no le aporten nada a la historia; en resumen, limpiar el texto de todo lo prescindible.

Es importante entender que no seremos expertos cuentistas desde nuestros primeros intentos; todos los elementos propios de la narración, mencionados anteriormente, se nos irán aclarando en la medida que nos enfrentemos con el quehacer literario, y se nos vayan haciendo accesibles las técnicas del narrar.

Es necesario señalar que una vez terminado el relato se le debe dar un intervalo de reposo; esto se hace con el propósito de que madure la cohesión de la trama. Al volver a él, mediante una relectura crítica, haremos una reescritura mejorando los aspectos formales y de contenido que presenten problemas, y que por la cercanía e identificación con el texto no habíamos detectado.

Por lo demás, están los grandes maestros del cuento que debemos estudiar con sentido crítico, para que nos enseñen lo mejor de sí; yo mencionaría a Miguel Rodrigo Ortega, Adolfo Alemán, Guy de Maupassant, Edgar Allan Poe, Anton Chejov, Horacio Quiroga, entre otros.

Para concluir este apartado transcribiré uno de mis trabajos, producto de mi experiencia narrativa, en donde he procurado seguir los lineamientos que he mencionado. Ustedes, amables lectores, deberán ponerlo en el banquillo de los acusados y concluir si es un relato corto o no:

La sentencia rehusada

Un estruendo conmovió la tierra. Poco después irrumpieron dos capitanes, que traían una inmensa cabeza de dragón empapada en sangre. La arrojaron a los pies del emperador y gritaron: «Cayó del cielo».

Wei Cheng, que había despertado, la miró con perplejidad y observó: «Qué raro, yo soñé que mataba a un dragón así».

Wu Ch'eng-en: La sentencia (c. 1505-c. 1580).

El dragón sabía que moriría en el sueño de un hombre. Desesperado, buscó ayuda. Un sabio le dijo:

—Mata al hombre en el momento en que ingrese al sueño.

El dragón hizo guardia en el portal de los sueños. Ahí esperó al hombre y lo mató.

—¿Dónde has estado? —quisieron saber sus amigos.

—¡Matando un hombre! —respondió satisfecho.

Pero todo era una cuestión de tiempo. El dragón había matado al hombre equivocado.

(de: A la sombra del loto, 1996).

3.3 Apreciaciones bibliograficas

A continuación se enlistan los libros de cuentos publicados por escritoras y escritores hondureños, dentro y fuera del país, haciendo un total de 253 títulos publicados por 134 autores, de los cuales 38 han sido publicados por 31 narradoras; en este conteo general se cuentan como títulos 15 colecciones de cuentos completos, ya que algunos contienen cuentos inéditos.

De las 15 colecciones de Cuentos Completos, dos títulos pertenecen al escritor Nery Alexis Gaitán, quien fue el primer cuentista en publicar una antología de su obra narrativa en 1993, bajo el título **Extraña Cosecha**, y posteriormente en 1998, sus cuentos completos bajo el título de **Pretextos para la Eternidad**, que incluye el libro inédito: **Pretextos para Bien Dormir**. En 1999, el escritor Julio Escoto publicó una antología de sus cuentos bajo el título de: **Todos los Cuentos**. Asimismo,

en la colección de cuentos de Ramón Amaya Amador se incluyen tres libros de cuentos que habían permanecido inéditos: **Hombres de Cerro y Pino, La Abanderada y Cuentos Catrachos**, lo que aumenta el recuento a 255 libros. Es importante mencionar que este no es un listado definitivo, ya que deben existir libros de los cuales no tengo noticia; además de los nuevos títulos que se van incorporando ya que este trabajo se cierra a mediados de 2003.

3.4 Libros de cuentos publicados por narradoras

A continuación se elabora el listado de los libros de cuentos publicados por narradoras, 38 en total. Es de hacer notar que la mujer siempre ha estado relegada en los campos del arte —y en todos los aspectos de la vida en el acontecer nacional—, pero su producción cuentística no es nada despreciable y además, tiene gran calidad literaria.

1. Díaz Lozano, Argentina	Perlas de mi Rosario	1930
2. Laínez, Isabel D.	Vida Infantil: libro de cuentos para niños	1931
3. Ferrera, Fausta	Cuentos Regionales	1938
4. Díaz Lozano, Argentina	Topacios	1940
5. Gamero de Medina, Lucila	Betina	1941
6. Delgado M., Ofelia	Anhelos de un Corazón	1953
7. Núñez de Simón, Tilita	Margarita o el Amor de un Gitano	1957
8. Laínes de Blanco, Mercedes	Altar (verso y prosa)	1958
9. Díaz Lozano, Mimi	Sendas en el Abismo	1959

10. Agurcia Membreño, Mercedes	Tirantes Azules	1968
11. Martínez, Gloria	Fiesta del Árbol	1968
12. Palmer, Dorene	Vale la Pena	1974
13. Banegas de Alvarenga, Martha	Espigas de Oro	1981
14. Castañeda de Sarmiento, Aída	Senderos de la Infancia (cuentos infantiles)	1985
15. Castañeda de Sarmiento, Aída	De la Tierra al Cielo	1987
16. Guerrero de Carranza, Fanny	Diálogo Forestal y Otras Narraciones	1988
17. Castañeda de Sarmiento, Aída	El Tío Bernabé y Otros Cuentos	1990
18. Cisneros, Paula Herminia	Entrega de Siete Cuentos de Viejos	1994
19. Civela Delanka (Iris M., de Delgado)	Mi Libro de Cuentos	1994
20. Castañeda de Sarmiento, Aída	Si Se Pudiera Congelar el Tiempo	1995
21. Alvarado-Watkins, Martha I.	Cuentos de Armenta	1997
22. Gamero de Medina, Lucila	Cuentos Completos Edición de la Edit. Universitaria.	1997
23. Oyuela, Leticia de	Dos Siglos de Amor	1997

24. Alvarado, Magda	Cuentos y Teatro (para niños y jóvenes) 1998	
25. Díaz de Ortega, Rubenia	Cuentos y Relatos	1998
26. Ramos, María Eugenia	Una Cierta Nostalgia	1998
27. Suazo Pineda, Aídalucinda	Treinta Segundos 1999, en realidad es sólo un cuento, con el cual ganó un concurso literario.	
28. Thais, Eva	Constante Sueño	1999
29. Tábora, Rocío	Guardarropa	1999
30. Oyuela, Leticia de	De Santos y Pecadores	1999
31. Cacho Caballero, Xiomara M.	Wafien y sus Maracas en realidad es sólo un cuento, publicado en edición bilingüe (garífuna-español).	2000,
32. Cisneros Saucedo, Paula H.	Cuentos del Abuelo: Pelo de Plata	2000
33. Flores Bermúdez, Alejandra	Cantos de Barro	2000
34. González, Karla Frida	Espejo Negro	2000
35. Mejía, Waldina	La Tía Sofi y Otros Cuentos	2000
36. Oyuela, Leticia de	Las Sin Remedio, Mujeres del Siglo XX	2001

37. Prieto, Marta Susana Animalario 2002

38. Minera, Daisy Fábulas s.f. (c.1980).

3.6 Cuadro de libros publicados por décadas

A continuación se detalla la cantidad de libros de cuentos publicados por década en la literatura hondureña, haciendo un total de 255 títulos.

Década	Número de libros publicados
1901-1910	2
1911-1920	7
1921-1930	4
1931-1940	15
1941-1950	6
1951-1960	21
1961-1970	19
1971-1980	10
1981-1990	32
1991-2000	107
2001-2010	<u>30</u>
	Total 253 (255)

CAPÍTULO 4

Apreciaciones sobre el cuento en Honduras y libros publicados por décadas

4.1 Apreciaciones sobre el origen del cuento en Honduras

En las últimas décadas del siglo XIX, se gestó la Revolución Liberal con la llegada al poder de Marco Aurelio Soto en 1876, hasta ese momento las guerras intestinas y el caos social eran las características de la vida diaria, y como es lógico deducir, la cultura no representaba ningún papel en la vida nacional. Con la llegada de Soto al poder y su preclaro ministro Ramón Rosa, se da una apertura y renovación en la vida social y cultural del país; bajo esta influencia bienhechora del positivismo liberal se estimula la cultura. A partir de ese tiempo podemos empezar a identificar los primeros escritos narrativos en lo que a cuento se refiere, quizás no propiamente el cuento literario, sino más bien remembranzas de costumbres y crónicas emparentadas con el periodismo, ya que sus cultores eran esencialmente periodistas; así podemos encontrar algunos trabajos dispersos de Marco A. Soto, Ramón Rosa con su muy conocida “Maestra Escolástica”, Liberato Moncada, etc. “los autores hondureños empiezan a ejercitar el libre juego imaginativo que, andando el tiempo, daría con el triunfo pleno del texto de ficción (Umaña, 1999: 18). En la última década del siglo XIX, Carlos F. Gutiérrez publicó la novela “Angelina”, escrita en 1884, bajo el seudónimo de Mariano Membreño, que a nuestro parecer puede ser un relato largo y que fue publicada en 1899. Esto ha creado una polémica ya que algunos estudiosos sostienen que fue la primer novela escrita en Honduras, y no “Adriana y Margarita” escrita en 1893 y publicada en 1897 de Lucila Gamero de Medina. Estos fueron, quizás, los primeros intentos formales de creación narrativa en el siglo XIX. También es necesario mencionar a Juan Ramón Molina y Froylán Turcios, quienes son los padres de la narrativa hondureña, desde este tiempo cultivaban ya, aparte de la poesía, la narrativa. Es importante destacar que la novelista Lucila Gamero de Medina, fue quizás quien primero publicó cuentos (con todas las características formales) en nuestro país en las últimas décadas del siglo antepasado, lastimosamente nunca publicó sus variados cuentos en forma de libro, solamente en diarios y revistas (exceptuando “Betina” de 1941, que es una colección de 6 cuentos; asimismo incluyó algunos en las novelas: “La Secretaria” y “Amor Exótico”, de 1954). Se debe a Carolina

Alduvín el acucioso trabajo de investigación y la recopilación de la mayoría de sus cuentos, los que fueron publicados en 1997 por la Editorial Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras.

4.2 Libros publicados por décadas

A continuación se enlistan por apellidos y nombre del autor, título y año de publicación, los libros de cuentos publicados. Asimismo se efectúa un somero análisis de lo que sucedió en cada década con el desarrollo del cuento en Honduras.

4.3 Década de 1901-1910

A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, Juan Ramón Molina (1875-1908) cultivó el cuento con gran acierto, en él se encuentra ya un trabajo formal con alta calidad literaria; podemos mencionar algunos de sus cuentos como: “El Chele”, “La Niña de la Patata”, “La Renuncia del Escribiente (capítulo olvidado de una novela perdida)”, “Lloviendo” y “Mr. Black” entre otros, en donde refleja su preocupación por las injusticias que se cometen con los pobres; también refleja las características de la convivencia social de su época y una visión fatalista de la existencia, rescoldo de un romanticismo decadente. Asimismo, ya Froylán Turcios cultivaba su obra narrativa. En los inicios del cultivo del relato, está presente la influencia periodística ya señalada, por ello los cuentos tienen un sabor a crónica o a narración de sucesos. En Honduras, el año 1906 es muy importante ya que se convoca a un concurso de relatos en los Juegos Florales de Tegucigalpa, el cual es ganado por Don Rómulo E. Durón, con el cuento: “La Campana del Reloj”. A partir de aquí se podría decir que el cuento es visto como un género literario independiente. Los libros publicados en esta década son:

Tobías Rosa, José María	Colección de Composiciones	1902
Turcios, Froylán	Hojas de Otoño	1904

Total 2 libros publicados.

4.4 Década de 1911-1920

Aquí encontramos en plena labor creadora a Froylán Turcios (1875-1943), quizás el padre del cuento en Honduras, fue un escritor que asumió su oficio con responsabilidad literaria y es digno ejemplo de superación artística, fue un gran divulgador cultural y dejó el nombre de la patria en un alto sitio de honor; su talento fue altamente reconocido por destacados intelectuales de todo el Continente. La obra de Turcios está imbuida por influencias de los simbolistas franceses, por Edgar Allan Poe, por Rubén Darío, entre otros, influjos con los que construye una obra de corte romántico-modernista. El culto a la muerte, lo trágico, lo mórbido, lo misterioso en donde los personajes agobiados por un peso moral o afectivo, ansían soluciones escatológicas, propias de un más allá que les vislumbra cierta plenitud, o que llevados por una violencia interior: la tortura del alma, ansían liberarse, o el culto a la desesperanza cuando se ha perdido el amor, son algunas características de su obra. En Turcios encontramos una visión de corte cosmopolita y no meramente regional. Su libro “Cuentos del Amor y de la Muerte”, es su obra por antonomasia; un hecho peculiar: es un texto con una gran cantidad de cuentos, 69 en total. También Rafael Heliodoro Valle (1891-1959), quizás el intelectual más completo que ha tenido Honduras, publica sus primeros libros de relatos en donde se destila un profundo amor por lo nuestro, la nostalgia del hogar, del ayer, imbuidos en un contexto romántico-modernista. Los libros publicados en esta década son:

Molina, Juan Ramón	Tierras, Mares y Cielos (Verso y Prosa) Recopilación de Froylán Turcios	1911
Turcios, Froylán	Prosas Nuevas	1911
Turcios, Froylán	Tierra Maternal	1911
Valle, Rafael Heliodoro	El Rosal del Ermitaño	1911

Valle, Rafael Heliodoro	Anecdotario de mi Abuelo	1915
Zúñiga, Luis Andrés	Fábulas	1919
Zúñiga, Luis Andrés	El Banquete	1920

Total 7 libros publicados.

4.5 Década de 1921-1930

La generación de 1924 que forma el grupo Renovación en 1926, son los primeros que consolidan y modernizan el cuento en Honduras, según Manuel Salinas: “El cuento hondureño a partir de los años veintes desarrollará dos vertientes o corrientes literarias que marcarán en forma definitiva su desarrollo: el criollismo, con sus variantes: costumbrismo y regionalismo; la otra vertiente será el cosmopolitismo” (Salinas, 1981: 14). El criollismo refleja la estructura social agraria que predomina en el país; así, los narradores reflejarán la vida del campo y sus particularidades; los personajes serán campesinos que tienen mucho amor por su tierra, situados frente a injustas condiciones de vida. Manuel Salinas plantea que: “El gusto por el colorido de la tierra, por el folklore y las tradiciones, por la descripción de costumbres y formas de vida y por el habla del campesino hondureño, es una de las constantes que recorren y caracterizan a esta narrativa. Esta vertiente literaria, desde luego, es el producto de la existencia en nuestro país de una economía eminentemente agraria y de la supervivencia de estructuras latifundistas en varias regiones hondureñas” (Salinas, 1991:35). Don Marco Antonio Rosa, en una entrevista que le realiza Salinas en octubre de 1978, decía sobre su novela “Lágrimas Verdes”: “Yo intento llamar la atención del habitante urbano sobre la tragedia campesina. No es que piense que el problema sea desconocido sobre algo que reclama solución, sino que quise martillar sobre el abandono del ciudadano hacia los problemas del agro. Y para qué repetirlo: la vida en el campo hondureño para el hombre, para la

mujer y para el niño, ha sido y sigue siendo amarguísima” (Salinas, 1991: 37).

Manifestando preocupaciones sociales, pertenecerán al grupo que cultiva el criollismo, Federico Peck Fernández, narrador y periodista (1904-1929) que en su obra critica las oligarquías y la influencia extranjera (sobre todo norteamericana) que se hacía sentir ya en el país, y Marcos Carías Reyes (1905-1949), que en su obra se marca una fuerte tendencia a la denuncia político-social, a las injusticias y a las guerras intestinas que sangraron al país. En 1996, la Editorial Iberoamericana que dirige Oscar Acosta y la Editorial Guaymuras, publicaron sus cuentos completos.

La vertiente cosmopolita, que se caracteriza por el tratamiento y ambiente urbanos, en donde los protagonistas son ciudadanos, aborda problemas propios de las grandes urbes; esta corriente será el resultado de las vivencias en el extranjero de los creadores, la mayoría de ellos ostentaron cargos diplomáticos. El cosmopolitismo será cultivado por:

Arturo Mejía Nieto (1902-1972), en donde se vislumbra que en algún momento arrastra situaciones propias del criollismo, pero lo trasciende y entra a la corriente cosmopolita, renovando así el cuento hondureño. Arturo Martínez Galindo (1903-1940) que maneja una visión cosmopolita, diríamos casi universal sobre las inquietudes del alma humana. Asimismo, en sus cuentos también aborda temas erótico-amorosos, hasta el momento no trabajados en nuestra narrativa.

De 1930 es el libro “Cuentos del Camino”, de don Medardo Mejía, que lastimosamente fue perdido en el Ministerio de Educación y nunca ha sido recuperado, este libro se ubica en el regionalismo por la naturaleza de sus temas. Salinas comenta que: “Don Medardo Mejía se aparta del relato costumbrista cultivado en Honduras, al emplear en forma acertada ciertas armas mortales como el humor, la ironía, el sarcasmo y la sonrisa para criticar, ridiculizar y desmitificar el aparato ideológico-político de las clases dominantes hondureñas”, esencialmente diríamos que le inyecta una nueva vitalidad al regionalismo, su amor por la hondureñidad al describir facetas de la vida social y rural, es evidente. También se da por extraviado el libro de cuentos “El Dios Huracán”, que don Medardo dio a un organismo internacional encargado de su publicación; este libro fue escrito

con ocasión de la tragedia que vivió el pueblo hondureño con el huracán Fifi. Los libros publicados en esta década son:

Mejía Nieto, Arturo	Relatos Nativos	1929
Turcios, Froylán	Cuentos del Amor y de la Muerte (Reeditado por la Edit. Univ. en 1991 y 1994).	1929
Díaz Lozano, Argentina	Perlas de mi Rosario	1930
Mejía Nieto, Arturo	Zapatos Viejos	1930

Total 4 libros publicados

4.6 Década de 1931-1940

En esta década los cuentistas continúan cultivando el criollismo y sus vertientes, haciendo énfasis en la violencia que se genera en el país. “Si en algo coinciden la mayoría de los cuentistas de estas generaciones es en el tema de la violencia que siempre estuvo presente” (Oviedo, 2000: 11). También se continúa cultivando el cosmopolitismo, y se dan a luz nuevas obras, lo que refleja una constancia en el oficio.

Haciendo un apartado, es importante mencionar a Santos Juárez Fiallos (1916-2005) quien es el iniciador del cuento psicológico en Honduras. En 1937 empieza a publicar sonetos y algunos relatos de corte fantástico en revistas y periódicos, en donde emplea la superposición de planos, el desdoblamiento de los personajes, en donde sufren la tortura del alma esperando con paciencia el instante del resarcimiento, etc., haciendo uso de técnicas propias de la psicología, lo que deja entrever influencias de variada naturaleza desde Freud hasta Joyce, Kafka y posiblemente Borges, abriendo así una brecha en el criollismo que impera en esta época; don Santos seguirá publicando

paulatinamente sus trabajos en las décadas siguientes, desafortunadamente su caso es aislado y ningún otro narrador cultivó en ese momento nuevas técnicas narrativas ni abordó otro tipo de temas. En lo que respecta a don Santos no culminó una obra narrativa constante en su momento, lo que hubiera universalizado el cuento hondureño en esta década gobernada por el regionalismo o criollismo; será hasta 1989 cuando publique su primer libro de cuentos: “Los Alegres Años Veintes y Otros Cuentos Hondureños”. Los libros publicados en esta década son:

Laínez, Isabel D.	Vida Infantil: libro de cuentos para niños	1931
Mejía Nieto, Arturo	El Solterón	1931
Chirinox, Gustavo	Cuentos de Amor de Pasión y de Dolor	1932
Turcios, Froylán	Páginas del Ayer	1932
Cerrato, Alvaro J.	Páginas Rojas	1933
Mejía Colindres, Vicente	Recuerdos del Camino	1933
Carías Reyes, Marcos	Germinal	1936
Mejía Nieto, Arturo	El Chele Amaya y Otros Cuentos	1936
Valle, Rafael Heliodoro	México Imponderable	1936
Valle, Rafael Heliodoro	El Espejo Historial	1937
Ferrera, Fausta	Cuentos Regionales	1938

Valle, Rafael Heliodoro	Tierras de Pan Llevar	1939
Díaz Lozano, Argentina	Topacios	1940
Martínez Galindo, Arturo	Sombra	1940
Murillo, Emilio	Alma Criolla	1940

Total 15 libros publicados.

4.7 Década de 1941-1950

La corriente criollista y la cosmopolita, seguirán presente en los narradores que publican a finales de los años cuarentas y principios de los cincuentas, en esta década aparecen nuevos creadores en la vida cultural del país, publicando sus trabajos en periódicos y revistas; pero en general, este período no es de gran productividad narrativa y no hay propuestas novedosas. Los libros publicados son:

Carías Reyes, Marcos	Cuentos de Lobos	1941
Gamero de Medina, Lucila	Betina	1941
Valle, Rafael Heliodoro	Visión del Perú	1943
Valle, Rafael Heliodoro	Imaginación de México	1945
Laínez, Daniel	El Grencho	1946
Oquelí, Arturo	El Cultivo de la Pereza	

1948

Total 6 libros publicados.

4.8 Década de 1951-1960

En esta década continúa la corriente costumbrista y se consolida con nuevos nombres que revitalizan el género plasmando la angustiosa situación de la vida en el campo hondureño, ellos son: Víctor Cáceres Lara (1915-1993), en 1951 la Editorial Iberoamericana que dirige Oscar Acosta, publicó sus cuentos completos; Eliseo Pérez Cadalso (1920-1999); y Marco Antonio Rosa (1899-1983) que será el novelista por excelencia del criollismo. Asimismo Alejandro Castro h., (1914-1995) publicará su libro “El Angel de la Balanza” (1956) que es una crítica de naturaleza social; en 1952, la Editorial Iberoamericana que dirige Oscar Acosta y la Editorial Guaymuras, publicaron sus cuentos completos. Nuevos narradores publican sus primeros textos, pero no serán propuestas novedosas; aunque sí se perfilan los primeros elementos de la literatura de ficción con la publicación de “El arca” (1956) de Oscar Acosta. Los libros publicados en esta década son:

Martínez, José Francisco	Fábulas	1951
Cáceres Lara, Víctor	Humus	1952
Hernández, Rodolfo Alirio	Guijarros	1952
Sánchez, Angel Porfirio	Senderos	1952
Zerón, h., José	Revelación	1952

Delgado M., Ofelia	Anhelos de un Corazón	1953
López Arias, Salvador	Cuentos Hondureños	1953
Sánchez, Angel Porfirio	Relatos Hondureños	1953
Alvarado, Florencio	Mis Primeros Cuentos	1954
Pérez Cadalso, Eliseo	Ceniza	1955
Valle, Rafael Heliodoro	Flor de Mesoamérica	1955
Acosta, Oscar	El Arca	1956
Castro, hijo, Alejandro	El Ángel de la Balanza	1956
Mejía Nieto, Arturo	El Pecador	1956
Rosa, Marco Antonio	Inquietudes	1956
Núñez de Simón, Tilita	Margarita o el Amor de un Gitano	1957
Salvador, Francisco	Un Amigo Llamado Torcuato	1957
Laínes de Blanco, Mercedes	Altar (verso y prosa)	1958
Alemán, Adolfo	Tinajón de Barro	1959

Díaz Lozano, Mimi	Sendas en el Abismo	1959
-------------------	---------------------	------

Pérez Cadalso, Eliseo	Achiote de la Comarca	1959
-----------------------	-----------------------	------

Total 21 libros publicados

4.9 Década de 1961-1970

Como ya se mencionó, en 1956 Oscar Acosta publicó un pequeño libro de cuentos en Lima, Perú: “El Arca”, 18 cuentos en los cuales deja entrever algunos asomos de lo que será el cultivo de la ficción, aunque desgraciadamente, igual que en el caso de don Santos Juárez Fiallos, ese intento quedó aislado y no tuvo seguidores.

Vale la pena mencionar que en 1959, Adolfo Alemán publicó el libro: “Tinajón de Barro”, que aunque todavía se vislumbran restos de un criollismo, consolida un nuevo cosmopolitismo fuera del quehacer del campo y sus recurrencias en lo que a violencia, sobre todo política, se refiere. Con sus dos libros posteriores: “Tierra Abierta” (1963) y “Arenas Movedizas” (1967), será uno de los iniciadores de lo que se ha llamado el nuevo cuento en Honduras. En este mismo año, 1967, Orlando Henríquez publica el libro: “Doce Cuentos y una Fábula”, en donde se cultiva por vez primera la ciencia ficción en nuestro país.

El conflicto bélico Honduras-El Salvador, se verá reflejado en el trabajo literario de los escritores Eduardo Bähr y Julio Escoto, en donde reflejan una preocupación social desde la perspectiva de la realidad inmediata y dejan entrever en alguna medida influencias de autores como Rulfo o García Márquez, siguiendo siempre la tendencia de crítica social. Así, Eduardo Bähr publica: “Fotografía del Peñasco” en 1969 y “El Cuento de la Guerra” en 1973 que es una pequeña crónica del conflicto. Julio Escoto publicará los libros: “Los Guerreros de Hibuera” y “La Balada del Herido Pájaro” en

1969.

Oscar Flores publicará en 1969 dos libros de cuentos: “Presencia del Olvido” y “La Voz está en el Viento”, que de acuerdo a Manuel Salinas: “En los cuentos de Oscar A. Flores observamos algunas características esenciales, que le dan trascendencia, vida y originalidad a las historias que relata: mezcla de narrador omnisciente con el narrador personaje, presencia de una temática urbana para criticar los vicios de la clase media, diálogos y descripciones ágiles, objetivas y directas, y empleo de recursos técnicos como el humor y la ironía con los cuales desacraliza tabúes y prejuicios sociales”, lo que hace que sus propuestas narrativas sean novedosas.

Marcos Carías Zapata inicia en esta década su producción cuentística con la publicación del libro “La Ternura que Esperaba”, en donde manifiesta una nueva temática de corte cosmopolita; este libro es producto de sus vivencias en España. Asimismo Luis Díaz Chávez publicará “Pescador sin Fortuna”, libro con el cual obtuvo el premio de cuento Casa de las Américas de La Habana, Cuba, en 1961. A nuestro parecer, Marcos Carías Zapata, Oscar Flores y Adolfo Alemán, son los renovadores del nuevo cuento en Honduras. También los escritores criollistas seguirán publicando sus obras consolidando el género. Los libros publicados en esta década son:

Díaz Chávez, Luis	Pescador sin Fortuna	1961
Alemán, Adolfo	Tierra Abierta	1963
Pérez Cadalso, Eliseo	El Rey del Tango	1964
Cáceres Lara, Víctor	Tierra Ardiente	1966
Díaz Zelaya, Samuel	Camino Real	1966

Martínez, José Francisco	Fábulas y Filosofía	1966
Alemán, Adolfo	Arenas Movedizas	1967
Escoto, Julio César	Los Guerreros de Hibuera	1967
Henríquez, Orlando	Doce Cuentos y una fábula	1967
Agurcia Membreño, Mercedes	Tirantes Azules	1968
Martínez, Gloria	Fiesta del Árbol	1968
Bähr, Eduardo	Fotografía del Peñasco	1969
Escoto, Julio César	La Balada del Herido Pájaro	1969
Flores, Oscar Armando	Presencia del Olvido	1969
Flores, Oscar Armando	La Voz está en el Viento	1969
Gómez Milla, J. Antonio	Cuentos para Usted (escritos entre 1959-67)	s. f.
Gómez Milla, J. Antonio	Cuentos Proletarios	s. f.
Arita Palomo, Carlos Manuel	Fábulas para los Niños de Honduras	1970-1971

Total 19 libros publicados

4.10 Década de 1971-1980

Esta década no es de gran producción cuentística, pero aparecen nuevos nombres como Roberto Castillo con un discurso narrativo diferente en donde critica los vicios de la clase media, hace énfasis en la crítica social y aborda temas de carácter universal en la ficción; Samuel Villeda Arita, quien elabora una crítica hacia los gobernantes y militares; también Miguel Rodrigo Ortega (1922-), en él se encuentra a un narrador nato, con pleno sentido del oficio, en donde es capaz de presentarnos desde situaciones extrañas hasta el quehacer cotidiano con la originalidad y solvencia de los mejores maestros del género. Sus cuentos nos hablan de la vida, de las ansias infinitas del alma que bordean el misterio, de la intriga, del amor deseado y esperado, del amor perdido y encontrado, del amor infeliz que extravió el olvido, o del encuentro del más allá teñido de lejanías y ensoñación. Es característica de sus cuentos el uso acertado del lenguaje, la palabra justa en el momento exacto, herencia de su vena poética, ya que siendo poeta conoce el poder del vocablo y la fuerza de expresión de las palabras concatenadas, que además de contarnos una historia, nos remontan a un vuelo poético en donde su prosa, en determinados momentos, se vuelve resonancias de la eternidad que nos remontan al encuentro del infinito. Miguel Rodrigo Ortega es una de las voces más representativas del cuento en Honduras. Los libros publicados en esta década son:

Flores Anduray, Lenín	Los Entilados	1972
Bähr, Eduardo	El Cuento de la Guerra	1973
Galeano, Leonidas	Cuentos Sencillos	1974

Palmer, Dorene	Vale la Pena	1974
Pérez Cadalso, Eliseo	Hondón Catracho	1974
Ferrari, Mario	Más Allá del Arco Iris	1976
Ortega, Miguel R.	Los Instantes sin Tiempo	1976
Villeda Arita, Samuel	El País de las Voces	1976
Castillo, Roberto	Subida al Cielo y Otros Cuentos	1980
Minera, Daisy	Fábulas	

s. f.

Total 10 libros publicados

4.11 Década de 1981-1990

La década de 1980 fue muy difícil en lo político y social; denominada como la década perdida, en la cual se instauró cobardemente la Doctrina de la Seguridad Nacional, se publican una cantidad de libros que implican una denuncia a la situación de represión que se vivía en el país, pero en su mayoría estas propuestas son pobres en lo que a la elaboración artística se refiere, además de reproducir patrones ya gastados de realismo social y de un “garcíamarquianismo” que mucho daño le ha causado a la narrativa hondureña. Roberto Castillo, en una entrevista que le realiza Manuel Salinas en agosto de 1980, afirma que: “Todos los caminos conducen a García Márquez, un escritor al que nunca me cansaré de leer”. Una afirmación desafortunada, por cierto, y que algunos escritores obviarán sabiamente. Siguiendo esta tendencia socializante, encontraremos a escritores como Roberto Quesada, Jorge Luis Oviedo, Edilberto Borjas, Juan Ramón Martínez y Roberto Castillo, entre otros. Asimismo surgirán otros escritores con un

similar discurso narrativo pero con más elaboración en sus trabajos, como Jorge Medina García, Horacio Castellanos Moya, Pompeyo del Valle y Galel Cárdenas Amador, estos dos últimos con una trayectoria poética, pero que por primera vez incursionan en la narrativa. Rubén Berríos empieza a publicar libros de literatura para jóvenes y adolescentes, y Nery Alexis Gaitán cultiva el género de ficción especulativa y universaliza la ficción en la narrativa hondureña, con temas como el tiempo y sus consecuencias; sus personajes manifiestan inquietudes místicas, esotéricas, filosóficas, etc.

En esta década hay un auge y difusión de nuestra narrativa y el aspecto formal de los libros se profesionaliza; por ejemplo, se crea la Editorial Guaymuras y se moderniza la Editorial Universitaria; la Imprenta López, Graficentro Editores y Centroeditorial de San Pedro Sula brindan su apoyo a los nuevos escritores abriendo así nuevas opciones de publicación. Surgen nuevos suplementos culturales e importantes revistas como: Alcaraván, Tragaluz, Prisma, Sobrevuelo, Estiquirín, Imaginaria, Paradiso e Imaginación. Se organiza, en 1986, el II encuentro de escritores por la paz. Se funda la Unión Nacional de Escritores (UNEH) que fue de poca duración, y la Asociación de Escritores de Honduras el 16 de diciembre de 1986. Es importante recalcar que a partir de esta década es cuando se muestra un auge en la publicación de libros de cuentos en el país. Los libros publicados en esta década son:

Banegas de Alvarenga, Martha	Espigas de Oro	1981
Borjas, Edilberto	Tiradores de Pájaros y Otros Cuentos	1981
Castellanos Moya, Horacio	¿Qué signo es usted, niña Berta?	1981
Mejía, Medardo	Comizahualt (dramas y costumbres)	1981
Ortega, Miguel R.	La Senda de los Sueños Sin Eco	1981

Bähr, Eduardo	Mazapán	1982
del Valle, Pompeyo	Los Hombres Verdes de Ula	1982
Peck Fernández, Federico	Renovación (Antología póstuma de sus discursos, cuentos, conferencias y cartas)	1982
Codrington, Guillermo	Cuentos de Tierra y Viento	1983
Martínez Galindo, Arturo	Cuentos Metropolitanos (antología póstuma)	1983
Oviedo, Jorge Luis	La Muerte Más Aplaudida	1984
Castañeda de Sarmiento, Aída	Senderos de la Infancia (cuentos infantiles)	1985
Castillo, Roberto	Figuras de Agradable Demencia	1985
Escoto, Julio	La Balada del Herido Pájaro y Otros Relatos	1985
Ortega, Miguel R.	El Espejo Habitado	1985
Oviedo, Jorge Luis	Cincocuentos	1985
Quesada, Roberto	El Desertor	1985
Becerra, Longino	El Cabuyador: Cuentos de Honduras para niños hondureños	1986
Becerra, Longino	Copán para Niños	1987

Castellanos Moya, Horacio	Perfil de Prófugo	1987
Castañeda de Sarmiento, Aída	De la Tierra al Cielo	1987
Berrios, Rubén	El Caracol de Cristal	1988
Guerrero de Carranza, Fanny	Diálogo Forestal y Otras Narraciones	1988
Becerra, Longino	La Guerra de las Oropéndolas	1989
del Valle, Pompeyo	Una Escama de Oro y Otra de Plata	1989
Gaitán, Nery Alexis	Reloj de Arena	1989
Juárez Fiallos, Santos	Los alegres años veintes y otros cuentos hondureños	1989
Medina García, Jorge	Pudimos Haber Llegado Más Lejos	1989
Berrios, Rubén	El Avión de Papel	1990
Castañeda de Sarmiento, Aída	El Tío Bernabé y Otros Cuentos	1990
Depienne, Albert	Surcos	1990
Gaitán, Nery Alexis	La Vida Menor	1990

Total 32 libros publicados

4.12 Década de 1991-2000

En esta década la situación política y social es diferente, el modelo neoliberal se acentúa y los militares son relegados de las influencias del poder. En lo cultural hay una continuidad y estímulo en lo literario, la Editorial Universitaria, sobre todo, apoya y publica libros de escritores jóvenes. En esta década es cuando se registra más producción de libros de cuentos en el país; los escritores que hacen su aparición en la década anterior continúan publicando y reafirman su sentido del oficio; asimismo, el apoyo de las editoriales continúa y se crea la Editorial Guardabarranco. Es necesario destacar que la Editorial Universitaria, es la editorial que más libros publica en Honduras.

Víctor Manuel Ramos hace su aparición publicando libros de literatura para jóvenes y adolescentes. Asimismo, es importante mencionar al escritor Alejandro Barahona Romero, quien cultiva una corriente renovadora del criollismo, en donde se deja entrever un profundo amor por la hondureñidad y la vida del campo; anteriormente ya había publicado poesía, pero será en 1991, cuando publica su primer libro de narrativa: “Garmendia”, posteriormente publicará: “Simpáticas Aventuras de Tío Conejo y Tío Coyote” (1995), “Cuentos de Ayapa” en 1999 y “La Casa del Aire” en el año 2000. Asimismo, los novísimos escritores darán a conocer sus primeros trabajos narrativos. Los libros publicados en esta década son:

Bähr Eduardo	El Diablillo Achís	1991
Barahona Romero, Alejandro	Garmendia	1991
Bermúdez Milla, Héctor	Castillo de Naipes	1991
Cárdenas Amador, Galel	La Sangre Dio Una Sola Vuelta	1991
Carías Zapata, Marcos	Nuevos Cuentos de Lobos	1991

Castelar, José Adán	La Noche en que a Superman le Cortaron las Alas	1991
Henríquez, Orlando	Cuentos de Fantasía	1991
Ramos, Víctor Manuel	Acuario	1991
Berríos, Rubén	País de Rayuelas	1992
Cárdenas, Galel	Llama de Todos los Poros	1992
Gaitán, Nery Alexis	Laberinto Último	1992
Pineda Zaldívar, Juan de Dios	Andares y Cantares	1992
Oviedo, Jorge Luis	Teleño, el Niño que Conocía el Mar	1992
Trigueros, Samuel y Depienne, Albert	El Trapecista de Adobe y Neón	1992
Borjas, Edilberto	El Tolupán de la Flor	1993
Castellanos Moya, Horacio	El Gran Masturbador	1993
Gaitán, Nery Alexis	Extraña Cosecha (antología)	1993
García, Armando	Hechos Necios que Acusáis...	1993
Martínez, Juan Ramón	La Pasión de Prudencia Garrido y Otros Relatos	1993

Pineda, Manuel de Jesús	Del Origen y sus Fulgores	1993
Berrios, Rubén	Niños de país hondo o pájaros dormidos sobre la hierba	1994
Carías Zapata, Marcos	Plaza Mayor, Circo Menor	1994
Castillo, Rafael O.	Viaje al Brasil	1994
Cisneros, Paula Herminia	Entrega de Siete Cuentos de Viejos	1994
Civela Delanka (Iris M. de Delgado)	Mi Libro de Cuentos	1994
Quesada, José Luis	El Falso Duende	1994
Quesada, Roberto	El Lector que de Repente Quedó Ciego (Drácula en la era del SIDA)	1994
Tróchez, Raúl Gilberto	Morir Cuando Suena la Campana y Otros Cuentos	1994
Winston Pacheco, José	Imperfecto Amor	1994
Barahona Romero, Alejandro	Simpáticas Aventuras de Tío Conejo y Tío Coyote	1995
Cáceres Lara, Víctor	Cuentos Completos Edición de Oscar Acosta.	1995
Callejas, Eduardo	El Francotirador y Otros Cuentos	1995

Castañeda de Sarmiento, Aída	Si Se Pudiera Congelar el Tiempo	1995
Castellanos Moya, Horacio	Con la Congoja de la Tormenta Pasada	1995
Castro, hijo, Alejandro	Cuentos Completos Edición de Oscar Acosta y la Editorial Guaymuras.	1995
Gaitán, Nery Alexis	El Reclamo de las Horas	1995
Medina, Horacio H.	Morral de Remembranzas	1995
Pineda, Manuel de Jesús	Así es Como Vivimos Aquí	1995
Turcios, Froylán	Cuentos Completos Edición de Oscar Acosta.	1995
Alemán, Adolfo	Cuentos Completos Edición de Oscar Acosta y la Editorial Guaymuras.	1996
Bonilla, Rony	Atta y Otros Cuentos	1996
Borjas, Edilberto	Huella de Jaguar	1996
Castillo, Roberto	Traficantes de Ángeles	1996
Flores, Oscar Armando	Cuentos Completos	1996

Edición de Oscar Acosta y la Edit. Guaymuras.

Gaitán, Nery Alexis	A la Sombra del Loto	1996
Martínez Galindo, Arturo	Cuentos Completos Edición de Oscar Acosta.	1996
Oviedo, Jorge Luis 1996	El Gigante y el Bosque	
Paz Barnica, Edgardo	La Vendimia de Venus	1996
Vindel, Javier	El Traje-camaleón	1996.
Alvarado-Watkins, Martha I.	Cuentos de Armenta	1997
Alvarado, Leonel	Diario del Odio	1997
Amaya Amador, Ramón	Cuentos Completos Edición de Oscar Acosta y la Editorial Guaymuras.	1997
Berríos, Rubén	Era un Niño y un Mar	1997
Díaz Chávez, Luis	Cuentos Completos Edición de Oscar Acosta y la Editorial Guaymuras.	1997
Gamero de Medina, Lucila	Cuentos Completos	1997

Edición de la Edit. Universitaria.

Granados Cortés, Leónidas	Peripecias de un Don Juan Llamado Juan	1997
Lazo, César	Las Voces del Otro Lado	1997
Maldonado Vijil, Ennio	Clarinero y Otros Cuentos	1997
Oyuela, Leticia de	Dos Siglos de Amor	1997
Ortega, Miguel R.	Cuentos para el Ayer de un Futuro	1997
Alvarado, Magda	Cuentos y Teatro (para niños y jóvenes)	1998
Berríos, Rubén	Espiga Ceremonial	1998
Callejas, Eduardo	Benito el Pelícano	1998
Díaz de Ortega, Rubenia	Cuentos y Relatos	1998
Gaitán, Nery Alexis	Pretextos para la Eternidad (Cuentos Completos), edición de la Editorial Universitaria.	1998
Medina, Horacio H.	El Líder	1998
Medina, Juan	¿Qué fue lo que hiciste, Estefany?	1998
Mejía, Medardo	Cuentos Completos Edición de Oscar Acosta.	1998

Mejía Nieto, Arturo	Cuentos Completos Edición de Oscar Acosta.	1998
Ramos, María Eugenia	Una Cierta Nostalgia	1998
Ramos, Víctor Manuel	Monsieur Hérisson y Otros Cuentos	1998
Varios autores infantiles	El Gato que quería tocar un Arco Iris	1998
Villa Puzo, Manuel	El Universo de la Ausencia	1998
Barahona Romero, Alejandro	Cuentos de Ayapa	1999
Bondy Reyes, Ernesto	La Mujer Fea y el restaurador de obras y otros relatos	1999
Escalante, Santos Paulino	Entierren Esa Tierra	1999
Escoto, Julio	Historias de los Operantes	1999
Escoto, Julio	Todos los Cuentos	1999
García, Armando	H de Absurdo	1999
Machuca, Alexis	Crónicas Muy Siglo Veinte	1999
Oyuela, Leticia de	De Santos y Pecadores	1999
Suazo Pineda, Aídalucinda	Treinta Segundos	1999

Thais, Eva	Constante Sueño	1999
Tábora, Rocío	Guardarropa	1999
Vindel, Javier	El Domador	1999
Mendoza, Marco	Tentaciones y Mujeres	1999
Varios autores infantiles	La muñeca que habló por primera vez y otros cuentos	1999
Varios autores infantiles	Te regalo un sueño: Ant. del cuento infantil hond.	1999
Barahona Romero, Alejandro	La Casa del Aire	2000
Cacho Caballero, Xiomara M.	Wafien y Sus Maracas	2000
Callejas, Daniel	Raíces Primitivas	2000
Cano Andrade, Daniel	Ocho Cuentos Regionales y el Alma de un País	2000
Cisneros Saucedo, Paula Herminia	Cuentos del Abuelo: Pelo de Plata	2000
del Valle, Pompeyo	Árbol de las Maravillas	2000
Flores Bermúdez, Alejandra	Cantos de Barro	2000
Gaitán, Nery Alexis	Fulgor de Otoño	2000

González, Karla Frida	Espejo Negro	2000
Mejía, Waldina	La Tía Sofi y Otros Cuentos	2000
Molina, Juan Ramón	Cuentos y Narraciones	2000
Muchachas Guías de Honduras	Cuento de la Pequeña Abeja	2000
Ordóñez, Carlos	Sin Sueño	2000
Oviedo, Jorge Luis	Cuentos y Personajes	2000
Pineda, David Joel	Cuentos de mi Tierra	2000
Ramos, Víctor Manuel	Aventuras de un Globo Terráqueo	2000
Ramos, Víctor Manuel	El Ratoncito Gris	2000
Reyes Ayala, Luis Enrique	Cometas y Otros Cuentos	2000
Varios autores infantiles	Voces del Manantial	2000
Total 107 libros publicados		

4.13 Años 2001-2003

En el tiempo transcurrido de esta década se mantiene el auge de publicaciones y el apoyo a los narradores continúa por parte de las editoriales. LA UNAH ha realizados 3 simposios de

literatura centromericana a partir del año 2001, lo que evidencia la importancia que se le empieza a dar a la cultura en el país. Con certeza podemos decir que se ha universalizado la narrativa hondureña y que sus creadores abordan los temas más diversos en concordancia con las más variadas inquietudes de corte humanista, místico, religioso, filosófico, etc. La narrativa hondureña vive un momento de mucha prosperidad y podemos encontrar ya a los creadores natos, cuentistas que cultivan el género como primera motivación artística y no como segunda consecuencia; los “cuentistas puros” surgen a partir de la década de 1980, anteriormente los cuentistas en su mayoría eran periodistas, poetas, etc., que posteriormente cultivaban el género. Los libros publicados hasta el momento son:

Berríos, Rubén	Canción de Mar y Canela	2001
Bondy Reyes, Ernesto	Viaje de Retorno, Hasta Sabina	2001
Callejas Peña, Eduardo	Los Cuentos de Callejas	2001
Espinoza, Javier	Cuentos para Niñas y Niños	2001
Gaitán, Nery Alexis	Arrullos a la Orilla del Ensueño	2001
Lara Amador, Edilberto	Los Inmigrantes	2001
Madrid, Rómulo	Copán Ruinas en Cuento	2001
Medina, Jorge	Desafinada Serenata	2001
Morales Orellana, Raúl Humberto	Puros y Cuentos	2001
Oyuela, Leticia de	Las Sin Remedio, Mujeres del Siglo XX	2001

Tábora, Rocío	Cosas que Rozan	2001
Villeda Arita, Samuel	La Edad del Tiempo	2001
Zelaya Raudales, Fernando	Cuentos de un Niño para Niños	2001
Bonilla, Rony	Bajo el Sol del Mediodía	2002
Cárcamo Tercero, Hernán	Huellas en la Sombra. Tomo II	2002
Cardona, Tito	Senderos Inéditos de la Tierra Tolupán	2002
Castellanos Enamorado, Guillermo	Arrancabarba (tiempos de guerra)	2002
Espinoza, Javier Abril	Un Ángel Atrapado en un Huracán	2002
Espinoza M., Dagoberto	La Virgen Embarazada y Otros Relatos	2002
Espinoza Santos, Samuel	Voces del Terruño	2002
Flores Segura, Rafael	La Ruleta Rusa y Otros Cuentos	2002
Gaitán, Nery Alexis	Melodía en Primavera	2002
Henríquez, Orlando	...y la Mar Lloró por Ella	2002
Medina García, Jorge	La Dignidad de los Escombros y Otros Cuentos	2002
Mendoza, Marco	Personajes	2002

Montenegro, Jorge	Cuentos y Leyendas de Honduras	2002
Prieto, Marta Susana	Animalario	2002
Cárdenas, Galel	La Exótica Algalia y su Fabulario	2003
Gaitán, Nery Alexis	Este Volver a la Infancia	2003
Villa Puzo, Manuel	La Plaza de los Hombres Muertos	2003
Total 30 libros publicados		

CAPÍTULO 5

Conclusiones

A continuación se enlistan las conclusiones a las cuales se ha llegado en el proceso de investigación y búsqueda para tratar de ubicar los libros de cuentos publicados en Honduras. Es de hacer notar que han de existir algunos libros de cuentos, de los cuales no se ha podido ubicar ningún tipo de referencias bibliográficas.

1. El cuento hondureño surge a finales del siglo XIX, y está emparentado con crónicas de sucesos, ya que sus cultivadores eran esencialmente periodistas.
2. Se atribuye a Lucila Gamero de Medina ser la primera escritora, con características románticas, que cultiva el género con propiedad a finales del siglo XIX.
3. El primer libro de cuentos de que se tiene noticia es “Colección de Composiciones” de José María Tobías Rosa, publicado en 1902.
4. Este Índice Bibliográfico del Cuento en Honduras está basado sólo en libros publicados, que es lo que determina la presencia bibliográfica definida de un autor.
5. Desde 1902 hasta agosto de 2003 se han publicado 255 libros, por 134 autores; de los cuales, 38 libros han sido publicados por 31 narradoras.
6. Es necesario incluir, en un estudio de valoración crítica, a los autores que no publicaron o no han publicado hasta la fecha un libro de cuentos, pero que han cultivado el género. Aunque sí se incluyen algunos autores, en este trabajo, en los datos biobibliográficos.
7. En las dos últimas décadas y la que recién ha empezado, se ha acentuado la producción narrativa en Honduras; en la década de los 80's se publicaron 32 libros, en la década de

los 90's 107 libros, y en la década actual se han publicado hasta el momento (agosto de 2003) 30 libros. Asimismo es en estas décadas cuando se cultivan con propiedad nuevas tendencias como la literatura para jóvenes y adolescentes y la ficción en sus variadas formas, lo que responde al deseo de universalizar la narrativa hondureña.

8. Se hace necesario publicar una antología completa del cuento en Honduras, que aparte de recopilar las voces representativas del género, contenga un estudio crítico de justa valoración del desarrollo del cuento en nuestro país.
9. Hasta el momento sólo se cuenta con antologías parciales como la publicada por Antonio de Undurraga: "Honduras, Fábulas y Cuentos"; la "Antología del Cuento Hondureño", publicada por la Editorial Universitaria, bajo la autoría de Oscar Acosta y Roberto Sosa en 1969; y la de Jorge Luis Oviedo, de 1988, que es una repetición de la publicada por los poetas Acosta y Sosa. Asimismo la "Antología del cuento hondureño", publicada por la Librería Cultura en el año 2000 y recientemente la "Antología de Cuentistas Hondureñas" por el boliviano Willy O. Muñoz.
10. Tengo referencias que mi amigo, Manuel Salinas, ya fallecido, dejó inéditas una antología del cuento hondureño y una antología del cuento centroamericano, que sería oportuno tratar de ubicar estos textos para publicarlos.

Asimismo, la señora Helen Umaña tiene un trabajo sobre el cuento en Honduras: "Panorama Crítico del Cuento Hondureño (1881-1999)", aunque la información bibliográfica que contiene es importante, desgraciadamente la ausencia de un riguroso y objetivo método de análisis literario causa tergiversaciones y desorientación sobre el trabajo literario realizado por los cuentistas, especialmente cuando se enfocan los referidos comentarios en aspectos de tipo escolástico y no propiamente literarios; es bueno recordar que la objetividad debe ser la base de cualquier trabajo de corte analítico.

En este sentido, en lo personal, estoy preparando una antología completa del cuento en Honduras; y como trabajos anexos he publicado la primera edición del “Índice de Cuentistas Hondureños”. También es mi deseo publicar un libro de entrevistas a narradores, en donde puedan decirnos apreciaciones sobre su obra y el desarrollo del cuento en Honduras.

11. Es justo reconocer la titánica labor de antólogo del poeta Oscar Acosta, quien hasta el momento ha publicado 11 colecciones de cuentos completos de cuentistas ya fallecidos, ellos son: Froylán Turcios, Víctor Cáceres Lara, Alejandro Castro, hijo, Arturo Martínez Galindo, Marcos Carías Reyes, Adolfo Alemán, Oscar A. Flores, Luis Díaz Chávez, Ramón Amaya Amador, Arturo Mejía Nieto y Medardo Mejía. Actualmente tiene en preparación los cuentos completos de Eliseo Pérez Cadalso.
12. La segunda parte de este trabajo de investigación, incluye la totalidad de los datos biobibliográficos de todos los autores aquí mencionados. Esta sección se encuentra catalogada en orden alfabético.
13. Se incluye una antología mínima de doce cuentos de destacados narradores, que refleja diferentes momentos del desarrollo del cuento en Honduras.

CAPÍTULO 6

Bibliografía

A continuación se enlistan los textos que han servido de apoyo en el proceso de investigación. Es de hacer notar las escasas referencias bibliográficas que hay sobre los cuentistas y su obra publicada; además no existe ninguna publicación específica sobre la vida y obra de los cuentistas hondureños.

Alemán, Adolfo. 1996. Cuentos Completos. Tegucigalpa, Honduras. Edit. Guaymuras y Edit. Iberoamericana. 206 p.

Anuario Bibliográfico Nacional. 1998. Biblioteca Nacional de Honduras. Colección Bibliográfica Hondureña. Tegucigalpa. Secretaría de Cultura, Artes y Deportes. 60 p.

Anuario Bibliográfico Nacional. 1999. Biblioteca Nacional de Honduras. Colección Bibliográfica Hondureña. Tegucigalpa. Alín Editora, S. A. 118 p.

Anuario Bibliográfico Nacional. 2000. Biblioteca Nacional de Honduras. Colección Bibliográfica Hondureña. Tegucigalpa. Secretaría de Cultura, Artes y Deportes. 157 p.

Argueta, M. 1993. Diccionario de Escritores Hondureños. Tegucigalpa, Honduras. Editorial universitaria. 147 p.

Carías Reyes, Marcos. 1996. Cuentos Completos. Tegucigalpa, Honduras. Edit. Iberoamericana y Edit. Guaymuras. 347 p.

Castro h., Alejandro. 1995. Cuentos Completos. Tegucigalpa, Honduras. Edit. Guaymuras y Edit. Iberoamericana. 172 p.

Gaitán, Nery Alexis. 2001. Arrullos a la Orilla del Ensueño. Tegucigalpa, Honduras. Talleres Moya Gaitán. 82 p.

González, J. 1997. Diccionario de Literatos Hondureños. 2da, edic. Tegucigalpa, Honduras. Editorial Guaymuras. 114 p.

Martínez Galindo, Arturo. 1996. Cuentos Completos. Tegucigalpa, Honduras. Edit. Iberoamericana. 199 p.

Molina, Juan Ramón. 2000. Cuentos y Narraciones. Tegucigalpa, Honduras. Graficentro

Editores. 98 p.

Muñoz, Willy O. 2003. Antología de Cuentistas Hondureñas. Tegucigalpa, Honduras. Editorial Guaymuras. 183 p.

Ortega, Miguel R. 1981. La Senda de los Sueños Sin Eco. México D. F. Edit. Costa-Amic Editores, S. A. 109 p.

Oviedo, J. L. 2000. Antología del Cuento Hondureño. Tegucigalpa. Editores Unidos. 167 p.

Oyuela, Leticia de. 2001. Las Sin Remedio; Mujeres del Siglo Veinte. Tegucigalpa, Honduras. Edit. Guaymuras. 288 p.

Pérez Cadalso, Eliseo. 1996. Achiote de la Comarca. In: Hondulibros No. 3, 24 de noviembre de 1996. Diario El Heraldo, Tegucigalpa, Honduras.

Turcios, Froylán. 1995. Cuentos Completos. Tegucigalpa, Honduras. Edit. Universitaria. 391 p.

Salinas, M. 1981. Breve Reseña del Cuento Moderno Hondureño. Toulousse, Francia. **In:** Separata de la revista Cahiers du Mundo Hispanique Luso-Bresilien No. 36.

Salinas, M. 1991. Cultura Hondureña Contemporánea. Tegucigalpa, Honduras. Editorial Universitaria. Tomo I. 323 p.

Juárez Fiallos, Santos. 1989. Los Alegres Años Veintes y Otros Cuentos Hondureños. Tegucigalpa, Honduras. Talleres Lithopress. 143 p.

Valle, Rafael Heliodoro. 2003. Anecdotario de mi Abuelo. Tegucigalpa, Honduras. Edit. Fondo Editorial UPNFM. 196 p.

Umaña, Helen. 1999. Panorama Crítico del Cuento Hondureño (1881-1999). Guatemala, Guatemala. Edit. Iberoamericana y edit. Letra Negra. 521 p.

CAPÍTULO 7

Datos biobibliograficos de los autores

A continuación se enlistan, en orden alfabético, los datos biobibliográficos de los cuentistas que han publicado libros de cuentos, se incluyen todos los géneros en los cuales hayan publicado. Asimismo, se incluyen datos de algunos escritores que no han publicado ningún libro de cuentos, pero que han cultivado el género; al final de sus datos se colocan los títulos, en cursiva, de los cuentos publicados.

Es de hacer notar las escasas referencias biobibliográficas que existen de los escritores hondureños. Se ha querido, en la medida de lo posible, incluir la mayor parte de los datos sobre toda la obra y vida de los escritores para rescatarlos de ese olvido al cual han sido relegados; desafortunadamente, en algunos casos, no ha sido posible encontrar ningún dato biográfico.

A

Acosta, Oscar

Poeta, narrador, periodista y diplomático. Nació en Tegucigalpa el 14 de abril de 1933. Ha sido Secretario de la Embajada de Honduras en Perú y en Roma, donde fungió como Presidente del Instituto Italo-Latinoamericano. Desempeñó el cargo de Jefe del Departamento Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras; ha sido miembro del Consejo Editorial y Jefe de Redacción del diario “El Día” de Tegucigalpa. Es miembro de la Academia Hondureña de la Lengua. En su infatigable labor de divulgador cultural fundó las revistas “Extra” y “Presente”, la Editorial Nuevo Continente con Leticia de Oyuela y la Editorial Iberoamericana, que entre otros aciertos, está publicando una Colección de Cuentos Completos de autores ya fallecidos. En 1960 obtuvo el Premio Rubén Darío de Poesía de Nicaragua; en ese mismo año obtuvo el Primer y Único Premio en el Concurso de Ensayo Rafael Heliodoro Valle de la Universidad de Honduras, y en 1961 el Primer Premio en los Juegos Florales Centroamericanos y de Panamá celebrados en Quetzaltenango, Guatemala. En 1979 se le concedió el Premio Nacional de Literatura. Recientemente, la Editorial Guaymuras publicó un libro sobre su vida y obra: “Oscar Acosta, Poeta de Honduras” (1996). Ha sido Director de la revista “Vida”, y del suplemento “Hondulibro” que publica diario “El Heraldó”.

Obra publicada: CUENTO: El Arca, Lima, Perú (1956). POESIA: Responso al Cuerpo Presente de José Trinidad Reyes, Lima, Perú (1955), Poesía Menor, Lima (1957), Tiempo Detenido, San Salvador, El Salvador (1962), Poesía, Selección 1952-1965, Madrid (1965), Mi País (1971),

Poesía, antología personal (1971), Escrito en Piedra (antología), (2002). ENSAYO: Rafael Heliodoro Valle, Vida y Obra, Tegucigalpa (1964). ANTOLOGIA: Antología de la Nueva Poesía Hondureña (Prólogo, selección y notas de Oscar Acosta y Roberto Sosa), Tegucigalpa (1967), Antología del Cuento Hondureño (en colaboración con Roberto Sosa), (1968), Poesía Hondureña de Hoy (1971), Exaltación de Honduras (1971), Los Premios (1975), Alabanza de Honduras (1975), Elogio de Tegucigalpa (1978).

Agurcia Membreño, Mercedes

Nació en 1903 y murió en 1980. Dramaturga y directora teatral. Pionera del teatro infantil en Honduras. Mientras residía en Costa Rica fundó el Teatro Infantil de ese país y, en 1959, hizo lo mismo en Honduras. En 1965, junto con otros teatristas hondureños y bajo el influjo de Andrés Morris, colaboró con la fundación del Teatro Nacional de Honduras.

Obra publicada: CUENTO: Tirantes Azules. Tegucigalpa: La República (1968). TEATRO: La India Bonita; Historia Olvidada; La Espera; Bajo el Mismo Alero; En el Teatro como en la Vida; Radio Teatro Infantil (s. f.).

Alemán, Adolfo

Nació el 1 de septiembre de 1928 en Tegucigalpa y murió en la misma ciudad el 12 de abril de 1970. Fue redactor de los diarios hondureños “Prensa Libre” y “El Nacional” y del semanario “La Nación” de Tegucigalpa. Fue Jefe de Redacción de la revista “Sucesos Centroamericanos” y miembro del cuerpo de redacción de la revista “Surco”, las dos de la capital hondureña. En los Estados Unidos de América trabajó en “El Tiempo” de Nueva Orleans y en “La Opinión” de Los Angeles.

Obra publicada: CUENTO: Tinajón de Barro, Tegucigalpa (1959). Tierra Abierta, Tegucigalpa (1963). Arenas Movedizas, Tegucigalpa (1967). En 1996, la Editorial Iberoamericana que dirige Oscar Acosta y la Editorial Guaymuras, publicaron sus cuentos completos. CRÓNICA: Misión Sur (1958).

Alvarado, Florencio

Obra Publicada: CUENTO: Mis primeros cuentos, Tegucigalpa: Imprenta “La Democracia” (1954).

Alvarado, Leonel

Narrador, poeta y ensayista. Nació en San Jerónimo, Copán, en 1967. Fue catedrático universitario. Realizó estudios especializados de literatura en universidades de Estados Unidos, país donde reside. Obtuvo el premio de ensayo convocado por el Ministerio de Cultura, en 1991, y en 1994 obtuvo el Premio Latinoamericano de Poesía EDUCA, en Costa Rica.

Obra publicada: CUENTO: Diario del Odio (1997?). POESÍA: Casa Vacía (1991). El Reino de la Zarza. ENSAYO: Sombras de Hombres (1992).

Alvarado, Magda

Actriz de teatro, cine y televisión, directora de teatro, subdirectora de la revista infantil “Tin-Marín”, de diario “La Tribuna”. Co-investigadora del proyecto Guarita II, en prevención y control de la enfermedad de Chagas con el “Teatro al Servicio de la Salud”. Fundadora y actriz de la Fundación Teatro Camino Real que dirige Isidro España; actriz de la Compañía Nacional de Teatro. Fundadora del grupo de teatro femenino “Tramoya”, del grupo de teatro “Guarani” de Guarita, Lempira y del grupo de teatro infantil de Cerro Grande Zona 2 Bloque 4, Comayagüela. Honores obtenidos: Premio CEITYL, como actriz destacada 1984. Segundo Festival del grupo de teatro Bambú “Magda Alvarado-Mercedes Romero” 1990.

Obra publicada: CUENTO: Cuentos y Teatro (para niños y jóvenes), (1998).

Alvarado-Watkins, Martha I.

Nació en San Pedro Sula. Pasó su niñez en Puerto Cortés y su adolescencia en San Pedro Sula donde se graduó de Maestra de Educación Primaria, completando sus estudios en los Estados Unidos e Inglaterra. Trabajó por varios años para la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York, habla con fluidez 4 idiomas, y ha viajado por varios países en Africa, Europa, Norte América y la antigua Unión Soviética. Después de residir en los Estados Unidos y Canadá por varios años, vive actualmente con su familia en Europa. Entre sus publicaciones anteriores están: Una Navidad en Honduras y Honduras, Adiós (s. f.) dos homenajes nostálgicos a las tradiciones navideñas de nuestro país.

Obra publicada: CUENTO: Cuentos de Armenta, Edit. Coello Sucesores, San Pedro Sula (1997).

Amaya, Oscar

Poeta y narrador. Nació en Talanga, Francisco Morazán, en 1949. Estudió Letras en la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán. Ha publicado varios de sus cuentos en diversas revistas y periódicos del país. Ha ejercido el periodismo cultural.

Obra publicada: CUENTO: *La Muerte de Raquel Aparicio; La Voz; Pero, Pedrito, Hombre*. POESIA: Esta Patria, Este Amor, Tegucigalpa (1988), Esperanza Viva, Tegucigalpa (1995), Perfil del Vacío (2003).

Amaya Amador, Ramón

Novelista y periodista. Nació en Olanchito en 1916, y falleció en Checoslovaquia en 1966. De

origen obrero, trabajó mucho tiempo en los campos bananeros de la Costa Norte del país. En la literatura tuvo una formación autodidacta. En 1943 fundó el semanario “Alerta”. Las constantes persecuciones políticas a que fue sometido lo obligaron a residir en Guatemala, Argentina y Checoslovaquia, donde fallecería en un accidente de aviación. En 1977, y por instancias de nuestra universidad y del poeta Oscar Acosta que fungía como embajador en España, sus cenizas fueron repatriadas y descansan en la biblioteca de la institución, en la sala dedicada a los autores hondureños.

Obra Publicada: CUENTO: En 1997, Oscar Acosta y la Editorial Guaymuras publicaron sus cuentos completos, que incluye tres libros de cuentos: Hombres de Cerro y Pino, La Abanderada y Cuentos Catrachos. NOVELA: Prisión Verde, México (1950), Amanecer, Guatemala (1953), Constructores (1958), Los Brujos de Ilamatepeque (1958), Destacamento Rojo, México (1962), Operación Gorila, Moscú, (1965, en ruso), Cipotes (1981), El Señor de la Sierra (1993), Con la Misma Herradura (1993), Jacinta Peralta (1996). DRAMA: La Peste Negra (1956). Entre sus novelas inéditas están: La Molienda (1944), Rieles Gringos (1951), La India del Amor Derrotado (1955), Fronteras de Caoba (1956), Biografía de un Machete (1959), Memorias de un Canalla (1959), Buscadores de Botijas (1961), Un Aprendiz de Mesías (1961), Tierras Bravas del Coyol y Cinchonero (1962), El Hombre Embotellado (1965), Tierra Santa (1965), La Abanderada (s. f.), Ciclo Morazánico (1966, en 5 tomos). ENSAYO: Bajo el Signo de la Paz (1953), El Camino de Mayo es la Victoria (1988, póstumo).

Arita Palomo, Carlos Manuel

Poeta y abogado. Nació en 1912 y murió en 1989. En el gobierno del Dr. Roberto Suazo Córdoba fungió como Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Vivió durante mucho tiempo en El Salvador, donde murió. En ese país publicó la revista “Centro América Ilustrada” y el semanario “Esfinge”. En Honduras dirigió la revista “Correo Literario de Honduras”, revista auspiciada por el Ministerio de Educación Pública desde 1959 hasta 1963.

Obra publicada: CUENTO: Fábulas para los Niños de Honduras (1970-1971). POESÍA: Misterios del Corazón (1932), Cantos a la Patria y Otros Poemas (1956), Cantos del Trópico (1956), Nuestra América (1958), Mensaje de Amor a Guatemala (1970), El Declamador Nacional (1971, antología), Poemas y Cantares de Honduras (1971, antología), Laureles Patrios (1982), Guirnalda Lírica (1984). ENSAYO: Vida y Obra de Froylán Turcios (1983).

B

Bähr, Eduardo

Narrador, ensayista y actor de teatro. Nació en Tela, Departamento de Atlántida, el 23 de septiembre de 1940. Realizó estudios de Literatura en la Escuela Superior del Profesorado y los continuó en la Universidad de Cincinnati, Estados Unidos. Perteneció al grupo de Letras “Vidanueva” y “Tauanka” establecidos en Tegucigalpa. En 1971 ganó el Premio de Narrativa

patrocinado por la Escuela Superior del Profesorado, con su libro “El Cuento de la Guerra”. En 1981, la Escuela de Bellas Artes le concedió el Premio Itzam Na de Literatura. El Gobierno de Chile le concedió el premio Gabriela Mistral en 1996 y se le concedió el Premio Nacional de Literatura en 1992. Actualmente se desempeña como docente en la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán.

Obra publicada: CUENTO: Fotografía del Peñasco (1969). El Cuento de la Guerra (1973). En 1981 la Editorial Universitaria de la UNAH, publicó el estudio de literatura comparada “Guerra a la Guerra” (Eduardo Bähr-Roque Dalton). También ha publicado dos cuentos de literatura infantil: Mazapán (1982) y El Diablillo Achís (1991).

Banegas de Alvarenga, Martha

CUENTO: Espigas de oro. Poemas y cuentos. Tegucigalpa: Lithopress (1989).

Barahona Romero, Alejandro

Poeta y narrador. Nació en Yoro en 1934 y murió en Tegucigalpa en 2003. Se dedicó a la docencia durante muchos años. Licenciado en Letras Francesas Modernas y Contemporáneas y Master en Letras Españolas, egresado de la Universidad de Rennes, Francia. Asimismo fue Licenciado en Ciencias Jurídicas. Fue Jefe de los Departamentos de Letras de la Universidad Pedagógica Nacional y de la Universidad Nacional Autónoma. Se le concedió la Medalla de Oro José Cecilio del Valle de “Excelencia Académica”, otorgada por la UNAH; asimismo fue “Profesor Emérito” de esa casa de estudios. Fue miembro de la Academia Hondureña de la Lengua.

Obra publicada: CUENTO: Garmendia, Editorial Universitaria, Tegucigalpa (1991), Simpáticas Aventuras de Tío Conejo y Tío Coyote, Tegucigalpa (1995), Cuentos de Ayapa (1999), La Casa del Aire (2000). POESIA: Viento y Agua (1968), Cantos del Solar (1979), Con la Lluvia (1979), Cartas para una Muchacha (1979), Cuentos para Creer (2001). ENSAYO: 25 Ensayos de Interpretación de Literatura Tradicional Hondureña (1995).

Becerra, Longino

Historiador, antólogo y editor; es también crítico de arte. Nació en 1932. Tiene en su haber valiosos escritos sobre la realidad nacional. Amigo entrañable de Ramón Amaya Amador, calzó como éste, las sandalias del destierro, viviendo y trabajando en Cuba, en la década del sesenta. Fundador, en Tegucigalpa, de la Editorial Baktún.

Obra publicada: CUENTO: El Cabuyador: Cuentos de Honduras para Niños Hondureños (1986), Copán para Niños (1987), La Guerra de las Oropéndolas (1989). HISTORIA: mencionaremos algunos títulos de su numerosa bibliografía: El Problema Agrario en Honduras, La Habana (1964), América Latina, Problemas de una Revolución Continental (1965), Honduras, La Habana (1966), Leninismo y Antileninismo en América Latina (s. f.), Los Militares Patriotas y la Revolución

Hondureña (1972), El Partido Comunista de Honduras y el Maoísmo Ante el Proceso Reformista Burgués (s. f.), Cuba, Veinte Años de Victoria (1978), La Comunidad Primitiva en Honduras (1981), Evolución Histórica de Honduras (1983), Copán, Tierra de Hombres y Dioses (1983), Marxismo y Realidad Nacional Hoy (1991). TESTIMONIO: Cuando las Tarántulas Atacan (1987).

Bermúdez Milla, Héctor

Narrador y periodista. Nació en San Pedro Sula, Departamento de Cortés, el 1 de febrero de 1927 y murió en Tegucigalpa el 13 de marzo de 2005. Realizó estudios en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, asimismo de Arte Comercial en la Universidad de Nebraska, Estados Unidos. En 1957 desempeñó el cargo de Agregado de Prensa de la Embajada de Honduras en Washington. Ha colaborado en las revistas “Tegucigalpa”, “Surco”, “Honduras Literaria”, “Presente” y “Extra” de Tegucigalpa y en los suplementos de arte y letras de los diarios hondureños. Ha sido Director de la Revista de la Universidad de Honduras. También ha sido columnista en el diario “El Heraldo”. Es miembro de la Academia Hondureña de la Lengua.

Obra publicada: CUENTO: Castillo de Naipes, Editorial Universitaria, Tegucigalpa (1991). POESIA: Tolvanera (1976).

Berríos, Rubén

Nació en La Lima en 1936. Escribe literatura para niños. Es Licenciado en Filosofía y Letras con Especialidad en Literatura por la Universidad Xaveriana de Bogotá (1977). Es catedrático de la Carrera de Letras de la UNAH. Ha participado en distintos coloquios literarios en Centroamérica, Perú, Puerto Rico, Canadá y La Habana. La Doctora Claire Paillet de la Universidad de Toulouse, realizó una traducción parcial al francés de sus libros: “El Caracol de Cristal” y “El Avión de Papel”. Su libro, “Niños de País Hondo o Pájaros Dormidos Sobre la Arena”, fue finalista en el Certamen Casa de las Américas, La Habana, 1992. Es Premio UNICEF a la Comunicación en la modalidad: “Productor de Mensajes por Medios Alternativos” (1995). Su obra publicada ha suscitado juicios favorables de la crítica literaria centroamericana. Publica en periódicos y revistas culturales dentro y fuera del país.

Obra publicada: CUENTO: El Caracol de Cristal (1988), El Avión de Papel (1990), País de Rayuelas (1993), Niños de País Hondo o Pájaros Dormidos Sobre la Arena (1994), Era un Niño y un Mar (1997), Espiga Ceremonial (1998), Canción de Mar y Canela (2001). POESIA: Papalote, poemas para niños (1999).

Bográn, Graciela

Obra publicada: CUENTO: Disertaciones. San Pedro Sula: Centro Editorial (1990).

Bondy Reyes, Ernesto

Nació en Tegucigalpa en 1947. Ha dedicado gran parte de su vida a la práctica de su profesión de ingeniero agrícola, principalmente en los asuntos del desarrollo rural y los recursos naturales, ejerciendo tanto en el ámbito gubernamental y empresarial, así como con organismos internacionales. También ha ejercido la docencia universitaria.

Obra publicada: CUENTO: La Mujer Fea y el Restaurador de Obras y Otros Relatos (1999), Viaje de Retorno, Hasta Sabina (2001).

Bonilla, Rony

Poeta y narrador. Nació en 1956. Labora como docente en el Instituto José Cecilio del Valle de Choloteca. Algunos de sus poemas fueron publicados en la Antología de Jóvenes Poetas del Sur, “El Otro Horizonte”; pertenece a la Asociación Literaria del Sur “Ramón Padilla Oviedo”.

Obra publicada: CUENTO: Atta y Otros Cuentos, Editorial Guaymuras, Tegucigalpa (1996). Bajo el Sol del Mediodía (2002).

Borjas, Edilberto

Nació en San Juan de Flores (Cantarranas) en 1950. Cursó estudios de Literatura en la Escuela Superior del Profesorado y los continuó en la Universidad Pedagógica de Bogotá, Colombia. En 1979, con el cuento “Cuando Lloro la Realidad”, obtuvo el segundo lugar en el Concurso de Narrativa patrocinado por esta Universidad. Es también un trabajador del teatro, actividad que le mereció durante cuatro años (1975-78), el premio como Mejor Director en festivales estudiantiles.

Obra publicada: CUENTO: Tiradores de Pájaros y Otros Cuentos, Editorial Universitaria (1981), El Tolupán de la Flor (1993), Huella de Jaguar, (1996). TEATRO: Crisis, Cultura y Desorden S. A.

Cáceres Lara, Víctor

Poeta, narrador, periodista, historiador y diplomático. Nació en Gracias, Departamento de Lempira, el 19 de febrero de 1915, y falleció el 10 de mayo de 1993 en Valle de Angeles. Fue catedrático de varios institutos de San Pedro Sula, Gracias, La Esperanza y Tegucigalpa, y de Ciencias Básicas de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Fue Diputado al Congreso Nacional, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Honduras en Venezuela y Director General de Correos de Honduras. Como periodista, colaboró en los periódicos “El Comercio” y “El Trabajo” en Santa Rosa de Copán; asimismo en el diario “El Norte” y el “Diario Comercial”, y fue Jefe de Redacción de los semanarios “Gaceta Municipal” y “Unión Nacional” de San Pedro Sula. En el desaparecido diario “El Día”, ocupó los cargos de Subdirector, Jefe de Redacción y editorialista. Desde 1973 fue columnista de diario “La Prensa”. Fue Presidente de la Asociación de Prensa Hondureña, institución que le concedió el Premio Alejandro Castro por su labor como divulgador de la historia de Honduras y como editorialista del diario “El Día” de Tegucigalpa. Fungió como Ministro de Cultura en el Gobierno de Roberto Suazo Córdova. Fue miembro de la Academia Hondureña de la

Lengua y en 1976 se le concedió el Premio Nacional de Literatura.

Obra publicada: CUENTO: Humus, Comayagüela (1952), Tierra Ardiente (1966), En 1995, la Editorial Iberoamericana que dirige Oscar Acosta, publicó sus cuentos completos. POESIA: Arcilla, San Pedro Sula (1941), Romances de la Alegría y de la Pena, San Pedro Sula (1943), Voces de Romance (antología personal, 1993). HISTORIA: El Doctor Alonso Suazo, Figura Prominente de la Medicina en Honduras, Tegucigalpa (1963), Fechas de la Historia de Honduras (Efemérides), Tegucigalpa (1964), Recuerdos de España (Crónicas), Tegucigalpa (1966), Gobernantes de Honduras en el Siglo XIX, Tegucigalpa (1978), Lempira, Defensor de la Autonomía Nacional, Tegucigalpa (1983), Efemérides Nacionales, 2 tomos (1981), El Golpe de Estado de 1904, Tegucigalpa (1985). ENSAYO: Apuntes Sobre Álvaro Contreras (1982), Juan Ramón Molina (1984).

Cacho Caballero, Xiomara Mercedes

Es originaria de la aldea Punta Gorda, Roatán, maestra de educación, con estudios de postgrado en Estados Unidos. Asimismo estudia Letras en la Universidad Pedagógica Nacional, es posiblemente la primer poeta garífuna.

Obra publicada: CUENTO: Wafien y sus Maracas (2000).

Callejas, Daniel

Narrador. Es Licenciado en Pedagogía. Se desempeña como catedrático universitario. Reside en San Pedro Sula.

Obra publicada: CUENTO: Raíces Primitivas, San Pedro Sula (2000).

Callejas, Eduardo

Nació en Puerto Cortés en 1932. Es maestro jubilado que ejerció la docencia durante cuarenta años. Ha coordinado la presentación de muchos escritores en Puerto Cortés, además, ha publicado numerosos textos narrativos en periódicos y revistas culturales. Actualmente escribe una novela.

Obra publicada: CUENTO: El Francotirador y Otros Cuentos, San Pedro Sula, Centroeditorial (1995), Benito el Pelicano (1998), Los Cuentos de Callejas (2001).

Cano Andrade, Daniel

Nació en 1938 en Yoro y murió en 2001. Fue Perito Mercantil y Contador Público.

Obra publicada: CUENTO: Ocho Cuentos Regionales y el Alma de un País, Tegucigalpa: Taller de Artes Gráficas de la Secretaría de Cultura Artes y Deportes (2000). POESIA: Primicias

(1967), Recortes (1983), Antología (de los dos poemarios previos) (1984), Grito Interior (1994), Amorosas, Cien Poemas de Amor (1998).

Cárcamo Tercero, Hernán

Nació en la ciudad de San Marcos de Colón, Departamento de Choluteca. Ha desempeñado los siguientes cargos: Gerente y Presidente del Banco Nacional de Fomento, Presidente del Banco de los Trabajadores, Director del Instituto de Investigación Jurídica de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la UNAH; Embajador de Honduras en República Dominicana y Venezuela, Magistrado de la Corte Suprema de Justicia. En el campo profesional, Presidente del Colegio de Abogados de Honduras y de la Asociación Hondureña de Instituciones Bancarias. Distinciones recibidas: Premio Nacional de Literatura “Ramón Rosa” en 1986; Profesor Emérito de la UNAH;

Obra Publicada: CUENTO: Huellas en la sombra. Tomo II (2002). ENSAYO: Diversos escritos políticos, jurídicos y periodísticos: Frases Íntimas (1964), Apuntes (1970), Los Símbolos Nacionales de Honduras (1983), Por Diversos Rumbos (1987), La Prueba en Materia Civil en la Legislación Hondureña (1990), Algunos Aspectos Teóricos-prácticos Relacionados con el Derecho Mercantil Hondureño (1991), Por esos Caminos; Declaraciones, Derechos y Garantías Individuales y Sociales en las Constituciones de Honduras (1824-1965), Los Términos Judiciales; El Testamento del General Francisco Morazán, Héroe y Mártir de la Unión Centroamericana; Una Contribución al Análisis del Código de la Niñez y la Adolescencia; El Régimen Jurídico Hondureño de los Derechos Humanos; Eficacia e Ineficacia de los Contratos en Materia Civil. En 2002 publicó una antología de escritos periodísticos y literarios en dos tomos, bajo el título “Huellas en la Sombra”.

Cárdenas Amador, Galel

Poeta, narrador y ensayista. Nació en San Pedro Sula, Cortés, en 1945. Es profesor de la Carrera de Letras de la UNAH desde hace más de veinte años, se ha desempeñado en las cátedras de Literatura Universal, Hispanoamericana, Centroamericana y Hondureña. Asimismo en otras materias de nivel básico tales como Español General, Redacción y Ortografía. Actualmente dirige la Maestría en Literatura Centroamericana, de la cual ha sido su fundador; ha prestado sus servicios, igualmente, en la UPNFM. En 1971 obtuvo el Segundo Lugar de Poesía a nivel centroamericano en los Juegos Florales de Quetzaltenango; en 1977, obtuvo el Primer Lugar de Poesía Universitaria Colombiana. Con el libro de poesía “Pasos de Animal Grande” obtuvo el Premio Latinoamericano de Poesía “Rubén Darío”, otorgado por el Gobierno de Nicaragua en 1986. En el año de 1988, La Secretaría de Cultura y las Artes galardonó su libro “Camino abierto y luminoso” con el Premio Juan Ramón Molina de Poesía.

Obra publicada: CUENTO: La Sangre Dio Una Sola Vuelta, Tegucigalpa (1991), La Llama de Todos los Poros (1992), La Exótica Algalia y su Fabulario (2003). POESIA: Poemas en Nicaragua y Otras Partes (1982), Pasos de Animal Grande (1986), Estación Madura (2002). NOVELA: Zona Viva, Tegucigalpa (1991), Fiebre Sin Fin (1999). ENSAYO: Teoría y Praxis de

la Sociología de la Literatura (1986), Manual de Teoría y Práctica del Análisis Literario (1998), Lengua y Literatura en la Enseñanza Superior I, II y III (2000). ANTOLOGÍA: En el Círculo del Cobre (antología de cuentos eróticos centroamericanos, 1993) en coautoría con Manuel Salinas Paguada.

Cardona, Tito

Nació en Tegucigalpa el 9 de octubre de 1951. Es Bachiller en Ciencias y Letras. Ha sido Alcalde Municipal del municipio de Yorito, Yoro, de 1975-1978.

Obra publicada: CUENTO: Senderos Inéditos de la Tierra Tolupán (2003).

Carías Reyes, Marcos

Narrador, periodista y diplomático. Nació en Tegucigalpa el 19 de diciembre de 1905 y murió en la misma ciudad el 24 de octubre de 1949. Hizo estudios de Derecho en la Universidad Nacional. Se graduó en 1934 y en 1936 viajó a París como Secretario de la Delegación de Honduras. De 1938 a 1948 fue Secretario Privado de la Presidencia de la República y en 1949 fue, durante pocos meses, Ministro de Educación Pública. Como periodista, fue redactor de los diarios “Sufragio Libre” en 1923 y de “El Demócrata” en 1927, y del semanario “Vanguardia” en 1932. Fue miembro de la Academia Hondureña de la Lengua.

Obra publicada: CUENTO: Germinal, Tegucigalpa (1936), imprimiéndose una segunda edición en 1946. Cuentos de Lobos, Tegucigalpa (1941). En 1996, la Editorial Iberoamericana que dirige Oscar Acosta y la Editorial Guaymuras, publicaron sus cuentos completos. NOVELA: La Heredad, Tegucigalpa (1934), se imprimió una segunda edición en la misma ciudad en 1945. En vida, publicó algunos capítulos de su novela “Trópico”, la que fue editada póstumamente en 1971. PROSAS: Prosas Fugaces, Tegucigalpa, Imprenta Calderón (1938), Crónicas Frívolas, Japón (1939). ENSAYO: Artículos y Discursos, Tegucigalpa (1943), Hombres de Pensamiento, Tegucigalpa (1947), Juan Ramón Molina (1943), Consideraciones Sobre Aspectos Históricos y Sociales de Honduras. La Paz Nacional (1945).

Carías Zapata, Marcos

Narrador e historiador. Nació en Tegucigalpa el 15 de noviembre de 1938. Obtuvo una Licenciatura en Filosofía y otra en Historia de América en la Universidad de Madrid. Desde 1966 hasta la fecha ha sido profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la UNAH. De 1970 a 1972 se desempeñó como Secretario Adjunto del Consejo Superior Universitario de Centro América (CSUCA). Ha sido Director de la Editorial Universitaria, Director del Centro Universitario de Estudios Generales de la UNAH y miembro de la Comisión de Soberanía y Fronteras de la Secretaría de Relaciones Exteriores. La Escuela de Bellas Artes le concedió el Premio Itzam Na en 1984. Es Premio Rey Juan Carlos de Estudios Históricos, 1993. Premio de Literatura José Trinidad Reyes de la UNAH en 1994 y Premio Nacional de Literatura “Ramón Rosa” en 1996. Es miembro

de la Academia Hondureña de la Lengua.

Obra publicada: CUENTO: La Ternura que Esperaba, Editorial Universitaria, (1970), Nuevos Cuentos de Lobos (1991), Plaza Mayor, Circo Menor (1994). NOVELA: La Memoria y sus Consecuencias, Editorial Nuevo Continente, Tegucigalpa (1973), Una Función con Móviles y Tentetiesos, Editorial Guaymuras (1980). ENSAYO: La Iglesia Católica en Honduras (1991), Vernon y James, Vidas Paralelas (1992). ANTOLOGIA: Ramón Rosa, Obra Escogida (1980).

Castañeda de Sarmiento, Aída

Nació en Gracias el 16 de octubre de 1940. Ha obtenido los premios: Primer Lugar en los X Juegos Florales de Santa Rosa de Copán, con el cuento: “Un Amigo Peligroso” en 1994. Tercer lugar Concurso de Poesía Gabriel Kattán con el poema “La Respuesta”. Con su novela “Tormenta”, cuyo título original era “Días de Tormenta” participó en 1991, en el Premio Acacia de Oro, premio que no gana por haber cambiado el título y por haberla publicado antes que se emitiese el fallo. La autora decidió publicar su obra, y cambiar el título, en vista de la tardanza del jurado en emitir el fallo (nueve meses).

Obra publicada: CUENTO: Senderos de la Infancia (cuentos infantiles), Imprenta Ariston, Tegucigalpa (1985), De la Tierra al Cielo, Talleres Gráficos Edilín, México (1987), El Tío Bernabé y Otros Cuentos (1989), Si Se Pudiera Congelar el Tiempo (1995). NOVELA: Tormenta (1992).

Castelar, José Adán

Nació en 1941 en La Ceiba. Perteneció al grupo literario “la Voz Convocada” grupo que publicó una antología con ese título en 1967. Ha obtenido los siguientes premios literarios: Itzam Na 1982; Roberto Sosa en 1986 con su poemario “Rutina”; Juan Ramón Molina en 1988. Dirigió en Tegucigalpa el plegable literario “Cuarto Brujo”.

Obra publicada: CUENTO: La Noche en que a Superman le Cortaron las Alas (1991), Mamá no Cree en Cantos de Sirenas (inédito). POESÍA: Entretanto (1979), Sin Olvidar la Humillación (1977), Tiempo Ganado al Mundo (antología personal, 1989), Poema Estacional (1989), También del Mar (1991), Rutina (1992), Rincón de Espejos (1995), Laodamia (2000), Venus en el Campo (2001).

Castellanos Enamorado, Guillermo

Nació en la ciudad de Santa Bárbara, el 17 de julio de 1926, donde hizo sus estudios primarios y secundarios, en la Escuela Urbana de Varones “Marcos García” y en el colegio “La Independencia”, respectivamente. Es Maestro de Enseñanza Primaria Urbana. Obtuvo el título de Licenciado en Periodismo, en la Escuela de Periodismo de la UNAH. Actualmente hace periodismo de divulgación cultural. Conoce México, Centroamérica y Panamá, Cuba y la ex Unión Soviética. Le

han sido adjudicados los premios nacionales de periodismo siguientes: El “Paulino Valladares”, el “Alejandro Castro”, “Escuela de Periodismo de la UNAH”, el “Premio UNICEF de Prensa” y el “Ramón Ortega”. La Universidad Pedagógica Nacional otorga un premio de periodismo cultural que lleva su nombre. Ha sido objeto de muchas otras distinciones.

Obra publicada: CUENTO: Arrancabarba (tiempos de guerra), (2002). LEYENDA: Subiranas (leyendas del padre Manuel de Jesús Subirana, 1963). Tiene por publicar: Personajes del Recuerdo, Verde que te quiero Verde y Mención de Honor.

Castellanos Moya, Horacio

Narrador y periodista. Nació en 1957. Desde muy pequeño vivió en El Salvador. Actualmente reside en México, donde alterna la labor literaria con la periodística, colaborando en el diario “Excelsior” y en la revista “Plural”. Formó parte del Consejo de Redacción de la revista “Palo de Fuego”. Su novela, La diáspora, mereció el Premio Nacional otorgado por la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” en 1988.

Obra publicada: CUENTO: Perfil de Prófugo (1987), ¿Qué Signo es Usted, Niña Berta? (1981), El Gran Masturbador (1993), Con la Congoja de la Tormenta Pasada (1995). POESÍA: Poemas (1987). NOVELA: La Diáspora (1989), Baile con Serpientes (1996), El Arma en el Hombre. ENSAYO: Recuento de Incertidumbres: cultura y transición en El Salvador (1993). ANTOLOGIA: La Margarita Emocionante (antología de poetas jóvenes salvadoreños, 1979).

Castillo, Rafael O.

Nació en Antofagasta, Chile, el 11 de noviembre de 1921 y murió en Valle de Ángeles el 31 de marzo de 1995. Ingeniero de profesión. La mayor parte de su vida la vivió en Honduras, obteniendo esta nacionalidad.

Obra publicada: CUENTO: Viaje al Brasil (1994).

Castillo, Roberto

Nació en 1950. Estudió filosofía en la Universidad de Costa Rica. Formó parte del consejo de redacción de la revista “Alcaraván” y co-dirigió la revista “Imaginaria”. Es miembro fundador de la Editorial Guaymuras. En 1986, con el cuento “La Laguna”, obtuvo el Premio Plural de Narrativa, en México. En 1986, obtuvo el segundo lugar en el concurso auspiciado por el Ateneo Cultural de Buenos Aires, Argentina, con el cuento “El hombre que se comieron los papeles”. En 1985, la revista norteamericana “Chasqui” publicó una traducción al inglés de su novela corta “El Corneta”, bajo el título de “Tivo, the Bugler”. En 1991 se le concedió el Premio Nacional de Literatura. Actualmente se desempeña como catedrático de la Carrera de Filosofía de la UNAH.

Obra publicada: CUENTO: Subida al Cielo y Otros Cuentos (1980), Figuras de Agradable

Demencia (1985), Traficantes de Ángeles, Editorial de la Universidad de Costa Rica (1996). NOVELA: El Corneta (1981), La Guerra Mortal de los Sentidos (2002). FILOSOFIA: Filosofía y Pensamiento Hondureño (1992).

Castro, hijo. Alejandro

Narrador y periodista. Nació en Tegucigalpa el 5 de mayo de 1914 y falleció en 1995. Perteneció a la generación literaria de 1935. Fue Jefe de Redacción y posteriormente Sub-director del diario “El Cronista” de Tegucigalpa; Director de la revista “Tegucigalpa”, del semanario “La Nación”, del diario “Prensa Libre” y del “Diario Nacional”. Fue Presidente del Consejo de Redacción de diario “El Heraldito”. Fue Jefe de Relaciones Públicas del Gobierno de Honduras. Con el periodista Enrique Gómez fundó la agencia noticiosa Información y Publicidad (IP) y con el periodista Virgilio Zelaya Rubí el noticiero “Radio Tiempo”. La Asociación de Prensa Hondureña, de la cual fue socio fundador, le concedió el Premio “Paulino Valladares”. El Colegio de Periodistas de Honduras le otorgó el Premio “Alvaro Contreras” en 1983. Se le concedió el Premio Nacional de Literatura en 1995.

Obra publicada: CUENTO: El Ángel de la Balanza, Tegucigalpa (1956). En 1995, la Editorial Iberoamericana que dirige Oscar Acosta y la Editorial Guaymuras, publicaron sus cuentos completos.

Cerrato, Alvaro J.

No se precisa su año de nacimiento, pero murió de forma trágica en 1972. Julio Escoto, al referirse a su novela “Flor de Violación”, comenta: “Novela de carácter romántico-social y obra que sorprende por lo magnífico del estilo, la claridad de prosa y armonía de una estructura interna...”. Al momento de su muerte trabajaba en la novela: “La Mujer que Quiso Ser Madre”, que se perdió.

Obra publicada: CUENTO: Páginas Rojas (1933), con prólogo de Marcos Carías Reyes. NOVELA: Flor de Violación (1948).

Chirinox, Gustavo

Obra publicada: CUENTO: Cuentos de Amor, de Pasión y de Dolor, Tegucigalpa (1933). PROSAS: En el Dorado Fabuloso (1934), Albores de Juventud (1952) y Estampas Folklóricas (1959).

Cisneros, Paula Herminia

Nació en Tegucigalpa el 15 de enero de 1926. Fue declarada Mujer del Año 1979-1980 por el Grupo Ideas.

Obra publicada: CUENTO: Entrega de Siete Cuentos de Viejos (1994), Cuentos del Abuelo: Pelo

de Plata (2000). POESÍA: Ego (1975), Tiempo de Nacer, Tiempo de Morir (1999). TEATRO: Tres Leyendas de Amor Concatenadas Mayas Copanecas (1970).

Civela Delanka (posible pseudónimo de Iris M. de Delgado)

Obra publicada: CUENTO: Mi Libro de Cuentos (1994).

Codrington, Guillermo

Poeta y narrador, vinculado a las Ediciones Pegaso, de la que fue director. Nació en la ciudad de Yuscarán, El Paraíso, el 4 de junio de 1931. Su verdadero nombre es William Jameson Codrington. Ganador de los Juegos Florales de San Marcos de Ocotepeque en 1985, asimismo de varios certámenes de poesía, cuento y ensayo. Es conferencista de la Dirección de Historia Militar, en donde labora como encargado de la biblioteca.

Obra publicada: CUENTO: Cuentos de Tierra y Viento (1983). NOVELA: Krekantary (1985), El Muro del Silencio (1987), Cero al Espacio (2003). POESÍA: La Cosecha (1969). Escribiéndole a Juan (s. f.).

D

Delgado M., Ofelia

Obra publicada: CUENTO: Anhelos de un Corazón. Cuentos Morales. Tegucigalpa: Imprenta Soto (1953).

del Valle, Pompeyo

Poeta, narrador y periodista. Nació en Tegucigalpa en 1929. Pertenece a la Generación Literaria de 1950. Hijo de Carlos del Valle y Soldevilla, natural de Arequipa, Perú, y de Carmen Moncada Rivera, hondureña, originaria de Santa Bárbara. Desde muy temprano ejerció la profesión del periodismo. Fue reportero del diario “El Cronista”, donde tuvo a su cargo la página cultural. Trabajó en el diario “El Día” En 1978. Fue director y locutor del diario radiofónico “Meridiano”, transmitido por Radio América y libretista de Radio Comayagüela. Fue Director de la Revista de la Universidad de la UNAH y de “El Gato Negro”, magazine de narraciones, sucesos extraordinarios y otras novedades. También dirigió los semanarios políticos “Jornada”, “Orientación”, “Alianza”, “Futuro” y “Semana Popular”. Durante cerca de dos lustros fue Jefe-fundador del Departamento de Publicaciones de la Secretaría de Cultura y Turismo y Director de la revista “Sectante”, órgano de divulgación del referido ente estatal. Su práctica en la arena de la lucha social le ocasionó prisiones y destierros. Ha viajado por Centroamérica, México, El Caribe y Europa. Su obra ha sido traducida a varios idiomas, entre ellos el ruso y el inglés. Su libro “Ciudad con Dragones” mereció el Premio de Poesía en el concurso patrocinado por el Consejo Metropolitano del Distrito Central, hoy Alcaldía de Tegucigalpa. En 1980, con su libro de cuentos “Los hombres verdes de Ula”, ganó el

concurso de narrativa patrocinado por la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Se le otorgó el Premio Nacional de Literatura “Ramón Rosa” en 1981. Actualmente trabaja en el Ministerio de Cultura y las Artes en el Departamento del Libro.

Obra publicada: CUENTO: Los Hombres Verdes de Ula, Tegucigalpa (1982), Una Escama de Oro y Otra de Plata (figuras y ficciones de la tradición oral de Honduras, Tegucigalpa, 1988). POESIA: La Ruta Fulgurante, Tegucigalpa (1956), Antología Mínima, Tegucigalpa (1958), El Fugitivo, San Pedro Sula (1963), Cifra y Rumbo de Abril, México, D. F. (1964), Nostalgia y Belleza del Amor, Tegucigalpa (1970), Monólogo de un Condenado a Muerte, Tegucigalpa (1978), Ciudad con Dragones, Tegucigalpa (1980), Duración de lo Eterno, Tegucigalpa (1988), Poemas Escogidos, Tegucigalpa (1989). PROSA: Retrato de un Niño Ausente, Tegucigalpa (1968), El Hondureño, Hombre Mítico, Tegucigalpa (1977), El Encantado Vino del Otoño (2002). ENSAYO: El Sentido de la Fuerza en Ramón Rosa (1976), Comer y Beber en Honduras, Tegucigalpa (2003). ANTOLOGIA: Exaltación de Honduras (en colaboración con Oscar Acosta, 1971), Preludio Continental (1977), Árbol de las Maravillas (2000).

Depienne, Albert

Nació en Bélgica en 1924. Residente en Honduras. Tiene estudios superiores en Filosofía y estudios postuniversitarios en Desarrollo en Francia. Ha trabajado para la UNESCO, como experto en educación extraescolar y formación docente; para la ACNUR como Oficial de Educación y trabajo social y en la UNAH como profesor en la Maestría Latino-americana de Trabajo Social.

Obra publicada: CUENTO: Surcos (1990). El Trapecista de Adobe y Neón (1992) en coautoría con Trigueros, Samuel.

Díaz Chávez, Luis

Nació en San Salvador, El Salvador, el 5 de mayo de 1917, y siendo hijo de padres hondureños adoptó esta nacionalidad, y falleció en Tlaxcala, México, el 9 de agosto de 1994. Se graduó de arquitecto en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde fue catedrático, ciudad en donde residió por muchos años. En 1961 obtuvo el Primer Premio en el Concurso de Casa de las Américas de La Habana, Cuba, con su libro de cuentos “Pescador sin Fortuna”.

Obra publicada: CUENTO: Pescador sin Fortuna, La Habana, Cuba (1961). En 1997, la Editorial Iberoamericana que dirige Oscar Acosta y la Editorial Guaymurás, publicaron sus cuentos completos.

Díaz de Ortega, Rubenia

Narradora. Nació en Tegucigalpa, hija de la novelista Argentina Díaz Lozano y esposa del también escritor Miguel Rodrigo Ortega. Es de profesión periodista y realizó sus estudios en Honduras, Guatemala y Estados Unidos. Trabajó por más de 25 años como Corresponsal de la Voz de los Estados Unidos de América. Ha residido por varios años en Guatemala e Italia. Ha sido

impulsadora cultural y ha fungido como presidenta del Grupo Ideas y de la Asociación de Escritores de Honduras; asimismo pertenece a la Federación de Asociaciones Femeninas.

Obra publicada: CUENTO: Cuentos y Relatos (1998).

Díaz Lozano, Argentina

Novelista y periodista. Nació en Santa Rosa de Copán el 5 de diciembre de 1910 y murió en Tegucigalpa el 13 de agosto de 1999. Su verdadero nombre es Argentina Bueso Mejía. Realizó estudios de periodismo en Guatemala, en la Universidad de San Carlos, en 1951. En ese país, donde residió por muchos años, ha colaborado con los periódicos “Diario de Centro América”, “El Imparcial”, “Prensa Libre” y “La Hora”. En estos dos últimos mantuvo una columna llamada “Jueves Literario”. En 1943, su novela “Peregrinaje” obtuvo el Premio Latinoamericano de Novela convocado por la firma editora Ferrar and Rinehart y la Unión Panamericana de Washington. Dicha novela se publicó en idioma inglés con el título de “Enriqueta and I”. Además de este idioma, sus obras han sido traducidas al francés. Un grupo de escritores guatemaltecos y hondureños la proponen en 1974, como candidata al Premio Nóbel de Literatura y la Academia Sueca aprueba tal solicitud. En 1968 se le concede el Premio Nacional de Literatura. Fue miembro de la Academia Hondureña de la Lengua.

Obra publicada: CUENTO: Perlas de mi Rosario (1930), Topacios (1940). NOVELA: Luz en la Senda (1935), Peregrinaje (1944), Mayapán (1950), Y Tenemos que Vivir (1963), 49 Días en la Vida de una Mujer (1956), Mansión en la Bruma (1965), Fuego en la Ciudad (1966), Aquel Año Rojo (1973), Eran las Doce... y de Noche (1976), Ciudad Errante (1983), Caoba y Orquídeas (1986). ENSAYO: Walt Whitman (s. f.), Aquí Viene Un Hombre (1968), Sandalias Sobre Europa (1976). En 1982, apareció en Guatemala un estudio biográfico literario sobre su persona.

Díaz Lozano, Mimí

Nació en Tegucigalpa. Se graduó de Filosofía en la UNAH. Ha efectuado estudios posteriores, incluyendo Apreciación Musical, en Guatemala y México. Escribe artículos de crítica en los diarios nacionales.

Obra publicada: CUENTO: Sendas en el abismo (1959).

Díaz Zelaya, Samuel

Narrador y periodista. Nació en Ojojona, Departamento de Francisco Morazán, y falleció en 1966. Fue director de la revista “Excelsior” cuyo primer número apareció en 1937, también fue asiduo colaborador de la revista “Tegucigalpa” y de los diarios “El Día”, “El Cronista” y “Diario Comercial”. En algunos de sus cuentos y artículos utilizó como seudónimo el anagrama Luzzie Adams, asimismo el de Pamplinas.

Obra publicada: CUENTO: Camino Real, Tegucigalpa (1966). *En la Tierra* (1966).

Durón, Rómulo E.

Historiador, poeta, narrador y bibliógrafo. Nació en Comayagüela en 1865 y falleció en 1942. Rafael Heliodoro Valle, refiriéndose a su persona, expresa: “Fue Durón un verdadero explorador en un bosque tropical de papeles; y, en medio de la zozobra en que vive un hombre de estudios en nuestros países, pudo hacer excelente acopio de materiales que le permitieron dibujar, en parte, la fisonomía de muchos acontecimientos”. Para otros, Durón reconstruye, en el siglo XIX, la trama de la historia hondureña, en su sucesión cronológica e historiográfica, habiéndola dotado de un andamiaje y de una armazón interpretativa. A Durón le cabe ser el primero en publicar en Honduras una antología de prosa y verso. Además, en 1905, recopiló y publicó la obra cumbre de José Trinidad Reyes: *Las Pastorelas*. Fue Director de la Revista de la Universidad, desde 1909 hasta 1913. En 1914, dirige el periódico político “Paz y Unión”, y en 1917, la revista “La Lectura”. Fue miembro de la Academia Hondureña de la Lengua.

Obra publicada: CUENTO: *La campana del Reloj, Una Página de Historia, Domingo Antonio* (1906). POESIA: *Ensayos Poéticos* (1887), *Crepusculares* (1893), *Floriana* (1917). ANTOLOGIA: *Honduras Literaria* (dos tomos, en prosa y verso; en 1896 el primero y en 1899 el segundo), *Pastorelas del Presbítero José Trinidad Reyes* (1905), *De Byron, de Moore y de Poe* (traducciones, 1917). HISTORIA: *Gobernantes de Honduras, Rasgos* (1902), *La Provincia de Tegucigalpa bajo el Gobierno de Mallol* (1904), *Bosquejo Histórico de Honduras* (1927), *Límites de Nicaragua* (1938), *Nicaragua Ante el Laudo del Rey de España* (1938), entre otras.

E

Escalante, Paulino

Narrador y poeta. Nació en la ciudad de Puerto de Tela, Atlántida, en 1929. Es de profesión Tipógrafo. Comenzó escribiendo artículos de carácter político en los órganos de divulgación de la clase obrera. Ha publicado sus trabajos literarios en la revista “Frente” (órgano de orientación sindical de los trabajadores de la UNAH, SITRAUNAH), y en “18 Conejo”, Boletín Literario de la Editorial Universitaria. Ha viajado por distintos países de Europa, África y América con fines de estudio. Trabaja en la Editorial Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras.

Obra publicada: CUENTO: *Entierren Esa Tierra*, Edit. Universitaria (1999).

Escoto, Julio César

Narrador, ensayista y editor. Nació en San Pedro Sula, Departamento de Cortés, el 28 de febrero de 1944. Obtuvo una Maestría en Literatura en la Universidad de Costa Rica en 1984. Residió mucho tiempo en Costa Rica, donde, entre otros trabajos, desempeñó el de Director de la Editorial

Universitaria Centroamericana (EDUCA). También fungió como miembro del Consejo de Redacción de La Prensa Literaria Centroamericana, que editaba Pablo Antonio Cuadra en Nicaragua. En 1967, con su libro “Los Guerreros de Hibueras” ganó el Premio de Narrativa Froylán Turcios que convocó la Escuela Superior del Profesorado, de Tegucigalpa. Ha sido finalista, en dos ocasiones, del Premio Centroamericano de Narrativa Miguel Angel Asturias, con sus libros “El árbol de los Pañuelos (1968) e “Historias del Tiempo Perdido” (1970). En 1983, con el cuento, “Abril, Antes del Mediodía”, ganó el Premio Gabriel Miró en España. El mismo año y en el mismo país, fue finalista del Premio Sésamo, de Novela Breve. Reside en San Pedro Sula donde dirige la casa editora Centroeditorial. Se le otorgó el Premio Nacional de Literatura en 1975. Ha sido director de la revista Imaginación 1989-1994 y 1997. Fundó la editorial Centroeditorial en San Pedro Sula, 1987. Es miembro de número de la Academia Hondureña de la Lengua.

Obra publicada: CUENTO: Los Guerreros de Hibueras (1967), La Balada del Herido Pájaro (1969), La Balada del Herido Pájaro y Otros Relatos (1985), Historias de los operantes (1999), Todos los Cuentos (1999). NOVELA: El Árbol de los Pañuelos (1972), Días de Ventisca, Noches de Huracán (1980), El General Morazán Marcha a Batallar Desde la Muerte (1992), Bajo el Almendro, Junto al Volcán (1988), Rey del Albor, Madrugada (1993). ENSAYO: Casa del Agua (1974), José Cecilio del Valle, Una Etica Contemporánea (1990), El Ojo Santo, la Ideología en Televisión y Religión (1990), Del Tiempo y el Trópico (2002). ANTOLOGIA: Antología de la Poesía Amorosa de Honduras (1974), Los Mayas (1979). LITERATURA JUVENIL: Los Mayas (1984).

Espinoza, Javier Abril

Escritor y dramaturgo. Egresado de la Carrera de Letras de la UPNFM. Obtuvo el Premio Único de Poesía Pablo Neruda en 1995, el Premio Joven Dramaturgia Hispana en Estados Unidos, con “Los Sobrevivientes de Profundis” en 1992. Editor y director de la revista de teatro “Mogiganga” y de la página literaria “El Duende Sabatino” de diario “El Periódico de Honduras”. Prepara en España la edición de su primer novela “La Casa de Amor y Coca-clones”. Es Coordinador para Honduras ante las Naciones Unidas/UNESCO del Dialogue Poetry of World, donde aparece en la Antología Mundial de Poesía traducida a seis idiomas. Fue invitado al Segundo Congreso Internacional de Literatura Hispanoamericana en China.

Obra publicada: CUENTO: Cuentos para Niñas y Niños (2001), Un Ángel Atrapado en el Huracán (2002).

Espinoza Murra, Dagoberto

Nació en el municipio de Soledad, Departamento de El Paraíso. Parte de la primaria la hizo en Liure, pueblo del mismo departamento. Realizó estudios de magisterio en la Normal de Varones de Tegucigalpa. Se graduó de Bachiller en el Instituto San Miguel. Obtuvo el título de Médico y Cirujano en la UNAH, pasando después a realizar la especialidad de Psiquiatría en las universidades de Heidelberg, Alemania y Complutense de Madrid, España. Ha publicado obras

de carácter científico en el campo de la psiquiatría.

Obra publicada: CUENTO: La Virgen Embarazada y Otros Relatos (2002). NOVELA: La Magia del Arco Iris (2000). Es autor de o coautor de los siguientes textos: Introducción a la psicopatología, La depresión en la práctica médica, el ABC de las epilepsias. En la Revista Médica hay una decena de sus trabajos, incluyendo temas sobre la prostitución. Ha escrito más de doscientos artículos en los periódicos del país.

Espinoza Santos, Samuel

Nació en San Marcos de Ocotepeque el 4 de enero de 1928. Fueron sus progenitores Don Angel Antonio Espinoza Posadas y Doña Angela Santos Rivera. Hasta el cuarto grado estudió en la Escuela Urbana Mixta “Cándido Mejía” de su ciudad natal. Concluyó los estudios primarios en el colegio “Amigos” de Chiquimula, Guatemala. Allí mismo, en el I.N.V.O., se tituló de Maestro de Educación Primaria. Laboró en su profesión por un período de cuarenta años. Fue maestro auxiliar, subdirector y director de la Escuela “Luis Landa” de Omoa; maestro auxiliar, subdirector y director de la Escuela “Abraham Riera Peña” de la misma cabecera municipal. Subdirector del Instituto “Santiago Riera Vásquez”, consejero de estudiantes y catedrático de español y otras materias, en el mismo plantel educativo. Catedrático de español y maestro guía en el Instituto “Franklin Delano Roosevelt” de Puerto Cortés. Se proyectó decididamente en los lugares donde trabajó en los diferentes aspectos del desarrollo comunal.

En el campo literario escribió algunos ensayos, cuentos y poesías que el tiempo ha ido aniquilando. Aún subsisten algunas poesías: “Canto a Puerto Cortés”, “A los Pescadores de Omoa” e himno oficial de la Escuela “Abraham Riera Peña”.

Obra publicada: CUENTO: Voces del Terruño (2002).

F

Ferrari, Mario

Obra publicada: CUENTO: Más Allá del Arco Iris (1976).

Ferrera, Fausta

Poeta y narradora. Nació en 1891 y falleció en 1970. Su obra está dispersa en las revistas y diarios de la época, principalmente en el “Diario Comercial” que se editaba en San Pedro Sula, ciudad donde residió hasta su muerte. De ella dijo Froylán Turcios: “Su prosa, tan desnuda de todo artificio vulgar, tan sobria, tan clara... va mostrando al lector las rústicas escenas con una gracia encantadora”.

Obra publicada: CUENTO: Cuentos Regionales (1938). POESIA: Alas (1937).

Flores, Oscar Armando

Narrador, ensayista y periodista. Nació en Tegucigalpa el 4 de julio de 1912 y murió en la misma ciudad el 31 de diciembre de 1980. Ocupó varios cargos públicos, entre ellos el de Ministro del Trabajo en tiempos del presidente Villeda Morales. En 1938, dirigió la revista ANC, órgano de la Asociación Nacional de Cronistas. Fue colaborador de la “Prensa Dominical”, del diario “La Prensa” que se edita en San Pedro Sula. Escribió también crónica política en el diario “El Pueblo”; usó los seudónimos Armando Miral, Tulio Jermil, Roberto Sol y Ricardo Miró. Fue fundador y primer director del diario “La Tribuna”, periódico que se edita en Tegucigalpa. Se le concedió el Premio Nacional de Literatura en 1980.

Obra publicada: CUENTO: Presencia del Olvido (1969), La Voz Está en el Viento (1969). En 1996, la Editorial Iberoamericana que dirige Oscar Acosta y la Editorial Guaymurás, publicaron sus cuentos completos.

Flores Anduray, Lenín E.

Nació en Tegucigalpa el 24 de diciembre de 1945. Es egresado de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales y de la Escuela de Periodismo de la UNAH. Asimismo ha obtenido en Diplomado en Mercadotecnia en UNITEC. Posee una vasta experiencia municipalista, durante varios años ha ejercido diferentes cargos en la Dirección de Asesoría y Asistencia Técnica Municipal, del Ministerio de Gobernación y Justicia donde ha sido Director Ejecutivo. Ha viajado por toda América y ha representado a Honduras en varios congresos y seminarios, sobre todo en temas relacionados con planeamiento estratégico y metodología de la comunicación. Entre otros importantes cargos ha sido Consultor para la Universidad Johns Hopkins de Estados Unidos. Ha publicado artículos en periódicos y revistas sobre salud y temas literarios. Ha obtenido el Segundo Premio (1968) y Diploma de Honor (1969) Rama de Cuento en los Primero y Segundo Torneos Culturales patrocinados por el Departamento de Extensión Universitaria de la UNAH.

Obra publicada: CUENTO: Los Entilados (1972). ENSAYO: Manual de Organización y Funciones Municipales (1974). INEDITOS: El Fajeado del Diablo (Cuento); Al Noroeste en el Pueblo de los Misquitos (novela); Los Confesores (novela); El Tío Tente (Vida y Obra de Claudio Barrera), (ensayo); Grandes de la Masonería Universal (ensayo).

Flores Bermúdez, Alejandra

Nació en Tegucigalpa, D. C., el 15 de febrero de 1957. Sus padres son Agripino Flores Aguilar y Alicia Bermúdez Milla de Flores. Debido a la labor de su padre en la carrera diplomática ha residido en varios países como Estados Unidos de Norteamérica, Venezuela, Colombia, Alemania y Taiwan. Estudió antropología en la Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia (1975-1980). Participó en la elaboración de uno de los primeros Proyectos de Educación Indígena en Colombia conviviendo un año con la comunidad indígena “Arhuaca” de la Sierra Nevada de Santa Marta (1977). Ha participado en varias exposiciones colectivas de pintura: IHCI (1995), IHCI (2001),

IHCI (2003). Su poesía ha sido antologada en “Honduras, Mujer y Poesía” de Adaluz Pineda de Gálvez (1998) y en la antología bilingüe editada en Estados Unidos de Norteamérica por la poeta Amanda Castro. Su poesía ha aparecido en revistas y periódicos nacionales y en la revista “Saudade” de Portugal. Ha colaborado con varios periódicos y revistas como “Anthropos” de Alemania Federal y “Noticias de la República de China”, Taipei, Taiwan. Desde el año 1999 colabora con artículos culturales para: “Honduras this week”, su obra aparecerá en la antología editada en Costa Rica sobre mujeres poetas centroamericanas y en un diccionario editado también en este país sobre autores centroamericanos. Actualmente se desempeña como maestra de inglés en el IHCI (Instituto Hondureño de Cultura Interamericana).

Obra publicada: CUENTO: Cantos de Barro (2000). POESÍA: Destino Ultrajado (1992), Exilios Interiores (1996), Sobretudo (2001). Tiene un libro inédito de poesía para niños titulado “Rimas y Rondas”. Sus libros han sido ilustrados por ella misma.

Flores Segura, Rafael

Nació en la aldea El Pataste, municipio de Danlí en el Departamento de El Paraíso. Estudió en la escuela “Francisco Morazán” en su lugar de origen; luego se trasladó a la ciudad de Danlí donde se graduó como Perito Mercantil y Contador Público; luego se trasladó a la ciudad capital donde obtuvo el grado de Profesor de Educación Media, luego el Bachillerato Universitario y después la Licenciatura en Ciencias Sociales en la UPNFM. Actualmente trabaja como catedrático en la Universidad de Missouri, Columbia, Estados Unidos.

Obra Publicada: CUENTO: La Ruleta Rusa y Otros Cuentos (2002).

Fontana, Jaime (V́ctor Eugenio Castañeda)

Narrador, poeta y diplomático. Su verdadero nombre fue V́ctor Eugenio Castañeda. Nació el 13 de abril de 1922 en Tutule, Departamento de La Paz y falleció en Tegucigalpa en 1972. Estudió Derecho en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional, recibiendo su título de Licenciado. En 1943 obtuvo el Primer Premio en el Concurso Científico Morazánico con su libro de ensayo el “Cuasi-Contrato Social”, y en 1947 el Primer Premio en el Concurso Poético promovido por la Universidad de Honduras con motivo de su centenario. En 1951, en la Argentina, le fue concedido el Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores por su libro “Color Naval” y en 1962 obtuvo el Premio “Asteriscos” de Junín, Argentina. Vuelto a la Patria, en 1964 ganó el Gran Premio Rotario. Fue Presidente del Pen Club Internacional, Sección de Honduras. Fue Agregado Cultural de la Embajada de Honduras en la Argentina; Encargado de Negocios en México; Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Honduras en Quito, Ecuador, y Delegado de Honduras ante la UNESCO, en París.

Obra publicada: CUENTO: *Lepazalt*. POESIA: Color Naval, Buenos Aires, Argentina (1951).

Gaitán, Nery Alexis

Narrador, antólogo e investigador literario. Nació en Danlí, El Paraíso, el 19 de marzo de 1961. Es Licenciado en Letras egresado de la UNAH. Ha efectuado estudios de literatura en México. En 1991, obtuvo el Premio de Narrativa “Ramón Amaya Amador” de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional. Ese mismo año obtuvo el Premio Centroamericano de Cuento “Froylán Turcios” que patrocina el Ministerio de Cultura y las Artes de Honduras. Ha sido un gran divulgador cultural y un acucioso investigador de la literatura hondureña. Sus libros definen y consolidan la ficción en Honduras, con temas e inquietudes de carácter universal. Es miembro de la Academia Hondureña de la Lengua.

Obra publicada: CUENTO: Reloj de Arena (1989), La Vida Menor (1990), Laberinto Último (1992). En 1993 publicó una antología parcial de su obra bajo el título de Extraña Cosecha. A la Sombra del Loto (1996), El Reclamo de las Horas (1995), una antología completa sobre su obra narrativa, bajo el título de Pretextos para la Eternidad (1998), Fervor de Otoño (2000), Arrullos a la Orilla del Ensueño (2001), Melodía en Primavera (2002), Este Volver a la Infancia (2003).

Galeano, Leonidas

Nació en Jutiquile en 1932.

Obra publicada: CUENTO: Cuentos Sencillos (1974). PROSAS y VERSOS: Se Mira Una Estrella (1963), Viaje Infinito (1974), La Vida en Broma (1974), Rimas Modernas (1974), Gigantes y Pigmeos (1974), La Rebelión de los Pobres (1974).

Gamero de Medina, Lucila

Nació en Danlí en 1873 y murió en la misma ciudad en 1964. Precursora de la novela en Honduras, su novela “Adriana y Margarita” se considera la primera escrita en el país. Realizó estudios de medicina. Su novela “Blanca Olmedo”, escrita en 1900, es a la vez su obra más conocida y la que le dio fama nacional e internacional. Se distinguió como miembro del Ateneo de El Salvador y del Comité Femenino Panamericano con sede en Estados Unidos. En 1974, a diez años de su muerte, la revista capitalina “Aportes” le dedicó un número monográfico. En 1994 el escritor Juan Ramón Martínez publicó un libro sobre su vida y obra: “Lucila Gamero de Medina, una mujer ante el espejo”.

Obra publicada: CUENTO: Betina (1941). NOVELA: Adriana y Margarita (1897), Páginas del Corazón (1897), Blanca Olmedo (1900), Aída (1948), Amor Exótico (1954), La Secretaria (1954), El Dolor de Amar (1955). En 1997, la Editorial Universitaria publicó sus cuentos completos.

García, Armando

Nació en Olanchito el 10 de abril de 1948. Ha sido profesor de Educación Media. Es columnista del diario “La Prensa” de San Pedro Sula. Fue miembro del consejo de redacción de la revista literaria

“Tragaluz” de la Editorial Guaymuras de Tegucigalpa. Ha sido colaborador de diversos suplementos literarios.

Obra publicada: CUENTO: Hechos Necios que Acusais... (1993), H de Absurdo (1999).

Gómez Milla, J. Antonio

Obra publicada: CUENTO: Cuentos para Usted, Tegucigalpa: Imprenta La República (s. f) escritos entre 1959-1967. Cuentos proletarios (s. f.).

González, Karla Frida

Nació en México D. F., el 17 de mayo de 1964. Hija de la enfermera Enna Ruth Meléndez, hondureña y el economista y miembro del Partido Comunista de México Ricardo Patricio González Muñoz. A la edad de 6 meses sus padres se separaron y su madre retornó a Honduras donde ha vivido desde siempre. Estudió en la Escuela Primaria Evangélica de Tegucigalpa y se graduó en la Escuela Normal de Señoritas España, Villa ahumada, Danlí. A la edad de 13 años optó por la doble nacionalidad. Es maestra de educación especial y Lic. en Orientación Educativa egresada de la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán. Es voluntaria dando consejerías a las personas con VIH-SIDA y tiene un Diplomado en Consejería para personas con VIH-SIDA de Cuba.

Obra publicada: CUENTO: Espejo Negro (2000).

Granados Cortés, Leónidas

Nació en Teupasenti, Departamento de El Paraíso, el 11 de abril de 1927. En 1933 por razones políticas sus padres emigraron a Nicaragua, radicándose en la ciudad de Ocotol, cabecera del Departamento de Nueva Segovia. En la escuela Superior de Varones de la misma ciudad cursa su educación primaria, la cual una vez concluida, le abre las puertas de la Escuela Normal Central de Varones de Managua, a la que ingresa a inicios del mes de mayo de 1943, graduándose de Maestro de Educación Primaria, a finales de febrero de 1947; el mismo año inicia, en la escuela donde había estudiado, su actividad docente como profesor de sexto grado. Al iniciarse el año escolar en mayo de 1951 el Ministerio de Educación lo traslada como Inspector General y docente a la Escuela Normal en donde en 1947, se había graduado, laborando hasta febrero de 1953, mes en que pone su renuncia para trasladarse a Guatemala, único país en Centro América en donde existía una Facultad de Humanidades, ya que aspira a seguir estudios pedagógicos o de literatura. Al nomás llegar se inscribe provisionalmente —mientras sus documentos siguen el curso de incorporación— en la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos, concluyendo sus estudios en 1958 y obteniendo en el año de 1962 su grado académico de Licenciado en Pedagogía y Ciencias de la Educación. En Guatemala se incorpora a la docencia al siguiente año de su llegada en el Colegio de Infantes de los Hermanos Maristas, como profesor de español en tercer curso, asignatura que sirve en cuatro secciones. Al año siguiente lo incorporan como profesor de planta. En 1958 gana por concurso la plaza de Psicometrista en la

recién creada Sección de Evaluación Escolar adscrita al Consejo Técnico de Educación, laborando por la noche en el Instituto Nacional Mixto Nocturno como Profesor de Filosofía y Profesor de Estudios Sociales en la Escuela Nacional de Ciencias Comerciales.

Paralelo a su actividad docente, que ha ejercido en tres países centroamericanos y en los tres niveles educativos, ha ejercido la de escritor, habiendo publicado hasta la fecha las siguientes obras: Evaluación Subjetiva y Objetiva del Rendimiento Escolar, tesis de grado; Manual de Evaluación Escolar, libro de texto para estudiantes de escuelas normales y del cual se hicieron varias ediciones, El Hogar, la Escuela y la Comunidad: Textos y Ejercicios; libro de Estudios Sociales, Primer Grado; La Comunidad Local y Departamental: Textos y Ejercicios; libro de Estudios Sociales, Segundo Grado. Para Educación Preescolar ha realizado las siguientes publicaciones: Aprendo Conceptos, Corto, Pego y Pinto, Desarrollo del Motor Fino, Iniciación a la Preescritura, Iniciación a la Matemática, Aprendo las Vocales y los Números de 1 a 10, Discriminación Visual y Discriminación Auditiva, entre otros.

Recién graduado de secundaria comienza a publicar artículos y poemas en los siguientes diarios y revistas de Nicaragua: diario “Flecha”, diario “La Prensa”, revista “Orbe” y revista “Cumbres” de la que fuera co-director. En Guatemala escribe en “El Periodista” órgano de divulgación de la Escuela Centroamericana de Periodismo, adscrita a esa fecha a la Facultad de Humanidades y la revista centroamericana “Itsmena”, fundada y dirigida por la escritora y novelista hondureña, Argentina Díaz Lozano.

Ingresó como docente a la Universidad Nacional Autónoma de Honduras el 1 de abril de 1965, específicamente al Departamento de Pedagogía y Ciencias de la Educación, habiendo laborado, además, en las Carreras de Psicología y Administración Pública.

Además de diplomas de reconocimiento otorgados por la Alcaldía Municipal de Ocotal, la Federación Sindical de Maestros de Nicaragua, la Sección de Evaluación Escolar de Guatemala, el Departamento de Pedagogía, la Sección de Pedagogía de San Pedro Sula, la Carrera de Psicología, el Centro Universitario de Estudios Generales, la Asociación de Profesores del Centro Universitario de Estudios Generales, APCUEG y el Colegio de Pedagogos, la Universidad le otorgó en 1994 la distinción de “Profesor Emérito”, antes le había otorgado un diploma y una Medalla de Honor al Mérito por 25 años consecutivos de labor docente. De 1986 a 1988 fue consultor del Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza, CATIE, con sede en Costa Rica, en el área de Evaluación y Medición Educativa. Ha realizado estudios de post-grado en la Universidad del Valle de Guatemala en el área de Evaluación y Medición Educativa. Durante el año de 1989 fue asesor del Componente de Textos Escolares del Ministerio de Educación Pública. En la actualidad prepara la biografía “Perfil de un Educador, Vida y Obra de Manuel Antonio Santos”, que fuera su profesor en la Universidad de San Carlos y a quien le ha dispensado siempre un gran cariño y admiración y a quien considera un educador nato, la que será publicada en el primer semestre del 2003.

Actualmente pertenece a las siguientes organizaciones culturales: Sociedad de Escritores de Honduras, Sociedad Literaria de Honduras e Instituto de las Ciencias del Hombre “Rafael Heliodoro Valle”.

Obras publicada: CUENTO: Peripecias de un Don Juan Llamado Juan (1997). NOVELA: La Embrujada (1996). POESIA: La Voz Escapada (1998).

Guerrero de Carranza, Fanny

Obra publicada: CUENTO: Diálogo Forestal y Otras Narraciones (1988).

H

Henríquez, Orlando

Narrador y periodista. Nació el 24 de enero de 1923 en Comayagüela, Distrito Central. Su segunda enseñanza la hizo en el Colegio Salesiano San Miguel y realizó estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Es miembro de la Asociación de Prensa Hondureña, de la que ha sido Secretario. Reside en Tegucigalpa y ha sido columnista del diario “El Herald”; actualmente tiene una columna en diario “La Tribuna”, llamada “De Martes a Viernes”. Es miembro de la Academia Hondureña de la Lengua.

Obra publicada: CUENTO: Doce Cuentos y Una Fábula (1967). Cuentos de Fantasía, Editorial Universitaria (1991), ...y la Mar Lloró por Ella (2002). NOVELA: Cuando Llegaron los Dioses (2001), Un Tiempo que Pasó (2002). CRÓNICA: En el Cielo Escribieron Historia (1972).

Hernández, Rodolfo Alirio

Obra publicada: CUENTO: Guijarros (1952).

Herrero, Abel

Obra publicada: *Las Caracolas Antiguas de la Vida. Concierto Visitador a Dúo.*

I

Infante, Segisfredo

Poeta, narrador, periodista y editor. Nació en San Pedro Sula el 9 de noviembre de 1956. Comenzó a publicar sus primeros artículos en el diario “El Cronista” y en “El Cronista Dominical”, en 1980. Actualmente es columnista de Diario “La Tribuna” donde ha sido fundador, coordinador y redactor de los suplementos “La Grulla Económica” y “Anales Históricos”. Es Licenciado en Historia por la UNAH. Ha publicado poesía, artículos y ensayo en la revista “Andrómeda” de San José, Costa Rica, y en la revista “Palabras y Papel” de Nueva York. Ha sido cofundador de las siguientes revistas: “Pensamiento Hondureño” y “Tiempos Nuevos”, lo mismo que Fundador-director de “18 Conejo” y “Caxa Real”. Ha colaborado con artículos y ensayos constantes en los diarios “Tiempo”, “la Prensa”, “El Herald”, “El Nuevo Día” y en la revista de la Academia Hondureña de Geografía e Historia de la cual es miembro.

Desde hace varios años se desempeña como Director de la Editorial Universitaria, donde ha realizado un arduo y continuo trabajo de difusión cultural.

Obra publicada: CUENTO: *Sinopsis de Amor, Novecientos noventa y nueve*. POESÍA: Filamentos 1978-1980, (1984), Antinomias de Café 1981-1989 (1990). PERIODISMO: Algo de Opinión (1997). ANTOLOGÍA: Rafael Heliodoro Valle, en los 30 años de su fallecimiento y 98 de su natalicio (1989), Un Homenaje y 5 Presentaciones (1991). HISTORIA: Los Alemanes en el Sur (1993), El Libro en Honduras (1993).

J

Juárez Fiallos, Santos

Poeta, narrador y periodista. Nació en Comayagüela, Distrito Central, el 8 de julio de 1916 y murió en Tegucigalpa en el 2005. Estudió Magisterio y se graduó de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Ha sido Jefe de Redacción de la revista “Tegucigalpa”, director del semanario “El Tiempo” (1951) y director del Diario “Prensa Libre” (1954). Fue miembro fundador de la Asociación de Prensa Hondureña y del Pen Club de Honduras, en cuyas directivas ha fungido como Secretario durante varios períodos. Reside en Tegucigalpa y es colaborador de diversos suplementos literarios. Se le otorgó el Premio Nacional de Literatura Ramón Rosa en 1990.

Obra publicada: CUENTO: Los Alegres Años Veintes y Otros Cuentos Hondureños, Tegucigalpa (1989), El Fugitivo (inédito). POESÍA: Sólo es el Viento Amada (1982), Cincuenta Sonetos (2004), en la Revista de la Academia Hondureña de la Lengua, No. 10, enero-junio. NOVELA: La Posada del Gato Pardo (inédita). ENSAYO: La Vida de Adolfo Zúñiga (inédito). TEATRO: Motivo Familiar (s. f.).

L

Laínes de Blanco, Mercedes

Obra publicada: PROSA: Altar (verso y prosa), Talleres Morales Hermanos, México (1958), prólogo de Rafael Heliodoro Valle, fechado en New York en 1957.

Laínez, Daniel

Poeta y narrador. Nació en Tegucigalpa el 10 de abril de 1908, y falleció en la misma ciudad el 4 de marzo de 1959. Incursionó esporádicamente en la dramaturgia. Fue uno de los miembros más prominentes de la llamada generación del 35. Colaboró en las revistas “Surco” y “Tegucigalpa”. En 1956 se le concedió el Premio Nacional de Literatura. Su obra se caracteriza por el uso del lenguaje popular, sobre todo en sus estampas locales y cuentos.

Obra publicada: CUENTO: El Grencho (1946). POESIA: Voces Íntimas (1935), Cristales de

Bohemia (1937), A los Pies de Afrodita (1941), Isla de Pájaros (1945), Rimas de Humo y Viento (1945), Misas Rojas (1946), Poesías Varias (1950), Antología Poética (1950), Poemas Regionales (1955), Al Calor del Fogón (1955), Poemario (1956), Sendas de Sol (1956), Poemas para Niños (edición póstuma, 1972). NOVELA: La Gloria (1946), Manicomio (1980). PROSA: Estampas Locales (1946). DRAMA: Timoteo se Divierte (1946), Un Hombre de Influencia (1956), Una Familia Como Hay Tantas (s. f).

Laínez, Isabel D.

Obra publicada: CUENTO: Vida Infantil (libro de cuentos para niños), Editorial Ariston, Tegucigalpa, 1931.

Lara Amador, Edilberto

Nació en La Lima, Cortés el 3 de marzo de 1959. Licenciado en Literatura por la UNAH. Ha sido profesor en la Carrera de Literatura en la UPNFM. En la actualidad se desempeña como catedrático en la UNITEC. Ha publicado ensayos de crítica literaria, poesía y cuento en Magazine y Cronopios de Diario “Tiempo” y en las revistas “Tragaluz”, y en “18 Conejo” de la UNAH.

Obra publicada: CUENTO: Los Inmigrantes (2001).

Lazo, César

Poeta, narrador y ensayista. Nació en Sabá, Colón, en 1954. Sus poemas y narraciones han sido publicados desde la década de 1980. Ha ejercido el periodismo en el diario “La Prensa” donde mantiene una columna semanal. Es analista y editorialista del noticiero “La Palabra” y “Noticiero de Hoy, Vocero del Pueblo” de Radio San Pedro Sula, en la ciudad de San Pedro Sula donde actualmente reside.

Obra publicada: CUENTO: Las Voces del Otro Lado (1997). POESIA: Reportaje de un Genocidio y Otros Tantos (1990).

López Arias, Salvador

Nació en 1925. Obra publicada: CUENTO: Cuentos Hondureños (1953). NOVELA: Los Tres Universitarios (1954).

M

Machuca, Alexis

Nació en La Paz en 1952. Catedrático de nivel medio en Letras.

Obra publicada: CUENTO: Crónicas Muy Siglo Veinte (1999). HISTORIA: La Paz, Semblanza Histórica de una Ciudad y su Gente (1983), Su Excelencia (1985).

Madrid, Rómulo

Cuentero copaneco. Nació el 24 de marzo de 1917 y murió el 14 de agosto de 2000. “El fue un hombre ejemplar que cultivó los más altos valores de amor, patriotismo y honestidad; dejó en cada uno de sus descendientes el sabor del cuento junto con el valor de hacer las cosas con amor y dignidad”.

Obra publicada: CUENTO: Copán Ruinas en Cuento (2001).

Maldonado Vijil, Ennio

Nació en Tegucigalpa en 1960. Es profesor de Educación Media, egresado de la Escuela Superior del Profesorado Francisco Morazán. Algunos de sus cuentos han aparecido en revistas y secciones literarias de diversos diarios del país. Ha sido columnista de los diarios “La Prensa” y “Tiempo” de San Pedro Sula. Trabaja como docente en el Instituto Francisco J. Mejía de Olanchito.

Obra publicada: CUENTO: Clarinero y Otros Cuentos (1997).

Martínez, Gloria

Obra publicada: CUENTO: Fiesta del Arbol (s. n.; s. e.), (1968).

Martínez, José Francisco

Murió en 1991. Obra publicada: CUENTO: Fábulas (1951). Fábulas y Filosofía, Tegucigalpa (1966). ENSAYO: Filosofía y Letras, Tegucigalpa (1967), Honduras Histórica, Tegucigalpa (1974), Breve Historia Constitucional de Honduras, Tegucigalpa (1979), Literatura Hondureña y su Proceso generacional, Tegucigalpa (1986).

Martínez, Juan Ramón

Narrador, ensayista y analista político. Nació en Olanchito, Yoro, en 1941. Es Licenciado en Derecho. Ha sido director del Instituto Nacional Agrario y Presidente del Consejo Editorial de la Editorial Universitaria. Actualmente es director de noticias de Canal 13 de televisión, donde mantiene un programa crítico: “Análisis”.

Obra publicada: CUENTO: La Pasión de Prudencia Garrido y Otros Relatos (1993). ENSAYO: Isletas, entre la Frustración y la Esperanza (1981). Los Grupos Sociales Hondureños como Probables Sujetos de Reformas (1982). Historia del Movimiento Cooperativo (1975). Lucila Gamero de Medina, una Mujer ante el Espejo (1994). Ramón Amaya Amador, Biografía de un

Escritor (1995).

Martínez Galindo, Arturo

Narrador y periodista. Nació en Tegucigalpa el 13 de septiembre de 1903. Murió trágicamente en Sabá, Departamento de Colón, el 4 de abril de 1940. Cultivó la poesía y ejerció el periodismo en Honduras y en los Estados Unidos de América. Trabajó en “El Ciudadano”, en donde popularizó sus seudónimos de Armando Imperio y Julio Sol. Fue integrante del grupo “Renovación”, que en 1926 reunió lo más granado de los intelectuales de esa época. Fue colaborador de “El Cronista” y cuando residió en Nueva Orleans fundó, junto a Guillermo Bustillo Reina, la revista “El Continente”. Fundó, además, la revista “Ariel” junto a Froylán Turcios en 1925.

Obra publicada: CUENTO: Sombra, Tegucigalpa (1940). Cuentos metropolitanos (antología póstuma, 1983). En 1996, la Editorial Iberoamericana que dirige Oscar Acosta, publicó sus cuentos completos.

Medina García, Jorge

Nació en Yoro, Yoro, en 1948. Realizó estudios de Literatura bajo el método de Educación a Distancia.

Obra publicada: CUENTO: Pudimos Haber Llegado más Lejos (1989), Desafinada Serenata (2001), La Dignidad de los Escombros y Otros Cuentos (2002). NOVELA: Cenizas en la Memoria (1994).

Medina, Horacio H.

Es originario de Comayagüela, ha sido, sin embargo, Santa Rosa de Copán su ciudad nutricia, en la que se formó y adquirió su particular visión de mundo, a caballo entre la inmediatez de la ciudad y la riqueza del medio rural. Su actividad cultural comienza desde temprano. La historia de América y de Honduras le ha apasionado más que su propia profesión de ingeniero agrónomo, por lo que no ha vacilado en visitar los más respetados museos del mundo y dedicarse durante un largo período a realizar investigaciones independientes en el Archivo de Indias, de Sevilla, España. Ha sido columnista en diario “Tiempo” desde la década de 1970, y entre 1989 y 1992 dirigió el semanario educativo “El Agricultor”, de orientación cívica y formativa. Terminó su carrera universitaria en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, México, y ha realizado cursos de postgrado en la Escuela de Planificación de la Universidad de Río Piedras, Puerto Rico, así como en similares materias en Italia e Israel. Reside en San Pedro Sula.

Obra publicada: CUENTO: Morral de Remembranzas (1995). El líder (1998). NOVELA: El Terrateniente (inédita), El Último Olmeca (inédita).

Medina, Juan

Nació en Aguanqueterique, La Paz, en 1941. Es Licenciado en Pedagogía y Ciencias de la Educación. Se desempeñó como docente en el Centro Técnico Hondureño Alemán, y el Centro Universitario Regional del Norte (CURN).

Obra publicada: CUENTO: ¿Qué fue lo que hiciste, Estefany? (1998).

Mejía Colindres, Vicente

Nació en La Esperanza en 1878 y murió en 1966. Médico y político. Fue Presidente de la República (1929-1932).

Obra publicada: CUENTO: Recuerdos del Camino (1933). ENSAYO: Cara Abierta al Gobierno de los Estados Unidos de América (1913), Algunos Comentarios Sobre el Funcionamiento de la II República en el Decurso de tres Años de Ejercicio (1961).

Mejía, Medardo

Poeta, dramaturgo, narrador, periodista e historiador. Nació en Manto, Olancho, en 1907, y murió en Tegucigalpa el 1 de mayo de 1981. Estudió la Carrera de Derecho. En 1930, su libro “Cuentos del Camino”, ganó el Premio de Cuento que patrocinó el Ministerio de Educación Pública. En 1964, reinició la segunda etapa de la revista “Ariel”, misma que fue fundada por Froylán Turcios y Arturo Martínez Galindo en 1925; esta revista, en su segunda etapa, dejó de publicarse en 1976. Se le concedió el Premio de Periodismo Paulino Valladares, y en 1971 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura. Fue miembro de la Academia Hondureña de la Lengua.

Obra publicada: CUENTO: Cuentos del camino (1930, que los originales se perdieron en el Ministerio de Educación), Comizahualt (dramas y costumbres, 1981). En 1998, Oscar Acosta publicó sus cuentos completos. POESIA: Anathe (1975), El Fuego Nuevo (1975). DRAMA: Los Diezmos de Olancho (La Ahorcancina, Cinchonero y Medinón, 1959), Los Chapetones (1977). HISTORIA y ENSAYO: Discurso del Dorado (1932), Algo Sobre la Política Hitleriana del doctor Angel Zúniga Huete (1937), José Antonio Domínguez y el Himno a la Materia (1945), Capítulos Provisionales Sobre Paulino Valladares (1946), El Movimiento Obrero en la Revolución de Octubre (1948), El Humanismo en la Presidencia (1950), Don Juan Lindo, el Frente Nacional y el Anticolonialismo (1959), Anteproyecto de la Constitución de la República de Honduras (1955), Apuntes de Sociología (1959), Trinidad Cabañas, Soldado de la República Federal (1971), José Cecilio del Valle: gran precursor del movimiento de liberación nacional de la América Latina (1977), El Genio de Cervantes y el Secreto del Quijote en América Latina (1979), Froylán Turcios en los Campos de la Estética y del Civismo (1980), Ramón Rosa (1976), Historia de Honduras en 10 tomos (1984).

Mejía, Waldina

Poeta y narradora. Nació en 1963. Es Licenciada en Lingüística y en Orientación educativa. Labora como orientadora y profesora de español en Educación Media, también es maestra en educación preescolar. Reside en Tegucigalpa.

Obra publicada: CUENTO: La Tía Sofi y Otros Cuentos (2000). POESIA: El Amor y Sus Iras (2001), Catorce Sonetos (con estrambote) (2002).

Mejía Nieto, Arturo

Narrador y diplomático. Nació en La Esperanza, Departamento de Intibucá, el 3 de junio 1902, y falleció el 16 de mayo de 1972 en Buenos Aires, Argentina. Estudió en Honduras y residió en los Estados Unidos de América. Perteneció al grupo cultural “Renovación” que surgió en Tegucigalpa en 1926. Como diplomático representó a nuestro país en Perú, Paraguay y Argentina, radicando en este último país hasta su muerte. Allí fue colaborador permanente del diario “La Nación” de Buenos Aires, y dirigió y editó la revista “Honduras Cultural y Económica”, órgano del Consulado de Honduras. En 1919, junto al poeta Martín Paz, fundó la revista “Argos”.

Obra publicada: CUENTO: Relatos Nativos, Tegucigalpa (1929), Zapatos Viejos, Buenos Aires (1930), El Solterón, Buenos Aires (1931), El Chele Amaya y Otros Cuentos, Santiago de Chile (1936), El Pecador, Buenos Aires (1956). En 1998, Oscar Acosta publicó sus cuentos completos. NOVELA: El Tunco, Buenos Aires (1933), El Prófujo de Sí Mismo, Buenos Aires (1934), Liberación, Buenos Aires (1940). ENSAYO: El Perfil Americano (Ensayos Sociológicos, considerado el mejor libro del mes por el PEN Club de Buenos Aires), Buenos Aires (1938), Morazán (Biografía), Buenos Aires (1947), Tres Ensayos: Teatro, Novela, Cuento, Bahía Blanca, Argentina (1959).

Mendoza, Marco

Nació en Tegucigalpa el 4 de febrero de 1960. Es Maestro de Educación Media, egresado de la Escuela Superior del Profesorado Francisco Morazán. Actualmente se desempeña como docente en los institutos “Superación San Francisco” y “Héctor Pineda Ugarte” de Tegucigalpa.

Obra publicada: CUENTO: Tentaciones y Mujeres (1999), Personajes (2002). NOVELA: Rómulo, la Feliz Historia de un Hombre de Almanaque (2000).

Minera, Daisy

Obra publicada: CUENTO: Fábulas, Tegucigalpa (s. e.; s. f.)

Molina, Juan Ramón

Poeta, narrador y periodista. Nació en Comayagüela, Distrito Central, el 17 de abril de 1875 y falleció el 1 de noviembre de 1908 en San Salvador, El Salvador. Inició sus estudios de segunda enseñanza en Tegucigalpa y los concluyó en la ciudad de Guatemala, iniciando estudios

universitarios que no concluyó por dedicarse de lleno a la literatura. Viviendo allí, conoce a Rubén Darío y traba lazos de amistad con él. A Molina se le considera, después de Darío, como el más grande poeta modernista que dio Centro América. En Quezaltenango, Guatemala, fue editor de “El Bien Público”. En 1898, al regresar a su patria, fue nombrado Sub-Secretario de Fomento. En 1899 editó el “Diario de Honduras”. Dirigió el diario “El Cronista” desde el 28 de agosto de 1898 al 15 de julio de 1899. En 1904 fundó “El Día” y en 1906 dirigió, con Augusto C. Coello, la revista de ciencias y letras “Espíritu”. En 1908, poco antes de morir, fundó con Julián López Pineda en El Salvador, la revista “Ritos”. En 1906 fue nombrado Secretario de la Delegación Hondureña al Congreso Panamericano que se efectuó en Río de Janeiro, Brasil. El jefe de la Misión era el doctor Fausto Dávila y el otro secretario el poeta Froylán Turcios. Allí se encuentra nuevamente con Rubén Darío y elabora su conocido poema “Salutación a los Poetas Brasileños”, que el mismo Darío reconoce como magistral. Su obra poética ha sido exaltada por escritores de la talla de Rubén Darío, Enrique González Martínez, Miguel Ángel Asturias y otros.

Obra publicada: PROSA: prefacio a Annabel Lee (1906). POESÍA: Una muerta; poema elegíaco (1905). Tierras, Mares y Cielos (Verso y Prosa), recopilación de Froylán Turcios, Tegucigalpa (1911). Posteriormente se han hecho reediciones de esta obra, algunas son: Tierras, Mares y Cielos (Verso y Prosa), edición hecha por el doctor Ricardo D. Alduvín, México D. F. (1929), Tierras Mares y Cielos (Verso y Prosa), edición con prefacio de Enrique González Martínez, bibliografía de Rafael Heliodoro Valle e ilustraciones de Enrique Galindo, Tegucigalpa (1937), Tierras, Mares y Cielos (Poesía), Colección Los Clásicos del Istmo, prólogo de Argentina Díaz Lozano y bibliografía de Rafael Heliodoro Valle, Guatemala (1947), Prosas, Colección Los Clásicos del Istmo, Guatemala (1948), Antología (Verso y Prosa), Ministerio de Cultura, El Salvador (1959), Sus mejores páginas (Prosa y Verso), Organización Continental de los Festivales del Libro, Lima, Perú (1960), Tierras, Mares y Cielos (poesía), Editorial Universitaria, Tegucigalpa, (1993), Cuentos y narraciones (2000) editado por Graficentro Editores, Prosa Escogida, Editorial Guaymuras (2003). Entre los numerosos estudios que sobre su obra se han realizado, citaremos el de William Chaney: Juan Ramón Molina (1923); el de Humberto Rivera y Morillo: Juan Ramón Molina, 2 tomos (1966); el de Eliseo Pérez Cadalso: Habitante de la Osa (1977); el de Miguel Ángel Asturias: Juan Ramón Molina, poeta gemelo de Rubén (1959); el de Marcos Carías Reyes: Juan Ramón Molina (1943) y Lo Que Dijo Don Fausto (aporte a la biografía de Juan Ramón Molina) por Arturo Oqueli (1948).

Montenegro, Jorge

Periodista de profesión. Se ha dedicado al periodismo radial con gran éxito. Es guionista de programas de radio y ha elaborado radionovelas; su programa “Cuentos y Leyendas de Honduras”, basado en relatos populares, ha tenido durante décadas una gran acogida entre el pueblo hondureño.

Obra publicada: CUENTO: Cuentos y Leyendas de Honduras (2002). Anécdotas: Hágase el Tonto Mientras se Ríe (2003).

Morales Orellana, Raúl Humberto

Nació el 17 de febrero de 1926.

Obra publicada: CUENTO: Puros y Cuentos (2001).

Moya Posas, David

Poeta, narrador y periodista. Nació en la ciudad de Comayagüela, Distrito Central, el 21 de octubre de 1929 y falleció en la misma ciudad en 1970. Fue Jefe de Redacción de la revista “Tegucigalpa” y del semanario “La Nación” de la capital de Honduras, y redactor del diario “La Prensa Gráfica” de San Salvador, El Salvador. Colaboró en el diario “El Nacional de México” y en numerosas publicaciones centroamericanas. En El Salvador obtuvo en 1955 el Primer Premio en el Concurso Nacional de Cuentos auspiciado por “La Prensa Gráfica”. Fue redactor del diario “El Nacional” de Tegucigalpa y miembro del personal de la Oficina de Relaciones Públicas del Gobierno de Honduras.

Obra publicada: CUENTO: *El Prófugo*. POESIA: Imanáforas, Tegucigalpa (1952), Metáfora del Angel, Tegucigalpa (1955), El Arpa de las Sílabas (1968).

Murillo, Emilio

Nació en 1902 en Yoro. Realizó estudios de magisterio en Comayagüela, graduándose en 1920. En Tela, donde residió, dirigió la revista “Atlántida” y el semanario “El Crisol”.

Obra Publicada: CUENTO: Alma Criolla (1940). NOVELA: Isnaya (1939).

N

Núñez de Simón, Tilita

Obra publicada: CUENTO: Margarita o el Amor de un Gitano. Choluteca: Imprenta El Sol (1957).

O

Oquelí, Arturo

Narrador y periodista. Nació en 1887 y falleció en 1953. Junto con Marco Antonio Rosa, son los precursores de la novela costumbrista hondureña. Fundó y dirigió varios periódicos y semanarios tales como: “El Alfiler” (1916), “El Anillo de Hierro” (1921), “Factor Social” (1929), “Comicios” (1931) y “El Comercio”. Además, fue Jefe de Redacción del diario guatemalteco “Oriente”.

Obra publicada: CUENTO: El Cultivo de la Pereza (1948). NOVELA: El Gringo Lenca (1947). El Brujo de Talgua (1950). Silbando al Viento (edición póstuma, 1976). BIOGRAFÍA: Lo que dijo

Don Fausto. Aporte a la biografía de Juan Ramón Molina (1948).

Ordóñez, Carlos

Nació en Choluteca el 18 de marzo de 1982. Es Bachiller en Ciencias y Letras; es egresado de la carrera de periodismo en la UNAH, tiene en proyecto viajar a Cuba a estudiar cine y especializarse en guión. En el año 2000 ganó el Premio de Poesía de la Escuela de Periodismo de la UNAH, en el año 2001 ganó el Premio de Poesía de la Secretaría de Cultura Artes y Deportes, en ese mismo año ganó el Premio de Poesía José Antonio Domínguez del Departamento de Letras de la UNAH. Ha ganado el Concurso de Cuento que patrocina la UPNFM en los años 2001 y 2002, este último año con el cuento “Madame X”.

Obra publicada: CUENTO: Sin Sueño (2000). POESÍA: Llanto Alrededor (2003).

Ortega, Miguel R.

Poeta, narrador, ensayista y diplomático. Nació en San Marcos, Santa Bárbara, en 1922. Estudió la Carrera de Derecho en la UNAH. Como diplomático ha representado a nuestro país en Guatemala e Italia. En 1984 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura “Ramón Rosa”. Es miembro de la Academia Hondureña de la Lengua.

Obra publicada: CUENTO: Los Instantes Sin Tiempo, México (1976), La Senda de los Sueños Sin Eco (1981), El Espejo Habitado (1985), Cuentos Para el Ayer de un Futuro (1997), Cuentos a la Orilla del Olvido (inédito). POESIA: Itinerario de las Briznas (1972), Letras en la Piel de la Espuma (1982), Oda al Libertador (1983), Voces Desde el Sur del Alba ...en los labios del viento (2000). ENSAYO: El Arbitraje Internacional, Instrumento de Paz, Madrid (1958), El Valor de los Tratados Internacionales en el Derecho Interno (1964), Títulos de Adquisición de Soberanía en la Jurisprudencia y la Doctrina Internacional (1976), Golpe de Estado, Poder Constituyente y Constitución (s. f.). Morazán, Laurel Sin Ocaso, del cual han sido publicados tres tomos (1988, 1991, 1992). Morazán Ante la Juventud (Guía para la Cátedra Morazánica), (1991). Morazán, Perfil Continental (1992).

Oviedo, Jorge Luis

Poeta, narrador, ensayista y editor. Nació en La Libertad, Comayagua, en 1957. Realizó estudios de Literatura en la UNAH. En 1982 ganó en forma simultánea los Premios de Poesía y Cuento, convocados por la Universidad de Panamá, con sus libros “Aproximaciones” y “La Muerte Más Aplaudida”. Su obra ha sido traducida a varios idiomas, entre ellos el inglés, alemán, griego e italiano.

Obra publicada: CUENTO: La Muerte Más Aplaudida (1984), Cincocientos (1985), Teleño, el Niño que Conocía el Mar (1992), El Gigante y el Bosque (1996), Cuentos y Personajes (2000). POESIA: Aproximaciones (1984). ENSAYO: El Cazabrujas y Otros Personajes (2001).

ANTOLOGÍA: El Nuevo Cuento Hondureño (1985), Palabra Insurrecta (poesía rebelde hondureña, 1986), Antología del Cuento Universal (2000), Antología de la Poesía Hondureña (2003). NOVELA: La Gloria del Muerto (1987), La Turca (1988), Como Mi General No Hay Dos (1989), El Candidato (1993).

Oyuela, Irma Leticia Silva de

Nació en Tegucigalpa en 1935 y murió en la misma ciudad en enero de 2008. Historiadora y narradora, fundó con Oscar Acosta la Editorial Nuevo Continente, que impulsó la producción bibliográfica nacional.

Obra publicada: CUENTO: Dos Siglos de Amor (1997), De Santos y Pecadores; un aporte para la historia de las mentalidades (1546-1910), (1999), Las Sin Remedio, Mujeres del Siglo XX (2001). HISTORIA: La Raíz de la Religiosidad en la Cultura Hondureña (1985), Un Siglo en la Hacienda: Estancias y Haciendas Ganaderas en la Antigua Provincia de Tegucigalpa (1680-1853), (1988). Notas Sobre la Evolución Histórica de la Mujer en Honduras (1989), Cuatro Hacendadas del Siglo XIX (Selección de cuatro capítulos de la mujer en la hacienda), (1989), Historia Mínima de Tegucigalpa (1989), Fe, Riqueza y Poder (1992), José Miguel Gomes Pintor Criollo (1992), Mujer, Familia y Sociedad (1993), De la Corona a la Libertad: Documentos Comentados para la Historia de Honduras, 1778-1870. Choluteca: Ediciones Subirana, Centro de Publicaciones, Obispado de Choluteca (2000), Esplendor y Miseria de la Minería en Honduras (2003), Arte y Evangelización (2003), La Batalla Pictórica, Síntesis de la Historia del Arte en Honduras; Ramón Rosa, Plenitudes y Desengaños; Confidente de Soledad, Retrato Intimo de Teresita Victoria Fortín; La Virgen María en la Plástica Hondureña. Próximos a publicarse: Las Rutas del mestizaje en Honduras (Edit. Subirana, Choluteca); Respaldo Histórico de la Exposición “Arte y Evangelización” realizada en la Catedral Metropolitana de Tegucigalpa, conmemorativa al V Centenario de la celebración de la primera misa en suelo firme americano (AMDC). Clementina Bifronte (Edit. Iberoamericana); Retrato Simeótico del Pbo. Y Bachiller José Simeón de Celaya en el retrato de José Miguel Gomes (facit. 1986) (Edit. Subirana, Choluteca); Crónicas de San Miguel (historia novelada).

P

Palmer, Dorene

Obra publicada: CUENTO: Vale la Pena. Tegucigalpa: Imprenta Calderón (1984).

Paz Barnica, Edgardo

Nació en San Pedro Sula en 1934. Doctor en Derecho por la Universidad Central de Madrid. Ha sido catedrático universitario; asimismo diplomático, funcionario de organismos internacionales y Canciller de la República (1982-1985). Se le otorgó el Premio Nacional de Ciencia “José Cecilio del Valle” en 1982.

Obra publicada: CUENTO: La Vendimia de Venus (1996). ENSAYO: Las Garantías y los Principios Sociales en la Constitución de Honduras de 1957 (1963), Reestructuración Institucional de la Integración Centroamericana (1972), Villeda Morales, el Imperativo Categórico (1972), La Oratoria en Honduras, desde la Colonia a nuestros días (1979), La Oratoria y su Función Social (1981), Diplomacia de la Paz (1984), Al Servicio de la Paz (1986), Tres Temas Internacionales (1986), Lecciones de Derecho Internacional Público (1984), La Política Exterior de Honduras, 1982-1986 (1986), Centro América, de Contadora a Esquipulas (1988).

Paz Paredes, Rafael

Poeta, narrador y ensayista. Nació en Colinas, Santa Bárbara, el 2 de octubre de 1911 y falleció en su lugar natal en 1974. Hizo sus estudios de primaria y secundaria en los Estados Unidos de América, país en el cual vivió hasta los 18 años. Obtuvo el título de Licenciado en Derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1936. Se incorporó, como catedrático, a la Universidad Nacional de Honduras en 1936 y desempeñó el cargo de Juez de Letras de la Sección de Tela, Atlántida, de 1939 a 1943; también fue catedrático de la Facultad de Humanidades de El Salvador. En 1947 fue nombrado Jefe del Departamento de Aviación Civil Internacional de la Secretaría de Comunicaciones de México, y en enero de 1953 fue nombrado Asesor Jurídico de las Naciones Unidas, adscrito al organismo especializado Organización de Aviación Civil Internacional (OACI), trabajando con tal carácter en países de Europa Central y América Latina.

Obra publicada: CUENTO: *Vidas truncas*, *Retrato de Una Mujer Antigua*, *EL Guarda Tellez* (s. f.), POESIA: *Humedad adentro* (s. f.). 5 elegías para cantar tu nombre (1959). DRAMA: *El egoísta* (Drama en tres actos, s. f.). CRITICA: *Vida de la poesía* (s. f.). Es autor de varios libros y tratados sobre Derecho, entre ellos: “Influencia de la Filosofía Estoica sobre el Derecho Romano”, “Orígenes de la Declaración de los Derechos del Hombre”, “La Convención de Chicago, sus Antecedentes y Consecuencias”, “Los Derechos Comerciales en el Transporte Aéreo Internacional”, “La Nueva Ley de Aviación Civil de México” y “La Cuestión de Límites entre Honduras y Nicaragua”.

Peck Fernández, Federico

Narrador y periodista. Nació en Juticalpa, Departamento de Olancho, en 1904. Murió en Tegucigalpa en 1929. Hizo estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras y fue Secretario de la Corte de Apelaciones de Tegucigalpa. Dirigió el diario “El Bien Público”, de Tegucigalpa. Perteneció al grupo “Renovación”.

Obra publicada: *Renovación* (antología póstuma de sus discursos, cuentos, conferencias y cartas, 1982).

Pérez Cadalso, Eliseo

Poeta, narrador, periodista y diplomático. Nació en El Triunfo, Departamento de Choluteca, el 22 de noviembre de 1920 y murió en Tegucigalpa el 3 de febrero de 1999. Fue diputado al Congreso Nacional, en donde mocionó a favor de la creación de los Premios Nacionales de Arte, Ciencia y Literatura; lo acompañó en dicha moción, el también diputado Víctor Cáceres Lara. Asimismo fue Consejero de Estado, Director de Relaciones Públicas de la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA) y Director de Asuntos Culturales de la misma organización, Embajador de Honduras en El Salvador y Delegado Alterno a la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York; también ocupó la cartera del Ministerio de Relaciones Exteriores. Fue miembro de la comisión que preparó las primeras leyes laborales de Honduras en 1951 y de la que redactó la reforma penal en 1954. Fue vocal de la Comisión de Juristas que preparó la nueva legislación hondureña. Fue miembro del Pen Club de Honduras, del Ateneo de El Salvador, de la Academia Hondureña de la Lengua, de la Academia de Geografía e Historia de Honduras y de la Asociación de Prensa Hondureña. Fue catedrático de Derecho Internacional Público en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, y delegado titular ante el Consejo Interamericano de Jurisconsultos. Fue columnista de diario “El Heraldó”. En 1978 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura.

Obra publicada: CUENTO: Ceniza (1955), Achiote de la Comarca, Guatemala (1959), El Rey del Tango, San Salvador, El Salvador (1964). Hondón Catracho (1974). POESIA: Vendimia (1943), Jicaral, Bogotá (1947). ENSAYO: Guillén Zelaya en el Neomodernismo de América (1950), Voces de Bronce y Poesía y Muerte en el Camino de Martí (Discursos, 1953). Valle, Apóstol de América (1954), La Dieta de Chinandega y sus Proyecciones Político-jurídicas, San Salvador, El Salvador (1958). Habitante de la Osa, Vida y Pasión de Juan Ramón Molina (1966), Nuestro Servicio Exterior: Crítica y Reestructuración (1966), Vigencia universal de Darío (1969), Puntos y Comas de la Diplomacia (1971).

Pineda, David Joel

Nació en Danlí, El Paraíso. Es Profesor de Educación Media en la enseñanza de inglés en la UPNFM.

Obra publicada: CUENTO: Cuentos de Mi Tierra (2000). POESÍA: Tierra Desnuda (1979).

Pineda, Manuel de Jesús

Nació en 1962. Narrador y editor. Realizó estudios de lingüística en la UNAH obteniendo una licenciatura. En su trayectoria como estudiante ganó varios premios en concursos de narrativa. Incursionó en el teatro con el grupo “Teatro Universitario Medardo Mejía”, de San Pedro Sula. Fue miembro del Consejo de Redacción de la revista “Tragaluz” y colaborador del suplemento cultural “Cronopios” de diario “Tiempo”. En 1992 resultó finalista del premio Casa de las Américas, en la rama de literatura infantil-juvenil.

Obra publicada: CUENTO: Del Origen y sus Fulgores (1993), Así es Como Vivimos Aquí

(1995). NOVELA: Señal del Abismo (1988).

Pineda Zaldívar, Juan de Dios

Nació en San José de Colinas, Santa Bárbara, en 1947. Teatrista y narrador. Realizó estudios de teatro en Colombia y Alemania, país donde residió por mucho tiempo.

Obra publicada: CUENTO: Andares y Cantares (1992).

Prieto, Marta Susana

Nació en Puerto Cortés en 1944. Empresaria con estudios en Administración de Empresas y Gerenciales. Ha recibido cursos de literatura, historia del arte, filosofía y música. Fue colaboradora de la revista "Tragaluz" y de la sección literaria "Cronopios" de los diarios "La Prensa" y "Tiempo" de San Pedro Sula. Promotora cultural, miembro fundador del Centro Cultural Infantil de San Pedro Sula.

Obra publicada: CUENTO: Animalario (2002). NOVELA: Melodía de Silencios (1999).

Q

Quesada, José Luis

Poeta y narrador. Nació en Olanchito en 1948. Realizó estudios de Filología en Costa Rica. Ha sido catedrático de letras en la Universidad Nacional y funcionario del Ministerio de Cultura y las Artes. Perteneció a los grupos literarios "La Voz Convocada" y "Tauanka". Su libro "Porque No Espero Nunca Más Volver", resultó finalista del concurso de poesía convocado en Costa Rica, en 1974, por el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. En 1979, su libro "Cuaderno de Testimonios", resultó finalista del Premio Casa de las Américas, en Cuba. Ese mismo libro gana posteriormente, en 1980, el Premio de Poesía convocado por la Universidad Nacional. En 1981, su libro "La Vida Como Una Guerra", fue finalista del Premio de Poesía auspiciado a nivel latinoamericano por EDUCA, en Costa Rica. En 1985, su libro "Sombra del Blanco Día", obtiene el Premio a nivel centroamericano de Poesía "Juan Ramón Molina", convocado por el Ministerio de Cultura y las Artes de nuestro país.

Obra publicada: CUENTO: El Falso Duende (1994). POESIA: Porque No Espero Nunca Más Volver (1974), Cuaderno de Testimonios (1981), La Vida Como Una Guerra (1982), La Memoria Posible (1990).

Quesada, Roberto

Nació en Olanchito en 1962. Fue director de la revista "Sobrevuelo". Su novela, "Los Barcos", fue traducida al inglés por Hardie St. Martin. Actualmente reside en Nueva York, en donde ha dirigido

el quincenario “El Centroamericano” y el periódico-revista “Nosotros los Latinos”. Sus cuentos han sido traducidos al alemán, italiano e inglés.

Obra publicada: CUENTO: El Desertor (1985), El Lector que de Repente Quedó Ciego (Drácula en la era del SIDA), (1994). NOVELA: Los Barcos (1988). El Humano y la Diosa (1997). The Big Banana (2002), Nunca Entres por Miami (2003).

R

Ramírez, Alexis

Poeta y narrador. Nació en 1943. Egresó de la Carrera de Periodismo de la Escuela Superior del Profesorado. En 1972, su libro de poemas “Perro Contado”, ganó el concurso convocado por la misma entidad donde estudió. Su obra se encuentra dispersa en periódicos y suplementos literarios.

Obra publicada: CUENTO: *Elizabeth*. POESIA: Perro Contado (en: Cinco poetas hondureños, 1981), Operativo amor (publicado fragmentariamente).

Ramos, María Eugenia

Poeta y narradora. Nació en Tegucigalpa en 1959. Ha publicado poemas y cuentos en periódicos y revistas culturales. Dirigió la Editorial Guardabarranco. Su poesía figura en la antología bilingüe francés-español de Claude Couffon “Poesie Hondurienne du XXe siecle”, publicada en Ginebra, Suiza, en 1997.

Obra publicada: CUENTO: Una Cierta Nostalgia (1998). POESIA: Porque Ningún Sol es el Último (1989).

Ramos, Víctor Manuel

Narrador y columnista. Nació en Camasca, Intibucá, en 1946. Es médico de profesión egresado de la UNAH y posteriormente viajó a Cuba a especializarse en anestesiología y dolor. Es catedrático de la Universidad Nacional. Actualmente es director de la Editorial Universitaria de la UPNFM. Es miembro de la Academia Hondureña de la Lengua. Ha incursionado en la literatura infantil. En 1991 obtuvo el premio “Zorzal de Oro” en San Pedro Sula con su libro “Acuario”, y el Premio Certamen Cultural 15 de Septiembre, Ministerio de Cultura de Guatemala en el año 2000, con su libro “Aventuras de un Globo Terráqueo” y finalista del Concurso “A La Orilla Del Viento”, convocado por el Fondo de Cultura Económica de México en el año 2000, con su libro “El Ratoncito Gris”. Es columnista de varios periódicos: “Tiempo”, “El Heraldo” y “La Prensa”.

Obra publicada: CUENTO: Acuario (1991), Monsieur Hérisson y Otros Cuentos (1998), Aventuras de un Globo Terráqueo (2000), El Ratoncito Gris (2000). ANTOLOGIA: Diez Poetas Médicos (1991), Poesías para Morazán (1992). Ha publicado varios libros de medicina: Manual de Semiología, El Sistema Nervioso Humano, Prontuario de Anatomía y Guía para el Examen

Clínico.

Reyes Ayala, Luis Enrique

Obra publicada: CUENTO: Cometas y Otros Cuentos (2000).

Rosa, Marco Antonio

Narrador, pintor y diplomático. Nació en 1899 y murió en 1983. En este último campo representó a Honduras en Liverpool, Inglaterra, y en San Francisco y Miami, Estados Unidos de América. Novelista vernáculo por excelencia, de larga y copiosa obra. En 1958, el Honorable Cuerpo del Mérito Civil Panamericano le otorgó Medalla de Honor. En 1967 la antigua Escuela Superior del Profesorado le confirió Diploma al Mérito por el conjunto de su obra. En 1970, la Alcaldía Municipal de Tegucigalpa le otorgó el premio “Céleo Murillo Soto”. Tres años después, la Biblioteca Nacional le entregó la Hoja de Laurel por su vasta obra. Estos reconocimientos siguieron en 1974, la Secretaría de Educación Pública le entregó Pergamino de Honor al Mérito y, pocos meses antes de su muerte, el Ministerio de Cultura, a través de la Biblioteca Nacional, le confirió Diploma de Honor al Mérito por su obra publicada.

Obra publicada: CUENTO: Inquietudes (1956). CRÓNICA: Galería de los Indispensables (1957), Embalsamando Recuerdos (1959), Jueves Jacarandosos (1960), Tegucigalpa de Mis Primeros Años (1967), Tegucigalpa, Ciudad de Remembranzas (1969), Retazos de mis Memorias (s. f.). ENSAYO: Hombres Sin Edad (1964), Estirando la Juventud (1980). NOVELA: Tío Margarito (1953), Mis Tías las Zanatas (1957), Lágrimas Verdes (1963), La Estrella de Belén (1965), Los Brujos (1969), Eva Crucificada (1972), Ramón Rosa: Biografía Novelada (1976). ANTOLOGÍA: Obra Selecta (1973).

S

Salvador, Francisco

Dramaturgo, narrador y director de teatro. Nació en Tegucigalpa el 7 de julio de 1934 y murió en 1999. Hizo estudios de Humanidades en la Universidad de San Carlos de Borromeo en Guatemala y de Teatro y Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha hecho estudios especializados de dirección teatral en Francia, en la República Federal de Alemania y en otros países europeos. Fundó en 1959 el “Teatro Universitario de Honduras”, y en 1964, junto a Andrés Morris, el “Teatro Nacional de Honduras”, que significó el comienzo de la organización teatral en el país. Junto con Roberto Sosa fundó la revista de arte y letras “Kukulcán”. En 1957 obtuvo un tercer premio de cuento en México, y en el Primer Festival de Teatro Centroamericano celebrado en Santa Ana, El Salvador, obtuvo “Medalla de Oro” por su labor de director. En 1967 obtuvo el Premio José Trinidad Reyes con su obra de teatro “El sueño de Matías Carpio” en el certamen que patrocinaba anualmente la Escuela Superior del Profesorado Francisco Morazán. La Escuela

Nacional de Bellas Artes le otorgó en 1984 el Premio Itzam Na de Arte.

Obra publicada: CUENTO: Un Amigo Llamado Torcuato, México (1957). DRAMA: El Sueño de Matías Carpio (1967). ENSAYO: Historia de la Construcción del Teatro Nacional (1965). ANTOLOGIA: Teatro en Honduras (en coautoría con Alma Caballero, dos tomos, 1977).

Sánchez, Angel Porfirio

Nació en San Juancito el 27 de septiembre de 1916. Médico de profesión. En el año de 1937 participó en el Concurso de Antología de Escritores y Poetas de América con el poema “A la mujer hondureña”, obteniendo el primer lugar. Colaboró activamente en los periódicos “La Opinión”, “Diario Comercial”, “El Cronista” y en las revistas “Surcos” y “Tegucigalpa”, donde dio a conocer sus producciones literarias.

Obra publicada: CUENTO: Senderos (1952), Relatos Hondureños (1953). NOVELA: Ambrosio Pérez (1960), Don Carlos (inédita).

Suazo Pineda, Aídalucinda

Abogada de profesión. Obtuvo el Premio XXII del concurso “Lira de Oro Olimpia Varela y Varela”, con el cuento “Treinta Segundos” en 1999.

Obra publicada: CUENTO: Treinta Segundos (1999).

T

Tábora, Rocío

Nació en Santa Rosa de Copán el 2 de julio de 1964. Es Licenciada en Psicología por la UNAH. Master en Ciencias Sociales por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano de Santiago de Chile. Diplomada en Teoría Política en el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Chile; en el mismo país durante dos años fue miembro del taller literario “Manscupias” dirigido por la escritora chilena Pía Barros. En los años ochenta fue la coordinadora de la página “Pueblo Joven” en un diario capitalino, así como responsable del foro juvenil en Radio América.

Obra publicada: CUENTO: Guardarropa (1999), Cosas que rozan (2001). ENSAYO: Masculinidad y Violencia en la Cultura Política Hondureña 1883-1849. Democratizando la Vida: la Propuesta Metodológica de las Mujeres del PAEM. Educación y Política: elementos para la refundamentación de la educación popular en América Latina, y diversos ensayos sobre educación, género y política.

Thais, Eva

Poeta, narradora y pintora. Nació en 1931 y murió el 6 de abril de 2001, su verdadero nombre es Edith Tarriuz López. En 1970 fundó la agrupación femenina intelectual “Ideas” en Tegucigalpa. Fue subdirectora de la revista del mismo nombre y de la Escuela Nacional de Bellas Artes. Literariamente se le vincula con los miembros de la generación del cincuenta. Su obra tuvo destacada difusión en América y Europa.

Obra publicada: CUENTO: Constante sueño (1999). POESIA: Lluvia de Ilusiones (1954), El Canto de Todos (1956), Agonía del Sueño (1961), El Niño, el Hombre, el Enigma (1979), Canción de Amor en Cuatro Tiempos (1984), Catedrales y Espejos (1985), Arboles de los Ojos Eternos (1993).

Tobías Rosa, José María

Nació en Ilama, Santa Bárbara, el 2 de julio de 1874 y falleció en la misma ciudad el 8 de noviembre de 1933. Sus estudios primarios los realizó en escuelas públicas de su pueblo natal. Se graduó de Bachiller en el Instituto “La Independencia” de Santa Bárbara y de Perito Mercantil y Contador Público en la Escuela de Comercio de Sósteles Esponda, en 1894. Fue maestro de escuela, pero la mayor parte de su vida la dedicó a actividades literarias, escribiendo obras de historia y geografía, cuentos, poesías, dramas y en muchas ocasiones colaborando y dirigiendo periódicos dentro y fuera de Honduras. Fue periodista y dirigió importantes periódicos como el diario “La Palabra” de San Salvador, lo mismo que “El Imparcial”, “El Ensayo” y “El Mensajero de Centro América”; uso varios seudónimos, entre ellos están: John The Farmer y Juan Baruso Silva. Fundó la revista religiosa “Propaganda Católica”. Tuvo su propia imprenta y fundó el periódico “La Ofrenda Infantil”, seguido de “El Ideal” y “El Progreso”. En 1905 fue elegido diputado suplente a una Asamblea Nacional Constituyente por el Departamento de Santa Bárbara. Fue Alcalde Municipal de Ilama.

Obra publicada: CUENTO: Colección de composiciones (1902). POESIA: Cuentos y Fábulas (1932). ENSAYO y DRAMA: La Honradez Ante la Infamia (s. f.), El Demonio del Alcohol (s. f.), Un Mártir de la Tolerancia y Un Sabio Como Hay Muchos (s.f.), El Sargento y el General (s. f.), El Drama Sangriento o la Guerra Maldita (s. f.), Con la Vara que Mides... Serás Medido (s. f.), El Rey y el Oficial (s. f.).

Trigueros, Samuel

Nació en Tegucigalpa en 1967. Ha efectuado estudios artísticos en la Escuela Nacional de Bellas Artes. Premios obtenidos: “Olimpia Varela y Varela” 1988 (poemario: “Todo es Amor Tras Esta Nostalgia”), y Ensayo (Borges), Mención de Honor para poetas jóvenes en el Certamen Internacional de Poesía, Revista Mairena, Río Piedras, Puerto Rico, 1990 (poemario amoroso. “Signo”).

Obra publicada: CUENTO: El Trapecista de Adobe y Neón (1992), en coautoría con Depienne, Albert., Un Corazón como una Pera (inédito): POESIA: Vuelta de Máscara (inédito).

Tróchez, Raúl Gilberto

Poeta, narrador, columnista y diplomático. Nació en 1917 y murió el 9 de septiembre de 2000. Ocupó durante varios años el cargo de Director de la Biblioteca Nacional de Honduras. Residió en México donde se desempeñó como Agregado Cultural de la Embajada de Honduras en ese país. Fue miembro de la Academia Hondureña de la Lengua.

Obra publicada: CUENTO: Morir Cuando Suena la Campana y Otros Cuentos (1994). POESIA: Ritmos Azules (1951), Poemas de Cristal (1958), Poemas y Cuentos (1969), El Cantor de Ilamatepeque (1970), Rutas de ensueño (1984). NOVELA: Marejada (1978). ENSAYO: Imágenes (1973).

Turcios, Froylán

Poeta, narrador, periodista y diplomático. Nació en Juticalpa, Olancho, el día 7 de julio de 1874 y falleció en San José de Costa Rica el 19 de noviembre de 1943. Fue Ministro de Gobernación y Justicia, diputado al Congreso Nacional, Encargado de Negocios de Honduras en Francia, Delegado a la Asamblea de la Sociedad de las Naciones y al Congreso Postal Universal de Londres. Fundó periódicos y revistas tanto en el extranjero como en el país. Entre las revistas destacan: El Pensamiento (1894), La Juventud Hondureña (1902), Revista Nueva (1902), Arte y Letras (1903), Esfinge (1905), Ateneo de Honduras (1913) y Ariel (1925), en las que colaboraron escritores de América y Europa. Entre los periódicos: El Tiempo (1904), El Domingo (1908), El Heraldo (1908), los tres en Guatemala; en Honduras: El Heraldo (1909), El Nuevo Tiempo (1911), Boletín de la Defensa Nacional (1924). Escribió una novela, Annabel Lee, cuyo texto mora en las nieblas del misterio, recién se han publicado dos capítulos en Caxa Real, periódico literario de la UNAH; Juan Ramón Molina escribió un prefacio a esta obra. Editó sus libros en Tegucigalpa, Guatemala y París. Sobre su vida y obra es útil consultar los libros de Medardo Mejía: “Froylán Turcios en los Campos de la Estética y del Civismo” (1950), y el de Adolfo León Gómez: “Ariel, la Vida Luminosa de Froylán Turcios” (1995).

Obra publicada: CUENTO: Cuentos del Amor y de la Muerte (1929), la Editorial Universitaria publicó una segunda edición en 1991. En 1995, la Editorial Iberoamericana que dirige Oscar Acosta, publicó sus cuentos completos. PROSA y VERSO: Mariposas (1897), Renglones (1899), Hojas de Otoño (1904), Tierra Maternal, Poesía y Cuentos (1911), El Fantasma Blanco (1911), Prosas Nuevas (1914), Floresta Sonora (1915), Flores de Almendro (1931), Páginas de Ayer (1932), NOVELA: El Vampiro (1910), Annabel Lee (1905). ANTOLOGIA: Tierras, Mares y Cielos (recopilación de la obra en prosa y verso de Juan Ramón Molina, 1911). MEMORIA: Memorias (edición póstuma, 1980).

Valle, Rafael Heliodoro

Poeta, narrador, historiador, periodista y diplomático. Nació en Comayagüela, Distrito Central, el 3 de julio de 1891 y falleció en la ciudad de México el 30 de julio de 1959. En 1911 obtuvo en la Escuela Normal de Tacuba de México el título de Profesor, y en 1948 la Universidad Nacional Autónoma de México le concedió el título de Doctor en Ciencias Históricas. En 1912 fue Sub-Secretario de Estado en el Despacho de Educación Pública, y en 1914 fue nombrado Cónsul de Honduras en Mobile, Alabama. En 1915 se le nombró Cónsul de Honduras en Belice. En 1919 y 1920 fue Secretario de la Misión Especial de Honduras en Washington, al suscitarse la cuestión de límites entre Guatemala y Honduras. En 1949 fue nombrado Embajador de Honduras en los Estados Unidos, cargo que desempeñó hasta 1955. En Tegucigalpa fundó en 1912 el Ateneo de Honduras y en 1949 el Ateneo Americano de Washington, siendo su primer Presidente. Fue fundador de la Academia Hondureña de la Lengua. Trabajó en los diarios: “El Universal Ilustrado”, “El Universal” y “Excélsior” de México. Colaboró en toda la prensa del continente y en 1940 la Universidad de Columbia de Nueva York le confirió el Premio “Marie Moors Cabot” de Periodismo, que había venido concediéndose a directores de periódico exclusivamente. En México, además de ejercer como catedrático de la Universidad Nacional, tuvo a su cargo la Sección de Bibliografía de la Secretaría de Educación Pública. Al morir, su ataúd fue cubierto por la bandera del Primer Congreso Nacional de Estudiantes Mexicanos y se le concedió, en forma póstuma, la Cruz del Aguila Azteca. Rafael Heliodoro Valle publicó cincuenta y siete libros de poemas, relatos, historia, bibliografías, política y antologías, que editó en Tegucigalpa, México, Managua, Buenos Aires, San Salvador, Santiago de Chile, Bogotá, Washington y Cambridge. Uno de los más prestigiados premios literarios de México lleva su nombre.

Entre su obra publicada están: CUENTOS: El Rosal del Ermitaño (1911), Anecdotario de mi Abuelo (1915), de estos dos libros la UPNFM, publicó nuevas ediciones en 2003; México Imponderable (1936), El Espejo Historial (1937), Tierras de Pan Llevar (1939), Visión del Perú (1943), Imaginación de México (1945), Flor de Mesoamérica (1955). POESIA: Como la Luz del Día (1913), El Perfume de la Tierra Natal (1917), Anfora Sedienta (1922), Unísono Amor (1940), Contigo (1943), La Sandalia de Fuego (1952), Poemas (1954), La Rosa Intemporal (antología póstuma, 1964). NOVELA: Iturbide, Varón de Dios (1944). ANTOLOGIA: La Nueva Poesía de América (1923), Índice de la Poesía Centroamericana (1941), José del Valle (1943), Cartas Hispanoamericanas (1945), Ramón Rosa (1946), Tres Pensadores de América: Bolívar, Bello y Martí (1946), Semblanza de Honduras (1947), Oro de Honduras (escritos de Ramón Rosa, dos volúmenes, 1948 y 1954), Flor de Plegarias (1954). BIBLIOGRAFIA: Índice de Escritores (1928), Bibliografía Mexicana (1930), Bibliografía de José Cecilio del Valle (1934), Bibliografía de Historia de América (1938), Bibliografía de Ignacio Manuel Altamirano (1939), Cronología de la Cultura (1939), Bibliografía Maya (1941), Bibliografía del Periodismo en la América Española (1942), Bibliografía Cervantina en la América Española (1950), Bibliografía de Hernán Cortés (1953), Bibliografía de Rafael Andívar (1953), Bibliografía de Sebastián de Aparicio (1954), entre otros. En el veintiún aniversario de su muerte, la Editorial Universitaria publicó cinco ensayos relativos a nuestra historia cultural bajo el título: “Historia de la Cultura Hondureña” en 1981.

Además, su viuda, doña Enma Romero de Valle, publicó: “Corona a la Memoria de Rafael Heliodoro Valle” en 1963.

Vásquez, Justiniano

Poeta y narrador. Nació en San Andrés, Departamento de Lempira, el 2 de noviembre del año 1929. Realizó estudios de Derecho en la Universidad Nacional graduándose en 1954. Obtuvo el Primer Premio en el Concurso para Cuentistas Jóvenes Centroamericanos patrocinado por la Compañía ESSO en 1966 con su cuento “El Macho Bermejo”. También, siendo estudiante, integró la antología poética “Polígono Verde” que preparó Renán Pérez a nivel de estudiantes universitarios en 1951.

Obra publicada: CUENTO: *El Macho Bermejo*. POESIA: Confesión de la Sangre (1951).

Viana, Edmar C.

Nació en Puerto Cortés, Departamento de Cortés, el 31 de enero de 1939. Ha hecho estudios de Auditoría, Periodismo y Publicidad, asimismo egresó de la carrera de Administración de Empresas de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. En 1964 obtuvo una mención honorífica en el concurso de cuentos patrocinado por el Club Rotario de Tegucigalpa con su narración “Noche de Piedra” y en 1966 ganó el primer premio ESSO de cuentistas jóvenes de Honduras con su narración “Alas de Madera”. Ha sido colaborador de las diferentes revistas y suplementos literarios del país.

Obra Publicada: CUENTO: *Una Noche de Arena, Alas de Madera, La Ciudad y la Milpa, La Primera Esperanza*.

Villa Puzo, Manuel

Obra publicada: CUENTO: *El Universo de la Ausencia* (1998), *La Plaza de los Hombres Muertos* (2003).

Villeda Arita, Samuel

Nació en San Marcos de Ocotepeque el 12 de mayo de 1940. Poeta y narrador. Realizó estudios de psicología en la UNAH, especializándose en Mercado de Trabajo en Santiago de Chile; asimismo realizó estudios de Administración Pública en Japón. Ha laborado por muchos años, en el Ministerio del Trabajo de Honduras. Su obra ha alcanzado varias distinciones, aproximadamente unos 18 premios literarios, entre los que se cuentan: Premio de Narrativa de la Asociación de Estudiantes de Derecho de la UNAH y el Banco Atlántida en 1973; Premio Lira de Oro Olimpia Varela y Varela del Grupo Ideas en 1981 y 1982; Premio Centroamericano de Poesía y Cuento en 1983 y 1984. Ganador del Premio Latinoamericano de Poesía de la Fundación Givré, Buenos Aires, Argentina. A nivel internacional ganó, en 1990, el Premio de

Poesía Morovia Ochoa de Panamá y el premio de poesía Ana Blume de Bajo Sajonia en Alemania en el año 2000, entre otros premios.

Obra publicada: CUENTO: El País de las Voces (1976), La Edad del Tiempo (2001). POESÍA: Al Pie del Ticante (1971), Canto al Obrero (1974), Tiempo Adentro (1985), Poesía para Niños (s. f.), Poesías Premiadas (2002). NOVELA: Las Cosas de mi General (1984), El País del Silencio (1989). INEDITOS: Estados Limitantes y Esta Parte de Mí (poesía). Wakando y el Yo Sitiado y Al Este de la Imaginación (cuentos).

Vindel Peña, Francisco Javier

Poeta y narrador. Nació en San Pedro Sula el 5 de mayo de 1968. Es Perito Mercantil y se graduó de Administrador de Empresas en la UNAH, actualmente estudia Derecho en esa misma institución. Integró el grupo Neruda, auspiciado por la Fundación Neruda de Chile, y el consejo de redacción del suplemento literario “Clavileño”. Ha obtenido los siguientes premios: Premio “Alfonsina Storni”, de la Fundación Givré, Buenos Aires, Argentina (1989), Festival de los Derechos del Niño, UNICEF, Tegucigalpa (1990), Juegos Florales de Santa Rosa de Copán (1990), Premio Lira de Oro “Olimpia Varela”, del Grupo Ideas, Tegucigalpa (1993), Juegos Florales de San Marcos de Ocotepeque (1993), Juegos Florales de la UNAH (1993), Premio Centroamericano de Cuento Froylán Turcios, auspiciado por el Ministerio de Cultura y las Artes de Honduras (1994). Obtuvo una Mención Honorífica en España con su libro de poesía: “Album Familiar”.

Obra publicada: CUENTO: El Traje-camaleón (1995), El Domador (2001). POESÍA: H2O (1999). Inéditos: Álbum Familiar, Amor y Triángulo Psíquico (Poesía). NOVELA: Aventuras de un Zángano (inédita).

W

Winston Pacheco, José

Nació en Intibucá en 1943. Ha sido columnista. Obra publicada: CUENTO: Imperfecto Amor, Comayagua (1994).

Z

Zelaya, Armando

Nació el 8 de julio de 1928 en Comayagüela. Estudió bachillerato en el Instituto San Miguel e inició estudios en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Honduras. Ha sido Jefe de Relaciones Públicas de las Fuerzas Armadas, 1956-1958 y Delegado Alterno de Honduras ante la Asamblea de las Naciones Unidas en Nueva York, 1965. Ha ejercido el

periodismo en Honduras siendo Jefe de Redacción del diario “El Cronista” en el período 1954-1956, director del semanario humorístico “El Chilío” y miembro fundador de la Asociación de Prensa Hondureña (APH). En el diario “El Cronista”, mantuvo en la edición dominical una sección de arte y letras, juntamente con el periodista Salvador Valladares, llamada “Carta de Navegar por la Literatura”. Obra publicada: CUENTO: *En la Cantera*.

Zelaya Raudales, Fernando

Nació el 3 de mayo de 1988. Actualmente cursa sus estudios secundarios. Obra publicada: CUENTO: Cuentos de un Niño para Niños (2001).

Zerón, hijo, José

Nació en 1910 y murió en 1967. Obra publicada: CUENTO: Revelación, Tegucigalpa, Tipografía Nacional (1952).

Zúñiga, Luis Andrés

Nació en Comayagüela en 1878 y falleció en 1964. Realizó estudios de derecho en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras y se especializó en criminología en la universidad de La Soborna, Francia. Durante su estancia en París fue secretario de Rubén Darío, cuando éste dirigía la revista mundial “Magazine”. En Honduras fungió como director de la Biblioteca y Archivo Nacionales. Como diplomático representó a Honduras en El Salvador y llegó a ser Sub-Secretario de Relaciones Exteriores. Dirigió las revistas “Semana Ilustrada”, “Germinal” y “Ateneo” de Honduras, de la que fue fundador, junto con Rafael Heliodoro Valle, Froylán Turcios y Salatiel Rosales. En 1914 su obra dramática “Los Conspiradores” obtuvo un premio y fue la obra con la que se inauguró el Teatro Nacional de Tegucigalpa, hoy Manuel Bonilla, en 1916. En 1951 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura “Ramón Rosa”, siendo el primer escritor hondureño en recibirlo.

Obra publicada: CUENTO: Fábulas (1919), El Banquete (1920) incluye prosa y verso. TEATRO: Los Conspiradores (1915). POESÍA: Águilas Conquistadoras (1913).

CAPÍTULO 8

ANTOLOGÍA MÍNIMA DEL CUENTO EN HONDURAS

A continuación se incluye una antología mínima de doce cuentos, como muestra del quehacer cuentístico hondureño. Estos relatos representan los diversos momentos de evolución por los que ha pasado el cuento en Honduras.

8.1 **La Renuncia del Escribiente** (*Capítulo olvidado de una novela perdida*)

Por: Juan Ramón Molina

Cuando José Ángel entró a la oficina eran las nueve y cuarto de la mañana, como siempre, más tarde de la hora reglamentaria, las nueve. El portero, un vejete seco y patizambo, llena la cara de arrugas desde tiempo inmemorial, le siguió con una larga mirada de reproche, casi rencorosa. ¡Llegar tarde un escribiente que ganaba treinta y cinco pesos al mes, tan mal visto por el secretario! ¿Había mayor crimen? No, no podía haberlo, y no se explicaba por qué no era despedido. Él, muy al contrario, era puntual, puntualísimo. Antes de las nueve oíase su tos asmática en los corredores del edificio municipal; abría poco después, con mucho ruido de cerrojos, las pesadas puertas de la oficina; barría luego la vieja alfombra de cáñamo, gastada por el ir y venir de muchas generaciones de empleados; sacudía, manejando con calma el inútil plumero, el polvo de las sillas; iba a la cercana fuente del patio, un patio estéril como una roca, a llenar de agua fresca el cántaro; regresaba con él trabajosamente, mientras el líquido salía furtivamente por algún agujero invisible, lavaba, metiendo adentro sus dedos huesosos y sucios, el empañado vaso de cristal, en cuyo fondo, durante algunas semanas, se depositaran los sedimentos de las heces; y por fin, como término de sus afanosas y matinales tareas, llegábase a la mesa del señor secretario, como él decía invariablemente y con el mayor respeto, a ponerla en orden. Los papeles, notas y expedientes, eran arreglados con suma parsimonia; las reglas y los lápices, éstos cuidadosamente tajados, ocupaban su respectivo lugar, al alcance de la mano; el tintero, lleno de un líquido negruzco y espeso, recibía una prolongada frotación con un pedazo de franela roja. Él sí trabajaba, él sí merecía su mezquino sueldo mensual, que el gobierno nunca le pagaba con puntualidad, y no aquel muchacho loco, que siempre llegaba tarde, y que se pasaba las horas de oficina rubricando su firma, caricaturando a los demás empleados o fumando cigarrillos. Decididamente, seguía reflexionando el viejo, ya era tiempo de que le quitaran el empleo.

El joven que acababa de entrar, sin fijarse siquiera en él, depositó su sombrero en cualquier parte, sentándose en seguida frente a la mesa que le correspondía. Púsose a hojear negligentemente unos papeles, extendiendo las piernas y recostándose en el respaldo de la silla, recorrió con la mirada el salón cubierto de un antiguo tapiz con dibujos de flores. Conocíase que le importaba muy poco que el secretario, que en el fondo de la pieza, en una especie de entrada, alegaba con unas mujeres y un policía, echara de ver que había llegado otra vez tarde, a pesar de las repetidas advertencias. Escuchaba, eso sí, cuidadosamente, lo que se hablaba lejos de él, y el asunto acabó por absorber su atención.

Oíase la voz chillona de una de ellas, agujereando desapaciblemente el tranquilo ambiente de la oficina. Eran unas pobres mujeres, madre e hija. La madre, vieja y gastada sin duda por el trabajo, hablaba sin cansarse, defendiéndose de los cargos del policía, accionando violentamente con sus flacos brazos amarillentos. La hija no decía nada, permaneciendo inmóvil a la distancia, ocultas las facciones en un descolorido rebozo. El policía, de cuando en cuando, repetía sus acusaciones, dando detalles y pormenores. Las había encontrado en el camino, cerca del castillo, comprándoles a los indios. El cuerpo del delito estaba allí, en el cesto depositado en el suelo; un cesto grande que estallaba de repleto: lechugas, rábanos, zanahorias, nabos, cebollas, todo género de hortaliza; naranjas, huevos, mangos y algunas calabazas tiernas; y dentro de todo aquello, estirando los cuellos hacia la escena, veíanse una gallina negra y dos pollos inquietos.

El secretario, enlazados los dedos de las manos, la cabeza cónica ligeramente inclinada, el semblante ceñudo, oía a las dos partes. Después que concluyó de hablar el policía, siguió la vieja, más agría, con más fuerza todavía:

—El policía no nos ha visto comprar en el camino. Veníamos del pueblo, de la casa de un pariente, adonde fuimos a traer esas verduras, señor. Como somos pobres, tenemos que ir muy lejos a buscar víveres, para venderlos en el mercado, ganando un cuartillo. Es una injusticia la que se quiere hacer con nosotras. Devuélvanos nuestro canasto. ¿De modo que una ya no puede traer nada, porque la capturan y la llevan donde la autoridad? Si hubiéramos sabido eso no habríamos ido. ¡Ah! con las pobres mujeres hacen todo. Y más cuando una es infeliz y no tiene quién vuelva por una. Devuélvanos nuestro canasto, por Dios, que es todo lo que tenemos.

La hija empezó a llorar silenciosamente; todos los empleados seguían de lejos la escena; el policía, el kepis en una mano y el garrote en la otra, miraba a las mujeres con ojos amenazadores; hasta el viejo portero había dicho entre dientes: son unas pobrecitas. Al fin resolvió el secretario, con voz dura:

—Son unas revendedoras. Está prohibido comprar en los caminos, y sin embargo, por salir gananciosas, infringen la ley. Quedan los víveres decomisados, y si no tienen cinco pesos para pagar la multa, irán a la sección de policía. ¿Tienen los cinco pesos, o no?

José Ángel, al oír aquella sentencia, palideció intensamente, se mordió los labios y se le vio un como ímpetu de acudir en auxilio de las infelices mujeres, que rompieron a llorar.

—¿Tienen los cinco pesos, o no? ¿No, verdad?

—¡Qué vamos a tener nosotras! —sollozó la hija, enjugándose las lágrimas con un rebozo.

—¿No los tienen? ¡Pues a la sección, a ver si allá los consiguen! —terminó bruscamente el secretario, tomando su pluma y poniéndose a escribir rápidamente.

Las mujeres, llorando a lágrima viva, fueron sacadas de la oficina por el policía. El salón, turbado por aquella triste escena, recobró su aspecto de costumbre. Instantes después se oía la

tos asmática del portero, percibiéndose claramente el rasguear de las plumas de los escribientes, apresurando cada cual la conclusión de su trabajo.

Sólo nuestro joven no escribía, sino que meditaba, arrullado por su pensamiento. Sí, aquello era una injusticia, una brutal injusticia. ¡Quitarles a las infelices su cesto de provisiones, y enviarlas en seguida a la cárcel! ¿Había mayor falta de piedad? ¡Y esto lo hacía el secretario en nombre de la ley, que violaba según su conveniencia! ¡Revendedoras! ¿Y qué tenía eso? ¿No había una porción de tenderos y tenderas al por menor, que hacían lo mismo, que negociaban impunemente en mayor escala? ¿No estaba entonces el agio de moda? ¿No traficaban judíos y comisionistas con el sueldo de los empleados, favorecidos por el gobierno, que a propósito no pagaba puntualmente el presupuesto? Eso era mil veces peor, porque empobrecía la nación, arruinaba a todas las familias, precipitaba en la miseria a muchos infelices. Ellos, los agiotistas, no iban a la cárcel, no irán nunca. Antes bien se les veía con toda clase de consideraciones, se les rendía pleito homenaje; mezclábanse, siempre con provecho, en los asuntos financieros de la nación; explotaban a su gusto el desbarajuste económico; se enriquecían de la noche a la mañana, paseando su soberbia en coches espléndidos, viviendo opulentamente, embargando las fincas rústicas y urbanas, creando un malestar indefinido a las masas sociales que presentían ya la bancarrota del país. En cambio, los infelices, los desheredados de la fortuna, los que buscaban un miserable lucro en negocios de ínfima cuantía, iban, siempre a la cárcel, de donde no salían sin pagar multas exorbitantes para su miserable patrimonio. ¡Cuánta injusticia! ¡Cuánta falta de piedad!

Así, meditando, se acordó de lo que había visto en la oficina desde seis meses, cuando por recomendación de una persona de influjo, había entrado en ella a servir un humilde puesto de amanuense. El jefe era un hombre ignorante, lleno de prosopopeya, que faltaba mucho; el secretario un majadero, que se había eternizado en el puesto y que escribía artículos deplorables para los periódicos; sus compañeros unos pobres diablos, que desde hacía años se habían convertido en ostras de aquella roca oficial; el portero, un viejo inútil, medio asmático y reumático, que se pasaba las horas durmiendo. Y luego las intrigas inevitables, los chismes de unos con otros, aquel trabajo embrutecedor de escribir notas y más notas, miserablemente remunerado; las injusticias, las reprensiones diarias, las miserias de aquella vida monótona sin horizontes, sin ideales, sin un cambio que le hiciera esperar una existencia más de acuerdo con su carácter.

De pronto se puso a escribir febrilmente, secó lo trazado, y se dirigió a la mesa del secretario, el cual continuaba en su tarea de llenar pliegos y más pliegos. Largo rato se estuvo aguardando con la mano izquierda sepultada en uno de los bolsillos del pantalón y en la derecha una foja de papel de oficio.

Al fin el secretario levantó la cabeza, miróle de arriba abajo con sus oblicuos ojos verdes, y dijo en tono breve:

—¿Qué quería?

—Que me ponga el visto bueno al pie de este recibo. Es de octubre. Como hoy es primero de noviembre, y como pienso retirarme de la oficina...

—¡Ah! ¿Se va? —y sonrió burlonamente.

—Sí, me voy. No pienso seguir empleado aquí.

—¿Le han nombrado jefe político de algún departamento o le han dado una cartera?

—Tal vez... pudiera suceder... Lo que quiero es que me ponga el visto bueno.

—Está bien. Pero después no venga a pedir otra vez el empleo, porque no se le dará.

—No vendré, esté seguro.

—Así dicen, y luego vienen con súplicas y molestias...

—No vendré.

El secretario leyó el recibo, púsole en seguida el visto bueno, y continuó escribiendo sus interminables comunicaciones.

José Ángel tomó en seguida su sombrero, despidiéndose con brevedad de los demás amanuenses, que no salían de su asombro; salióse a los corredores de la oficina, seguido por el portero, que al enterarse de su resolución, había movido de un lado a otro la cabeza, tercamente, obstinadamente, como desaprobando aquel paso brusco, a pesar de las ganas que tenía de que se fuera.

Ya en la calle, José Ángel se dirigió a la Plaza de Armas. Eran las diez de la mañana, una alegre mañana de sol, que reía sobre los seniles y amarillentos edificios coloniales, sobre las carcomidas baldosas, rociando de oro los árboles del parque. Frente al palacio del ayuntamiento, una banda de músicos tocaba un aire militar a la cabeza de un batallón, que pasaba revista a los ojos de una porción de desocupados.

Iban y venían los jinetes, caracoleando en sus corceles, excitando la muda admiración de los palurdos, sonando sus espadas en los estribos de metal. Él, arrullado por la fanfarria, acariciado por aquel viento heroico, con las manos en los bolsillos, se detuvo en una de las esquinas a esperar el próximo tranvía, cuyo rumor se iba acercando. Llegó el vehículo tirado por dos mulas héticas, castigadas por el látigo del conductor, azuzadas por una lluvia de ternos y de insultos. Y habiendo subido a la plataforma algunas personas, en cuenta José Ángel, volvió a chasquear el látigo, volvió el conductor a lanzar blasfemias, volvió el carro a deslizarse trabajosamente por los enmohecidos rieles.

Fuente: Molina, Juan Ramón. 2000. Cuentos y Narraciones. Tegucigalpa, Honduras. Graficentro Editores. 98 p.

8.2 Paulina

Por: Froylán Turcios

I

Ricardo N***, Armando de R* y yo, llegamos a profesarnos un afecto excepcional en estos tiempos en que el egoísmo predomina sobre todas las manifestaciones del espíritu.

Era una amistad íntima, probada desde la infancia, la que llegó a unirnos indisolublemente; y jamás una leve sombra empañó aquel sentimiento fraternal.

Ricardo, el más joven, era un muchacho simpático, de mediana estatura, con una espléndida cabeza coronada de cabellos pardos. Silencioso, taciturno, poseía un espíritu elevado y exquisito.

Armando, de veinticinco años, alto, vigoroso, moreno, manifestaba llevar toda la audacia y la alegría de una juventud exuberante, acariciada por todos los vientos de la vida. Impulsivo, genial, apasionado, era un joven seductor, de cuyo encanto nadie podía evadirse. Su prestancia varonil se imponía desde el primer momento. Bajo la frente marmórea, sus límpidos ojos, de mirada profunda, brillaban apasionadamente. Sus labios, gruesos y rosados, sonreían de una manera peculiar. Sus cabellos —por un raro contraste— eran rubios, de un claro color de oro, y daban a su fisonomía un carácter de belleza singular y terrible.

Físicamente, nuestras naturalezas contrastaban en absoluto. Pero nuestros espíritus formaban una sola llama generosa, una sola energía, una sola fuerza. Compenetráronse de tal modo, que ya no fuimos, en verdad, sino tres cuerpos viviendo con una sola alma. Todo lo que hay de grande, de noble y de fuerte en el afecto que une a los hombres en la tierra, palpitaba con tal potencia en nuestros corazones, que juntos hubiéramos llegado sin temblar a la cumbre más alta del sacrificio y de la muerte.

II

Ricardo se casó con la encantadora Carlota G*, de quien era locamente amado. Él, a su vez, adoraba a aquella blanca beldad de cuerpo mórbido y esbelto, de gracia suave y arcana. Era uno de esos seres frágiles y tiernos nacidos para la felicidad y para llenar de luz y poesía la existencia de un hombre superior.

Así me lo dijo Ricardo algunos días después de su matrimonio. Era completamente dichoso. Todo sonreía a su paso. Todo parecía prometerle años fecundos de amorosa paz.

III

Mis negocios me obligaron a abandonar la patria para radicarme en una de las más florecientes repúblicas de Sur América.

Pasaban los años lentos y monótonos, como son siempre para el que vive lejos de su hogar.

Continuamente recibía noticias de mis amigos. Sus cartas me llegaban por todos los vapores, con una constancia que patentizaba la sinceridad de su afecto.

Pero de improviso aquellas manifestaciones fraternales se interrumpieron; y no fue sino mucho tiempo después de faltarme sus cartas que supe, por un periódico que llegó a mis manos al acaso, la muerte de Armando.

Fue para mi corazón un rudo golpe. Lloré a mi amigo con lágrimas del alma, y su recuerdo me obsesionó de tal modo, que caí enfermo y tuve que guardar cama por varios días.

Algunos meses después, otra amarga pena vino a herirme: la muerte de Carlota, al dar a luz una niña.

Desde aquel instante, un pensamiento se grabó en mi cerebro, una idea se posesionó de todas mis facultades: la de ir a reunirme con Ricardo, el amigo doblemente infortunado, que había perdido, casi al mismo tiempo, sus más grandes afecciones.

Pensé que mi cariño podría consolarle en su negro duelo, que en un hombre de su carácter debía durar hasta el sepulcro.

Pero obstáculos inesperados e insuperables me hicieron desistir de mi generoso proyecto.

IV

Pasaban los años, los años monótonos, los años interminables.

Al fin pude arreglar satisfactoriamente mis asuntos, y en una clara mañana de junio me embarqué en un vapor que hacía rumbo a las costas de mi patria.

Catorce años había durado mi ausencia. Mi familia y mis antiguos conocidos del pueblo de T**** no me reconocieron en el primer momento.

Después de las primeras alegrías del regreso, pregunté por Ricardo.

Vivía fuera de la población, en una hacienda, con su hija. Desde la muerte de su mujer y de Armando, nadie le había visto salir de aquella casa, perdida en el corazón de las montañas. Su carácter taciturno se volvió sombrío y huraño. Entregado a la lectura y a la educación de su hija, pasaba obscuramente la vida, olvidado del mundo.

Tomados estos informes, partí al siguiente día hacia la residencia de mi amigo.

Caminé, durante varias horas, por la falda escarpada de la cordillera. A la caída de la tarde vi a lo lejos, en una verde hondonada, blanquear la casa a donde me dirigía.

Llegué a ella muy entrada la noche. Un sirviente salió a abrirme. No quise darle mi nombre, para gozar de la sorpresa de Ricardo, que nada sabía de mi viaje.

Fui introducido en un salón amueblado con sencilla elegancia.

Luego apareció ante mí el dueño de la casa. Le vi avanzar y tenderme la mano con fría cordialidad.

Mi corazón saltaba dentro del pecho. No pude contenerme más.

—¿Cómo! ¿No me conoces? —le dije.

Él me miró largamente con expresión de quien recuerda algo muy lejano. De pronto un relámpago pasó por sus ojos, iluminando todo su rostro.

—¿Eres tú, Mauricio? —exclamó, como si soñara—. ¡Ah, querido amigo!

Y nos confundimos en un abrazo, hondamente emocionados.

Luego, más tranquilos, hablamos largo rato de cosas antiguas, borradas casi de nuestra memoria. Viéndole aún presa de una fuerte impresión y notando que parecía eludir toda remembranza relativa a su mujer y a nuestro hermano muerto, no dije una palabra acerca de ellos, para no hacer sangrar heridas que quizá estuvieran mal cerradas.

Muy tarde me retiré a la habitación que me había destinado. Las violentas sensaciones porque acababa de pasar me impidieron dormir.

Me levanté a la hora del alba y me puse a recorrer los alrededores de la hacienda. Estaba situada en un amplio paisaje, rodeada de altas montañas. El sol doraba las cumbres con sus primeras claridades. Por todas partes notábase el poder de los gérmenes en la tierra fecunda. Hábitos de vegetación lujuriosa vagaban en el ambiente, y del cielo azulado parecía descender una calma infinita.

Hasta que, dos horas más tarde, me encontré con Ricardo en el salón de la casa, comprendí todos los estragos que el tiempo y el dolor pueden hacer en la naturaleza del hombre.

La noche anterior, a la indecisa luz de una lámpara, no pude observar la decadencia física de mi amigo.

Ahora lo tenía frente a mí y no daba crédito a mis ojos. Ricardo, que apenas contaría treinta y cinco años, era un anciano. Su cuerpo encorvado, su cabeza encanecida, su rostro amarillento cubierto de arrugas, me conmovieron hasta el fondo del alma.

—¿Me encuentras muy viejo, verdad? —me preguntó al notar mi sorpresa—. ¡Ah, querido Mauricio! Es que he apurado la hiel de la vida hasta no dejar una gota. Por mi espíritu han pasado todos los dolores de la tierra. Llevo dentro de mí el cadáver de mi alma y arrastro mi

cuerpo como si fuera un andrajo. He agotado de tal manera el raudal de mis lágrimas, que ya mis ojos sólo podrían llorar sangre. No sé cómo estoy vivo todavía. El dolor me ha petrificado. Te asombras de ver mi cabello casi blanco y mi semblante marchito... ¡Y si pudieras ver mi espíritu! Se ha hecho dentro de mí un vacío tan tremendo, que a veces mi pensamiento, al tratar de medirlo, ha sentido el vértigo de los abismos. Mi pasado me acosa como un espectro implacable. Siendo inocente, el fantasma de mi propio duelo me cubre con su sombra trágica y expió el crimen de que yo mismo fui víctima. El dolor, como un cuervo famélico, me ha devorado el corazón; pero en mi cerebro las ideas y los recuerdos continúan su obra lenta y terrible. Y aquí me tienes sufriendo de un mal espantoso: del asco de la vida. La felicidad no existe, Mauricio. Todo es engaño y mentira... ¡El amor! ¡La amistad...! El destino encierra en esas palabras una amarga ironía y se venga duramente de los crédulos. Yo he sido uno de ellos; y heme aquí expiando mi fe en la amistad y en el amor.

Yo le oía hablar, mudo de asombro, penosamente sorprendido de sus palabras...

—¿Y Carlota? —le interrumpí de pronto—. ¿Y Armando? ¿Cómo hablas así de las cosas del alma, después de haber poseído la ternura de aquellos nobles espíritus?

Él sonrió espantosamente.

Con un acento que no era humano, con un gesto único de ira y de piedad, dejó caer en mi corazón este horrible secreto:

—En sus últimos momentos me confesó Carlota que Armando era el padre de la niña que le costaba la vida.

Y como viera que yo, sobrecogido de horror, dudara de sus palabras, creyéndole loco, levantóse, y acercándose a la puerta, llamó:

—¡Paulina!

Transcurrieron algunos minutos de angustioso silencio.

Una niña de diez años, maravillosamente bella, penetró en el salón y avanzó hacia nosotros sonriendo.

Yo no pude contener un grito. La semejanza era tan asombrosa, que no dejaba lugar a la duda.

¡Sí! Aquellos eran los límpidos ojos de mirada profunda, la frente marmórea, la sonrisa inolvidable, el matiz extraño de los cabellos, el aire de seducción y de gracia de Armando de Rostanges.

Fuente: Turcios, Froylán. 1995. Cuentos Completos. Tegucigalpa, Honduras. Edit. Universitaria. 391 p.

8.3 El Manco Mena

Por: Rafael Heliodoro Valle

Ya era fama en todo Olancho que el *Manco Mena* no le tenía miedo ni al diablo que se le presentara en mangas de camisa. Su solo nombre era un estandarte lúgubre que ensombrecía las comarcas por donde pasó regando sangre de inocentes. Matar a un cristiano era para el bandido lo más fácil, y si hubiera habido moros, en sus ratos de ocio también los despachara en un santiamén a los reinos de Plutón. Un traje blanco le sugería al instante el adorno rojo de una herida: una mirada desdeñosa le servía de suficiente argumento para probar que el otro estaba de sobra en este mundo. *El Manco* era, para los hombres de armas tomar, como el coco para los niños que no quieren dormir. Lo capturaban por sorpresa, lo engrillaban en la bartolina que con tiempo se le tenía preparada, y sin que el carcelero se despertara ni quedasen huellas en los barrotes, el bandolero se hacía alcanfor sin que a la postre se supiese el cuándo y el cómo. Batirse con una escolta le era como chupar miel de abejas; entrar al anochecer a un baile sin ser invitado y cuando nadie lo esperaba por aquellos lares, era su ejercicio y su ufanía; y que salieran al llano todos los que quisieran, que para eso tenía repleta de tiros la *huahuacha* y a caballo ni San Miguel Arcángel podía darle alcance. En Honduras sólo *El Salinero*, de Yoro, que es otro *picarito*, *Corta Cabezas*, que bien vale una misa, y *El Partideño*, son los únicos que pueden emular al Manco en valor brutal, audacia desconcertante y hazañas famosas.

Pero este sol entre los criminales tuvo sus manchas bellas en medio del fulgor con que cegaba a los que de frente lo veían. No hay hombre malo del todo para los que conocen las ondulaciones de la moral, y si hasta las víboras tienen rasgos ejemplares, cuántos no tuvo el facineroso cuyo nombre aún estremece la tierra virginal de Olancho. No uno, varios, me han relatado episodios que exigen la pluma de un buen biógrafo. Respetó a los niños y los viejos, con tal de que no se le pusieran en medio del camino real; y si alguna vez tomó lo de otros sin que le dieran permiso, procuraba que el propietario fuese uno de vacas y *macacos*. Frente a los varones presentaba el homenaje de su respeto; tragaba sus aguardientes porque para eso Dios puso una raja de caña en la huerta del Edén, y como tirador podía disfrutar de los honores que pertenecen a su rango.

El Manco merodeaba en los alrededores del sitio en que hoy está La Ceiba. Puesto que cuatro casas nada valían para que se pusiese Juzgado, el de Trujillo tenía que ver con todos los que violaban los mandamientos de Moisés, principalmente con aquellos que no respetan ni la bolsa, ni la testa, ni la mujer ajena. Salió a buscarlo el viejo don Agatón, de parte del Juez de Trujillo. El enviado de la autoridad iba sin escolta; pero eso sí, portando la vara insignia. Y, como era un bravo, se metió selva adentro, por veredas extraviadas, a buscar la cabaña de Mena.

Y he aquí lo que pasó aquel mediodía costeño:

—Buenas tardes, Mena.

—Buenas tardes, ñor Agatón. Pase adelante. ¿Qué anda haciendo?

Mena siguió afilando su machete, a la entrada de la choza. No se oía más que el ruido que en la selva producen las hojas secas al caer. El aire derretía su azul luminoso en la calma de la hora. Y

si un pájaro se atrevía a interrumpir el teogónico silencio, era para prender en el paisaje la estela de su colorismo...

—Pase adelante, ñor Agatón.

—No, Mena, muchas gracias. Nada más vengo a decirte que traigo órdenes de llevarte preso para La Ceiba.

—Bueno, ñor Agatón, pase adelante con su escolta...

—No traigo escolta para llevarte. Vengo sólo con esta vara que es la de la justicia.

—Pase adelante, ñor Agatón. Yo creía que traía su gente. Entre un momento, que ya nos vamos para La Ceiba.

Y el *Manco*, después de entrar un instante a la choza para tomar un bocado y decir algo a su concubina, salió, manso como una tórtola que se mete a su jaula, seguido del viejo de mirada apacible y barba cimarrona.

Fuente: Valle, Rafael Heliodoro. 2003. Anecdotario de mi Abuelo. Tegucigalpa, Honduras. Edit. Fondo Editorial UPNFM. 196 p.

8.4 Sombra

Por: Arturo Martínez Galindo

I

La salita de Solón Perkins tenía unos grandes ventanales desde los cuales podía contemplarse todo el magnífico Puente Taft, o Puente del Millón de Dólares, como se le conoce más comúnmente, cuyo arco nobilísimo cubre la inmensa barranca donde empieza el Parque de Rock Creek. Hacia la derecha se elevaban las imponentes moles de los dos grandes hoteles: el Shoreham y el Wardman Park. El terreno es muy irregular en aquel rincón de la bella capital; la arboleda es muy densa. Aquella tarde de principios de noviembre, todo aparecía envuelto por una luz dorada y purpúrea, que no se sabía si descendía de los cielos o si ascendía de las hojas abrumadas y amarillentas ya por la influencia del otoño. Para gozar de este espectáculo yo me había anticipado a todos los demás amigos. Serían las ocho y las sombras de la noche no llegaban aún. La atmósfera fulgía como una gema en cuyas aguas palpitase la púrpura y el oro.

Perkins me recibió envuelto en su batón antiguo. Se advertía que nos esperaba ya; sobre una mesa había unas bandejas cubiertas con paños muy blancos, conteniendo posiblemente aceitunas, queso, anchoas, caviar y tostadas; en el centro de la cámara, sobre otra mesilla, se erguía un gran frasco de amplia boca, lleno hasta los bordes de un líquido transparente, y rodeado por una corte de sifones y jarras llenas de jugo de limón y de naranja.

—Mientras me baño —insinuó Perkins—, puedes, empezar a beber: ese alcohol es espléndido...

Efectivamente, el frasco estaba lleno de alcohol; era nuestra bebida de los sábados: alcohol, agua seltzer y jugo de limón o de naranja. A las tres horas de ingerir ese brebaje todos hablábamos a la vez, sobre los tópicos más diversos, en inglés y en español, y nos comprendíamos perfectamente. Pedro, Manuel, Solón, Harry, Gonzalo, Frank... ¿dónde estaréis cada uno de vosotros? ¿Hacia dónde os habrán arrojado vuestra locura y vuestros sueños? Hispanos de la América febril y sajones de la América atareada que, en largas veladas de comprensión y de cordialidad, unimos el Continente Nuevo, el Continente Nuestro, ¿dónde estaréis? A todos os he perdido; todos me habéis perdido. Y vosotras, Rosalmira, Norma, Evelyn, Dorothy, Aurelia, Edna; blondas y morenas, serenas y exaltadas, sangre de puritanos y sangre de conquistadores, a vosotras también os dispersó el huracanado destino...

Aquellas reuniones sabatinas en casa de Perkins, a pesar de su rutina y a pesar de su creciente monotonía, siempre se desenvolvieron en una atmósfera impregnada de espíritu: aún oigo a Perkins recitar tan mal sus bellos poemas; aún contemplo la silueta basta y lírica de Pedro, cuyo parecido a los retratos de Rubén Darío era tan asombroso; aún escucho las canciones de Rosalmira, de Aurelia, de Dorothy; aún aparecen ante mi vista los bocetos de Edna: torsos de gladiadores, torsos de atletas, espaldas de púgiles taurinos... ¡extraño caso de contradicción espiritual, pues Edna, tan discreta y tan frágil, tenía siempre manchados el cuello y las orejas con el rastro que dejan las bocas femeninas al besar! Y aún conservo algunos poemas de Norma, poemas que ella no recitaba nunca, pero cuyas copias nos metía furtivamente, como bombones, en los bolsillos de nuestros gabanes. Y tú, epidérmica, tonta, apasionada y linda Evelyn, que

todo lo sufrías sin protestar ni comprender, y te considerabas compensada si alguno de nosotros te pagaba con una caricia lúbrica, cuanto más lúbrica mejor...

En nuestras primeras reuniones, sentíamos todos una especie de exultación clamorosa al discutir sobre pintura, sobre poesía, sobre religión, y aún sobre temas tan inabordables y azarosos como **la felicidad** o como el **futuro de la raza humana**. En esas charlas, empapadas siempre de legítimo alcohol, hemos dicho grandes disparates, pero como los dijimos con sincera espontaneidad y sin segunda intención, no creo que nos hayan dejado remordimientos. Mas, cuando nos hubimos conocido ampliamente, la curiosidad ya saciada nos mató el mutuo interés, y yo creo que durante estas últimas reuniones, si no nos llenábamos todos de aburrimiento, por lo menos todos habíamos perdido el entusiasmo.

Yo me sentía muy triste aquella noche; no era la mía una tristeza incolora, hermana de la fatiga, ni una tristeza comprensible, hija de una desarmonía orgánica o moral; la tristeza mía de aquella noche era una tristeza sin causa, una genuina tristeza, una tristeza fundamental. Yo traté de sacudirla, pues siempre trato de sacudir esa tristeza mía, tan pesada. Al principio apuré muchas copas de alcohol, pero la tristeza se me tornó más torva, mucho más. Después me senté en la alfombra, a los pies de Norma, y le pedí que me contase alguna historia alegre; le pedí también que se riese mucho, y Norma que es ingeniosa, cínica y musical, me relató varias historias regocijadas; y rió toda ella con aquella su risa que le sacudía convulsivamente su vientre plano. Yo me reí mucho también, pero mi tristeza se me quedó allí dentro, mucho más torva, mucho más tristeza. Entonces decidí retirarme:

—Me voy —les dije.

Y me fui.

Al llegar al vestíbulo del apartamento, Rosalmira vino a alcanzarme corriendo.

—Me voy contigo, —me dijo—. Son ya las dos; llévame a casa.

La ayudé a ponerse su abrigo de pieles y salimos. El automóvil empezó a rodar. Rosalmira me dijo entonces:

—Tengo hambre; vayamos a comer...

Yo dirigí mi automóvil hacia “Las Cavernas de Cristal”, un cabaret, porque en Washington, a las dos de la mañana, sólo los cabarets están abiertos. Durante el recorrido, y acaso con el deseo de ser consolado, yo le dije:

—Rosalmira, estoy muy triste...

—Pero ella no me dijo nada. Tal vez ella también estaba triste, y no volvimos a cambiar palabras. Además, Rosalmira tenía una reserva de ídolo azteca; durante todo el tiempo que la traté, únicamente una vez la oí desbordarse de entusiasmadas palabras, y fue cuando me relató el nacimiento de su voz: ella no creía en sus facultades para el canto; su voz era gruesa, desagradable, desigual; había intentado dejar sus estudios, pero su profesora, una italiana

impulsiva y autoritaria, le había gritado: “¡Tú cantarás!” Se había dejado imponer la enseñanza, sin fe y sin alegría, durante dos o tres años, un día la voz nació, brotó como un manantial puro, espontáneo, perfecto. Cuando me contó esto, se le llenaron los ojos de lágrimas y finalmente acabó sollozando desbordadoramente. No he podido olvidarlo.

Entramos al cabaret. El salón estaba lleno de ruido. La orquesta lanzaba sus melodías despedazadas y estridentes. Mientras el mozo se llevaba nuestra orden, nos fuimos a bailar. Fue entonces cuando la vi por la primera vez. Rosalmira me la mostró con su honda voz de contralto:

—¡Mira esa mujer... la del traje negro.

Ella pasaba en ese instante cerca de mí: ¡mejor no la hubiera visto nunca! Vi su espalda desnuda, y en la espalda, muy abajo, casi en medio de los riñones, un lunar... ¡el lunar más lunar que yo he visto! Luego, en un giro del baile, vi sus grandes ojos y sus mejillas pálidas y su boca pálida y, a un lado de la barbilla, otro lunar. Inmediatamente se me llenó la cabeza de ideas absurdas y extrañas; yo mismo era como una persona extraña; era como si me empezase a conocer; se había hecho pedazos mi equilibrio, y mi tristeza, que pocos instantes antes, constituía el punto céntrico de mi emoción, se había hecho trizas.

Al sentarnos, aunque un poco lejos, esta mujer que acababa de irrumpir asoladoramente en mi vida, quedó frente a mí. Como para excusar la desnudez de su espalda, su espléndido traje de terciopelo negro subía hasta su cuello, ocultando sus senos conspicuos. Una vez, dos veces, no sé cuantas veces, nuestros ojos se encontraron. El caso era muy grave: no se trataba de aquel saetazo fugaz y hondo que nos infieren tantas desconocidas varonas, con las que tropezamos en la baraúnda de las grandes ciudades, para no volverlas a ver más; mujeres que parecen tener algo familiar, algo nuestro, y a las que vemos desaparecer, convencidos de haberlas perdido para siempre. No, era algo más; algo esencial y fundamental: esa mujer de los lunares estaba atada a mi vida inevitablemente.

Después de comer, Rosalmira me pidió que saliéramos. Salimos. La dejé a la puerta de su casa. Aunque ella vive tan lejos, yo fui y volví en pocos minutos, tal vez una media hora. Pero a “Las Cavernas de Cristal” no se puede entrar sin compañera, y el portero resistió con heroicidad mi tentativa de soborno.

—Es imposible, señor... Me echarían, señor... Yo bien lo quisiera, señor...

Estacioné mi automóvil frente a la única puerta del cabaret. Entre las tres y las cuatro, salieron muchas parejas; algunas de ellas ebrias; casi todas unidas estrechamente. Asaltaban con desgano los automóviles y se perdían en la calle desierta. A las cuatro y media salieron los músicos, los empleados, los sirvientes, y a continuación, el portero, el heroico portero insobornable, cerró la puerta.

II

Mi jefe, aquel espléndido señor que hoy sólo vive en el recuerdo de los que lo quisimos, estaba entonces muy enfermo. Hubo necesidad de trasladarlo a Baltimore. Baltimore: gran puerto, gran

ciudad, ciudad histórica, llena de fábricas, humosa, atareada. Washington es a Baltimore lo que un señorito es a un obrero; Washington no sería un pobre marco para Jorge Brummell; en Baltimore puede comprenderse a Lenin y hasta dan deseos en ella de cantar **La Internacional**. Ambas ciudades son vecinas; las separan cuarenta millas, pero las unen los rápidos trenes y una carretera como sólo las saben construir los yanquis. Cosa de una hora el ir. En Baltimore se venden los mejores mariscos del Atlántico, y tienen un buen hospital: el mejor de América, dicen allá.

Esta ciudad tenía para mí el sagrado prestigio de conservar los restos de Edgar Allan Poe. Ahí en el patio de la iglesita de Westminster duerme el inmenso bardo, y ahí en una de sus calles antiguas, envenenado y delirante, rodó definitivamente como una piltrafa. Bajo su humilde mausoleo, sus huesos inmóviles encontraron por fin El Dorado, que él buscó inútilmente sobre la tierra inhóspita e indiferente. Y a su lado duerme también Virginia. ¿No recordáis acaso la sombra pálida de la prima tísica que lo amó tanto? ¡Virginia, con quien él tuvo hambre en Filadelfia! ¡Virginia, aterida en Nueva York! A esta pobre niña la mató la vida huraña, la vida acerba, la mala vida de los pobres cantores, que viven derrumbados bajo el peso de las fábricas, en los países donde el ruido atronador de los trenes es la sola canción.

Este año he ido tantas veces a Baltimore y siempre he arrojado diez minutos de mi vida sobre esa tumba ignorada donde el poeta duerme con su Virginia. Una ocasión en que fui con Edna, Dorothy y Manuel, éste, que estaba muy borracho, al no más llegar a la tumba, nuestra tumba, se inclinó a llorar sobre ella desesperadamente. Nos costó trabajo arrancarle de allí, y un policía que se acercó a nosotros, intrigado sin duda por aquellos sollozos en un lugar donde nadie ha sollozado, con un candor y una ignorancia **made in U. S. A.**, nos interrogó solícito:

—¿Algún pariente?

Como el gran hospital es tan gran hospital, mi jefe está mejor. Su voz se ha recobrado como su cuerpo; su voz es otra vez la voz del amo:

—Le espero a usted mañana a mediodía; tráigame los legajos que están en mi escritorio y el memorándum que quedó a medio hacer.

A las dos de la tarde del siguiente día estoy llegando a Baltimore. Hago maquinalmente el recorrido: Washington Boulevard hasta la Calle Greene; la Calle Greene hasta Fayette: aquí la tumba; sobre Fayette, en el tráfico denso del gran comercio, hasta llegar a Broadway, y luego sobre Broadway, tres cuadras más hacia la izquierda, el hospital.

Pero esta vez no ha sido todo tan sencillo; en cierta esquina me detuvo la luz roja del tráfico; la densa masa de viandantes empezó a cruzar transversalmente la calle, y frente a mí, rozando casi el radiador del automóvil, otra vez en traje negro y toda pálida y toda milagrosa, la vi por la segunda vez....

Mis ojos saltaron y se hundieron en ella como arpones, y mi anhelo, tal en un abordaje, saltó también sobre ella; la vi cruzar la calle, la vi subir la acera, la vi...

Me sacó de mi éxtasis el ruido de los **claxons**; el gendarme me lanzó una mirada de enemigo y una expresión que no puede repetirse: la vía estaba franca y yo obstaculizaba el tráfico. Me puse en movimiento poseído de una alegría trepidante; nada me importaba ya; yo sabía donde estaba; yo la había visto entrar en la tienda de la esquina; abandoné mi automóvil en el primer espacio libre que encontré y corrí al almacén. El corazón me daba golpes en el pecho. Con una precipitación angustiosa yo anticipaba la escena inevitable:

—Claudio Margal: mi nombre.

Sombrero en mano, mis ojos en sus ojos para que ella leyese en ellos su destino.

Y entonces:

—¿Eugenia? ¿Isabel? ¿Cristina?

Como las reinas. O acaso:

—¡Beatriz! ¡Ofelia! ¡Margarita!

Como en las grandes obras.

Recorrí el primer piso.

Y luego le diría... le diría que la he estado buscando hace cien años; me nacerían unas ideas parecidas a las orquídeas; pero perfumadas como las lilas o las rosas; y entonces yo se las mostraría inmediatamente y le diría que...

Recorrí el segundo piso; y el tercero y el cuarto y todos los rincones del cósmico almacén: escaleras, elevadores, bandas movibles, y mis miradas que se desmenuzaban en su busca. En el octavo piso se me cayó el sombrero y una señora le puso el pie; no me dio excusas porque yo no le di tiempo; si me da excusas me hace perder medio minuto.

—¡No tenga usted cuidado! —le dije.

Pero ella no me oyó porque cuando se lo dije yo ya estaba en el séptimo.

Una empleada del departamento de perfumes, no sé por qué, me pareció que podría estar al tanto de mi caso, que podría conocerla. Fue no más cosa de preguntarla:

—¿La ha visto usted?

Y antes de que me respondiese, que nunca me respondió, yo comprendí que no podría saber y me alejé de ella.

Muy cerca de las siete de la noche, un celador me dijo que se cerraba el almacén. Salí desencantado y agotado. En mi automóvil encontré una citación para comparecer a la corte del

tráfico; había dejado mi vehículo en un sitio prohibido.

—La multa, quince dólares —me dijo el juez al día siguiente— por ser la primera vez.

Yo, que pensaba en ella, murmuré:

—Es la segunda vez, señor.

III

Serían tal vez las once de la noche, cuando salí del Constitution Hall. Los vientos de noviembre habían terminado de desnudar los árboles. Sentí frío. Instintivamente levanté el cuello de mi abrigo, pero no me decidí a moverme del andén. La multitud hacía comentarios en voz alta, mientras esperaba los automóviles.

Acabábamos de oír el primer concierto de la Orquesta Sinfónica de Filadelfia, y siempre que Stokowsky viene a Washington, hay noche de gala. El programa, para la sorpresa de los aficionados, había sido exclusivamente clásico. Lo más moderno del programa fue Beethoven, y el gran patriarca del pentagrama, el muy ilustre y armonioso Don Juan Sebastián Bach, llenó casi toda la noche.

El auditorio recibió la marejada sinfónica con cierto estupor. Yo creo que el alma moderna, y muy especialmente el alma de los yanquis, es impermeable a los clásicos. Pero Stokowsky ya es distinto; Stokowsky vive en Filadelfia; Stokowsky con todo y su nombre eslavo, es un valor yanqui; y su grupo glorioso es una fuerza que suma intensidad al poderío de esos amables niños enriquecidos. Para los yanquis, Stokowsky es una institución nacional, como la Cruz Roja, como el Ejército o como el **gangsterismo**. Y para el extranjero que visita este país, Stokowsky y su gran orquesta son algo que hay que oír y que hay que ver para no olvidarles ya jamás. Las caídas del Niágara pueden ser más imponentes, pero no más complejas ni perfectas, porque la Sinfónica, más que un grupo artístico, es una voz de la Naturaleza.

El alma candorosa de los niños todavía se estremece al pensar en los tiempos del Viejo Testamento, cuando Dios bajaba entre truenos y rayos para hablar a los hombres. En esa edad todos quisiéramos quitarnos la sandalia frente a la zarza ardiente o ascender al Sinaí para recoger los mandamientos. Pero en estos tiempos, no podemos ver los milagros o no queremos verlos. Aquella noche de noviembre, cuando tenía frente a mí la sombra esbelta de Stokowsky, cuya cabeza de un rubio ceniciento remedaba la lámpara de Aladino, y cuyas manos y brazos ondulaban olímpicamente como si de ellos brotase el melódico acontecimiento, brazos elásticos y manos alargadas y prodigiosas que no necesitaban de la batuta para conducir ni para crear, mi vanidoso escepticismo se derritió como una vela miserable y evoqué la zarza ardiente y aquel sagrado monte, porque me estaba hablando Dios.

Ya casi toda la muchedumbre se había dispersado, cuando salió Pedro Rivero. Venían con él Florence y Bessie. Por todo saludo me cubrieron con un coro de exclamaciones.

—¡Espléndido!

—¡Soberbio!

—¡Único!

Se referían al concierto. Yo les saludé en igual forma:

—¡Único, soberbio, espléndido!

Al acomodarnos en el taxímetro, Bessie ordenó al chofer:

—¡Shoreham Hotel!

El apartamento de Bessie, grande, dorado y frío, parecía un crisantemo. El crisantemo es sólo un esponjamiento de pétalos, no es una flor. Así esta salita endomingada de tapices y de cojines. Pero los **cocktails** de Bessie son perfectos; ella misma los mezcla y ella es quien los sacude. Yo me ofrezco a auxiliarla:

—¡Déjeme hacerlo, por favor!

Ella da saltitos como una chiquilla caprichosa y se niega:

—Si sólo yo los sé agitar...

Y se ríe con todo el cuerpo y me enseña todos los dientes, aún bellos y juveniles, que es lo único que le ha dejado el tiempo. Bessie tiene ya cincuenta años; tal vez más; su melena, ¡gloriosa su melena!, está ya gris. Y sus manos deben haber acariciado mucho porque se han marchitado como las gardenias que se mueren en las solapas o como las orquídeas que agonizan en los corpiños. Florence es aún más vieja y tiene una vejez aparatosa e innoble, se ríe también con todos los dientes, pero sus dientes son grandes y feos. Hoy está llena de perlas como un escaparate de joyería. Me habla todavía de sus citas y de las llamadas telefónicas que le da diariamente un amante celoso; un irresistible amante, exaltado varón, a quien ella no vacilará en sacrificar por mí. Pero son grandes damas.

Tienen una larga historia, varias largas historias: divorcios, adulterios, viudeces y qué sé yo. Deben haber llorado mucho y deben haber reído mucho; las emociones las crucificaron en la vida, las exprimieron, les mostraron su trote y su vaivén, hasta dejarlas en lo que eran ahora: dos pobres viejas frívolas. Se están bebiendo las heces de la vida, pero se las están bebiendo a sorbos. Cuando hace varios meses, Pedro me llevó a visitarlas por la primera vez, al notar mi desencanto por la edad de ellas, me expresó con gran sinceridad:

—¡Grandes mujeres, chico, grandes mujeres! Tal vez su piel no esté ya elástica, pero tienen todavía su hoguerita interior...

Después de cinco o seis **cocktails**, Pedro ha empezado a hablar de Debussy.

—La música de Debussy es el más bello de todos los silencios.

Cojo al vuelo esa frase y no la puedo comprender. Bessie está bailando sola una de esas danzas acrobáticas de Norte-América; una de esas danzas que tienen mucho de Esparta y mucho de circo; una de esas danzas que la dejarán exhausta, con palpitations arrítmicas en el corazón y que no la dejarán dormir el resto de la noche. ¡Pobre Bessie! Florence es más discreta; se recuesta

en mi hombro y me mira con desmayo con sus grandes, claros y absurdos ojos.

A las tres de la mañana bebemos whisky. Pedro y Bessie han desaparecido; Florence está borracha: tiene una borrachera reminiscente:

—Era tan bella... —suspira.

Me habla de alguien a quien ha perdido; de alguien a quien dejó atrás enredada en la vieja madeja de sus años náufragos; tal vez alguna hija... Lloro. Su llanto es fresco y juvenil. Me gustaría oírlo llorar todo el amanecer, muchos amaneceres. En cuanto acabe de llorar yo tengo que rogarla.

—Florence, hazme el favor de seguir llorando... Pero de pronto, en su relato hay algo que me atrae más que su llanto.

—¡Era tan bella! —prosigue—. Me enloquecían sus espaldas y su vientre tan tierno...

Indudablemente que no hablaba de una hija.

—... y tenía un lunar...

Me puse en pie de un salto, la sacudí por los hombros y la pregunté casi gritando:

—¿Dónde tenía ese lunar?

—¡Lo tenía en la espalda!

—¿Y el otro, el otro, el otro?

—Lo tenía en el vientre...

No hablaba de ella, de la mía, de la pálida mujer que estaba trepando mi vida. Florence estaba muy sorprendida; siguió llorando y yo lloré también...

Estábamos muy borrachos.

IV

Como yo tengo mi propia terapéutica, después de nuestra velada en el apartamento de Bessie, decidí aplicarme un tratamiento de soledad y de sombra; me quedaría una semana entera encerrado en mi apartamento. Corrí todas las cortinas y aseguré todas las maderas para hacerme una noche ininterrumpida de siete días; llamé a la oficina para decir que estaría ausente de la ciudad; ordené a la telefonista del hotel que detuviese todas las llamadas; tomé todas las precauciones; no olvidé ningún detalle: estas curas de soledad y de sombra son mucho más beneficiosas para mis nervios exasperados que las curas de aire libre y de sol.

Mientras tomaba un napoleónico baño caliente, mi ánimo se levantaba por momentos como en una resurrección. Me erguí fortalecido por la vigorosa fe e increpé a mi amada desconocida: le dije frases despectivas y humillantes, la traté como a una mujerzuela, me negué a reconocerle su derecho a la vida:

—No eres más que un pobre fantasma; no vales más que una pobre idea, que una miserable obsesión. Ya no te amo y hasta creo que no te he amado nunca. Te desprecio. Has hecho vibrar mi inquietud, no porque valgas algo, sino por un descuido mío. Te hundiré en el arca donde reposan mis cosas olvidadas y te comerá la polilla. O te clavaré como a una mariposa oscura en el muro de mi desdén, y tus alas de terciopelo maldito ya no poblarán de vuelos nefandos mis noches. Me río de tus lunares y de tu palidez.

Ahora mismo ya no estoy seguro de haberte visto antes y acaso no te haya visto jamás. ¿Lo ves? Ni siquiera me has dado la certidumbre de que existes...

Indudablemente que la cura empezaba a operar el prodigio. Me sentía poseído de una alegría piafante, y en tanto que me arreglaba para meterme en la cama, me puse a cantar una canción, una vieja canción que cantan las gentes de mi país.

Dormí muy largas horas. Llamé al botones N° 17, un mulato de Richmond, quien me había ganado la voluntad por su apellido. Se llamaba Joe Washington, y me causaba una sensación hispanoamericanamente maligna el darle mis órdenes: “¡Washington, haz que me lustren los zapatos! ¡Washington, prepárame un high-ball! ¡Washington, tráeme cigarrillos! ¡Washington, quédate con la vuelta! ¡Washington, retírate!”

Me trajo el desayuno, sonriente y servicial como un prócer. Tan pronto como arregló la bandeja, corrió lleno de solicitudes para correr los cortinajes, murmurando:

—¡Lindo día, señor!

Yo le grité:

—Washington, no toques las cortinas...

Durante los dos o tres primeros días de mi cura de soledad, logré obtener la inefable sensación de aislamiento y de olvido; el reloj de la chimenea y mi reloj de bolsillo se habían parado, el uno a las cinco y diez minutos, el otro a las doce y treinta y cuatro. ¿Del día o de la noche? No me importaba: Yo estaba viviendo mi larga y bella noche tranquila.

Pero poco después de aquella calma ingente, vino a mí la reacción. El fantasma tornó a cobrar alientos: su palidez, sus ojos, sus lunares, sus hombros, sus manos. ¿Dónde estaba ahora? ¿Cuál era su nombre? ¿Cómo vivía? ¿Con quién vivía? ¿Quién era ella? Y mil y mil preguntas en que se despedazaba mi ignorancia y mi pasión impotentes; mil y mil preguntas que rebotaban desesperadamente en los murallones ásperos del misterio.

Al quinto día, calculo que sería al quinto día, perdí totalmente el sueño; los baños napoleónicos no calmaban mi angustia; ya no me atrevía a abandonar el lecho y por momentos me parecía que una ola de fuego invadía mis hombros y me daba martillazos en las sienes. Y luego, como rapazuelos curiosos que atisbaban a través de las ventanas de mi vida, vi desenvolverse ante mi fiebre el ejército de los fantasmas: La primera fue Amalia, la prima rubia, dorada niña milagrosa, amor de impubertad, tierno, sencillo, casto; pétalos de una rosa desecados y emparedados en un capítulo de la sintaxis de una Gramática olvidada; una violeta que se quedó pegada como calcomanía sobre las barbas del patriarcal Jehová de mi Historia Sagrada. Y Ofelia y María Marta, novias de la adolescencia, grandes ojos negros, blandos ojos claros, cartas y lágrimas, el primer juramento quebrantado, la primera promesa sin cumplir: sueños..., noches de luna... Y la Nati, la indezuela pulposa que me enseñó la sinonimia dolorosa del amor y la carne: ¡ayer el

enjambre de mis pecados en sus muslos, y hoy mis deseos escarbando su prematura tumba!

Y después... Después, la locura, la fiebre, el desbordamiento, la tormenta de los sentidos, el trote irregular de los instintos encabritados: Juanita, de dientes filosos y largas piernas estranguladoras; Inés, de vientre sísmico, perversa y maternal; Marina la adúltera, cuyos senos no le alzaron nunca el corpiño y que parecía un efebo despreocupado y cínico, repintándose de rojo las violetas pardas de sus pezones; y aquella Julia, nocturnal y exigente, encontrada en una travesía de mar: amor de siete días, amor de puerto a puerto, amor de vaivén y de espumas; y todo el rebaño de hembras apenas gustadas, que me enseñaron la desesperante diferencia entre la carne y el amor: fantasmas borrosos; nombres sin rostro como los fotograbados de los malos periódicos; rostros sin nombre como ciertos cuadros de los museos; los fantasmas que se llevaron en sus manos tibias o en sus bocas ávidas pedazos de nuestras horas, girones de nuestra angustia, hilachas de nuestro deseo saciado e insaciable siempre; fantasmas que desfilan en las noches de fiebre; fantasmas buenos y fantasmas malos: ¡Uno de ellos lleva mi nombre en el vientre nostálgico y en los senos cansados! ¡Fantasmas tristes, rebaño oscuro, pretérito dolor inolvidable!

Pero por sobre todos esos fantasmas, impuso su palidez y sus lunares el fantasma que no ha sido realidad: la sombra desconocida, mi sombra mía, actual y tremenda...

El médico del hotel estaba tomándose el pulso y me miraba con extrañeza; las cortinas estaban corridas, y a través de los cristales del amplio ventanal se colaba la noche lunar que producía reflejos azulinos en las ramas negras de los árboles, manchadas de nieve endurecida.

El botones N° 17, siempre solícito y servicial, explicaba al galeno que yo no había comido hacía tres días, pero que no se trataba de una borrachera. Los médicos de Washington creen que todos los hispanoamericanos residentes allá pertenecen al servicio diplomático, y que todos los diplomáticos ven diablos azules.

Conocía ya aquel viejo galeno y le había escuchado muchas veces su invariable consejo de septuagenario:

—No debe hacerse todo a un tiempo: hay una hora para cada pecado y hay que poner cada pecado en su hora...

Sin incorporarme en el lecho, le di la espalda y lo dejé hablar.

V

Era el último sábado del año. La ciudad estaba toda blanca; había nevado inconteniblemente durante las últimas dieciocho horas; desde las ventanas del apartamento de Perkins, a través de los cristales empañados, podían verse los árboles, la calzada, los hoteles, los campos de grama totalmente envueltos por una blancura fría y solemne. Los amigos tardaban en llegar; algunos habían enviado excusas y no llegarían; el inútil entusiasmo de fin de año los había contagiado; faltaban no más cuarenta y ocho horas para que alborease un nuevo año.

Cuando yo llegué, Perkins estaba ya borracho, con su borrachera protocolar silenciosa y pesada; Norma, su amante, parecía preocupada y no quería hablar. Algún día Norma se cansará de ser la amante del poeta y querrá ser la amante de un hombre, de un hombre con menos alcohol y con menos literatura. Manuel vino, apuró algunas copas, habló poco, ni siquiera se quitó el abrigo y se marchó luego. A las diez quedamos solamente cuatro: Perkins y Norma, la contradictoria Edna y yo. Edna me llamó aparte y me dijo:

—Esto ya se acabó. Norma debe querer poner en cama a su poeta. ¡Vayámonos!

Nos despedimos. Ya en la calle, Edna continuó timoneando mi voluntad:

—Llévame a la calzada del Potomac. ¡La noche está muy bella!

Cruzamos el Puente Taft, rumbo a la Calzada del Potomac. Yo quise bordar una ironía:

—Muy bella noche: tres grados bajo cero, un cielo negro, un viento tajante...!

—Para mí es bellísima —replicó Edna—. Es la noche absoluta, perfecta, definida. La noche debe ser fría, desolada, polar. Las noches de luna son noches adulteradas. La noche debe ser la negación total de la luz, la negación total del calor.

Cruzamos frente a la antipática mole gris del Departamento de Estado; frente a la frívola y equívoca fábrica de la Unión Panamericana; frente al significativo edificio de la Marina. Empezaba el parque. En medio de la tierra blanca y del cielo impenetrable, el monumento a Lincoln instalaba su delicada silueta de templete helénico; el puente de Arlington prolongaba la blancura y el helenismo hacia las riberas de Virginia. Ibamos ya por las orillas del Potomac, desoladas bajo la noche intensa; a lo lejos se prolongaban los focos de la calzada, copiándose en las aguas inmóviles; los cerezos japoneses, a nuestra izquierda, multiplicaban la desnudez de sus ramas.

Yo empecé a sentir el encanto de la noche perfecta, de la noche-noche. Una onda de ternura me arañaba dulcemente el pecho, y el hombro de Edna, que descansaba gratamente sobre mi hombro, ayudaba a calentar la marmita donde suelo poner en ebullición mis confidencias. Suavemente detuve mi automóvil, interrumpí el motor y apagué las farolas. Edna, en su éxtasis como si estuviera viviendo dentro del corazón mismo de su noche perfecta, no me dijo nada ni cambió de postura. Yo inicié entonces mi confidencia y me volqué en su corazón sin violencias; le hablé como un niño que hablara a su madre; como un niño cansado que no pudo coger mariposas en los jardines; le detallé mi caso, mi pasión, mi grande amor; pormenoriqué mis angustias por la amada inalcanzable; le pinté el tormento inquisitorial que me hacía sufrir la busca de aquella mujer, la única mujer, mi mujer, la deseada, la esperada, la hembra innominada e irreal. ¿Dónde viviría? ¿En Washington? ¿En Baltimore? ¿Acaso era ya ajena? ¿Acaso ella me esperaba también?

Por una hora vertí todo mi haber emocional, todo mi tesoro sentimental, toda mi fiebre instintiva, toda mi vibración íntima, todo mi anhelo, mi sueño todo. Todo lo vertí en aquella hora perfecta, dentro del misterio de aquella noche tan noche, con una sed inenarrable de ser consolado.

Edna se irguió lentamente; lentamente me volvió su rostro comprensivo y yo me di cuenta de que la palabra balsámica iba por fin a cubrir la crueldad de mi llaga. Me clavó sus ojos tranquilos y me preguntó:

—Y ¿no le has puesto nombre aún?

Y como yo no comprendiera lo que quiso decir, continuó:

—El fondo no es original; ya otros abordaron ese tema; ya se conoce. Pero su forma es nueva, tiene calor, me gusta. Yo creo que debes publicarla, porque la forma es lo esencial.

Sentí deseos de estrangularla.

—Pero ¿no te das cuenta de mi dolor? —la dije casi gritando—. ¿No comprendes que no es literatura sino vida? ¿No ves que me ha llegado el grande amor, el amor perdurable, la pasión ingente que trenza los instintos a las cosas espirituales? ¿No comprendes que el encuentro de esa mujer es una necesidad fundamental para mi vida toda?

Hubo un corto silencio antes de que ella volviese a hablar. Se había recostado nuevamente sobre mi hombro. Sus ojos parecían inmovilizarse sobre el cristal del río inmóvil. En sus labios parecía flotar una sonrisa.

—¡Arquitecturas cerebrales! —exclamó casi con repugnancia—. En nosotros todo se ha reducido a eso: a arquitecturas cerebrales. Hemos desnaturalizado lo natural. Nos hemos desnaturalizado nosotros mismos. ¿Qué tienen que ver la pasión y el instinto con nuestra manera de amar? Pertenece a una casta artificial, desconectada de lo humano, desconectada de lo permanente, desconectada de la especie. Somos haces de nervios fatigados y enfermos. ¿Cómo podría la naturaleza encontrar en mí una madre? ¿Cómo podría encontrar en ti un padre, el macho protector de la hembra y la prole? Encontrarías tú a esa mujer, únicamente para convencerme de que no era ella la mujer que buscabas, porque no existe esa mujer, como no existe ya ese hombre para nosotras. Aman los campesinos; tienen instintos los obreros; la especie aún confía sus mandatos a los comerciantes; pero no podría confiar sus mandatos a los que nos hemos desertado de la Naturaleza. Se ha formado ya un mundo irreal, el mundo nuestro, contrapuesto al mundo real. Y lo que llamamos nuestros instintos, nuestras pasiones y nuestra humanidad, no son más que remedos de instintos, remedos de pasiones, remedos de humanidad. Todo es artificial en nuestra vida: vivimos en un plano de indiferencia moral: somos estériles, física y moralmente estériles, o mereceríamos serlo. Pero tengamos al menos el valor de reconocer la inutilidad de nuestra inútil función en el mundo...

A medida que Edna hablaba, sus palabras adquirían en mis oídos la insistente crueldad de un inclemente trépano. No quise o no pude decirle nada. Encendí las farolas del automóvil, puse a andar el motor y seguí dándole la vuelta a la calzada para regresar a la ciudad. Crujía la nieve bajo la goma de las ruedas. Por un claro de los árboles vi la silueta imponente del monumento a Washington, padre de la inmensa nación; el obelisco, iluminado desde abajo por los poderosos reflectores, alzándose en la noche negra, parecía la imagen de un Ku-Klux-Klan, y sus ventanillas semejaban dos ojos insomnes que velasen sobre la conciencia de Yanquilandia.

Al llegar a la puerta, Edna, con el más insinuante de sus gestos, poniendo su suave mano enguantada sobre mi hombro, me invitó:

—Entra conmigo. Todavía es muy temprano. Te prepararé una taza de café.

Acepté y entramos. Edna se despojó de su abrigo y fue a buscar el **percolator**.

Sobre la chimenea había un marco de ébano desde donde sonreía el Teniente Parkhurst, muerto en la Guerra Mundial. El Teniente Parkhurst, al morir, dejó una viuda, Edna; una hija, Didine, y una pensión. Retiré mis ojos con disgusto de aquel cuadro, porque la sonrisa del Teniente

siempre me fue desagradable.

Edna se arrellanó a mi lado, en el diván amplísimo; se rodeó de cojines y encendió el cigarrillo que le ofrecí.

Nuestra conversación se hacía difícil. Algo se había interpuesto entre nosotros. Edna comprendía que me había disgustado su comentario, pero no parecía arrepentida de haberme dicho lo que pensaba. De pronto, se abrió sin ruido una puerta del fondo y Didine apareció en el umbral. Vestía unos **pijamas** de un azul oscuro, casi negro. Su melena rubia revuelta y sus ojos adormilados la daban un doble encanto. Al pasar junto a mí me extendió una mano y fue a recostarse sobre el regazo maternal. Sus quince años de niña atlética, sana, recién núbil, resaltaban turbadores bajo la seda pesada de los **pijamas**. Edna la rodeó los hombros con su brazo y empezó a reprocharla cariñosamente:

—¿Cómo te quedas tan tarde sin dormir? ¡Mi nena, mi nena dulce!

Didine se dejaba acariciar como una gata familiar. Luego levantó el rostro encendido hacia su madre, arqueó los senos menudos, y le ofreció la boca: se la ofreció entreabierta, rendida, total. Edna vaciló un instante, como turbada por mi presencia, pero en seguida, con una avidez incalificable, la besó, la besó...

Recogí mi sombrero y mi abrigo, y salí sin volver la cabeza.

VI

Cuando salí de Washington, los árboles estaban cubriéndose nuevamente de hojas. En algunos jardines los tulipanes formaban círculos y estrellas en los campos cubiertos de grama tierna. La primavera ponía su dedo mágico en todas las cosas.

Pero las circunstancias que rodearon mi partida hicieron de ésta un acontecimiento para mí muy penoso. Abandonaba la bella capital dejando en ella todas las posibilidades de encontrar a mi desconocida. Me llevaba mi esperanza hecha andrajos, mi anhelo en piltrafas, mis sueños despedazados. ¡Cuánto había ansiado yo mi traslado a Europa! ¡Cómo me habían parecido ignominiosamente lentos los meses y los años que transcurrieron sin que llegase mi hora de salvar el Atlántico! Y ahora que el momento había llegado, todo mi afán era permanecer en esta América donde vivía la mujer inalcanzada y sin nombre.

Mis últimas semanas en Washington habían sido de una dolorosa inquietud; todas mis horas libres las dediqué a su busca; todos los días renovaba mi andanza inútil; todos los días visitaba los lugares donde ella podría estar y aún aquellos donde me parecía imposible que ella estuviese nunca. Me recogía a mi apartamiento agotado, anonadado, desencantado, pero vencido no. ¡Ah invierno tan largo y tan cruel!

Desde que Edna acogió mis confidencias con su crueldad y su cinismo, mi dolor y mi angustia se centuplicaron porque no podía compartirlos con nadie. Mi espíritu se recogió en sí mismo y no me sentía dispuesto a permitir que mis amigos profanasen con su frivolidad o su irrespeto aquello que para mí era sagrado entre lo sagrado.

Aquella noche, al llegar a Nueva York, me fui directamente al hotel y ya no salí más. Me sentía como el jugador que ha perdido en un solo albur toda su fortuna o como el coleccionista de objetos de arte a quien se le ha caído de las manos una porcelana inapreciable y se le ha hecho añicos a sus pies. ¡Era lo irremediable! Me parecía encontrarme fuera del tiempo y fuera de la realidad.

Al día siguiente y como el vapor no zarparía sino hasta las dos de la tarde, quise aprovechar la mañana visitando el Museo Metropolitano, no me atraía el Museo en lo general, sino una obra sola. Su contemplación sería como una anticipación de la Europa que yo tenía en mi cabeza: no la Europa rapaz de los Mussolinis; no la Europa brutal de los colonizadores; no la Europa calculadora y comercial de los buscadores de mercados, pero sí la Europa luminosa de los pensadores y de los artistas.

Crucé las amplias salas de la prodigiosa institución; tenía que hacer un esfuerzo para no detenerme ante los maravillosos tesoros que allí se guardan; la Mano de Dios de Rodin, fue lo único que me robó un cuarto de hora intenso...Y por fin encontré lo que buscaba: El Salero de Benvenuto Cellini... ¡en aquella joya milagrosa empezaba mi Europa!

El trabajo es un delicado capricho en oro y esmalte; le sirve de soporte una tortuga de unas cuatro pulgadas de longitud, cuya concha está esmaltada a cuadros negros; exactamente sobre esa concha hay un dragón, más bien en actitud de agresión que de vuelo: sus alas levantadas, las garras abiertas, roja su lengua que brota como una llama de las fauces diabólicas, la cola retorcida en un anillo como de serpiente; el esmalte de la cola es color de cantárida; descansando directamente sobre las alas y sobre la cola del dragón, hay una valva de ostra, de oro macizo, sin esmaltes, con su concavidad hacia arriba; y en el pegue de la valva se yergue una inefable esfinge, tocada su cabeza con un turbante egipcio, franjeado de vivísimos colores entre los que predomina aquel azul faraónico, que tiene mucho de añil y mucho de violáceo; el pezón de los diminutos senos es prominente, y en las ancas de leona y en las garras el color de cantárida torna a imponer su fiebre...

Mis ojos se agrandaban ante aquella creación del genio perdurable. ¿Dónde la concebiría el impetuoso artista? ¿Fue en la Roma de Julio 11? ¿Fue acaso en la Florencia milagrosa del Magnífico? ¿Sería en la corte de aquel Valois que no perdió el honor? Benvenuto debió concebirla y realizarla entre un beso y una puñalada, porque fue entre crímenes y amores que se impuso al mundo el signo viperino y aquilino de aquel genio.

Dos horas largas mis ojos se concentraron infatigados sobre el prodigio y paulatinamente alzó y tomó formas en mi espíritu su recio simbolismo: Benvenuto nos legó en esa joya su concepto de la vida, un concepto que ha venido flotando sobre los espíritus superiores, desde el principio de los tiempos, que pasa rozando las frentes iluminadas y que se perderá en las brumas de los siglos futuros: la tortuga representa el paso lento de la vida del hombre, la tardía seguridad de las cosas reales, sobre la cual, el dragón es la fiebre, la inspiración, las fábulas del espíritu, la filosofía, el arte, los divinos engaños con que pretendemos ponerle alas a la tremenda lentitud inevitable... Y la valva de oro sólido es el recipiente donde ponemos nuestra sal, nuestra

elección, la sal que es a la vez el signo de la maldición y la purificación; coronado todo por la Esfinge, por el silencio inmutable, por la respuesta que no se nos da nunca, por el velo impenetrable que no podremos desgarrar...

Las horas apremiaban y salí del Museo. Un taxímetro me transportó hasta los muelles del río; como mi equipaje había sido enviado ya desde el hotel, me deslicé entre la inmensa muchedumbre que llenaba el embarcadero; la muchedumbre de los que se alejaban y los que se quedaban; nudos que se desataban llorando, como en el nacimiento de los hombres o como en la agonía de los hombres.

Mas para mí no tenía significado todo aquello; mi verdadera partida había ocurrido en Washington; aquí nadie vendría a decirme adiós y nadie me esperaría al final de mi viaje. Llené maquinalmente las pequeñas formalidades y me hice conducir hasta mi camarote, pero como me oprimía el pecho una emoción que no podía definir, decidí presenciar la faena del desatraco. Estaban soltando ya las amarras; el inmenso transatlántico empezaba a despegar; los remolcadores le ayudaban como niños que conducen a un ciego de la mano; el gigante del mar, el caminador de las tempestades, no podía moverse en las aguas estrechas... Ya el barco estaba girando sobre su eje, ya desatracaba, estaba libre ya. Sus movimientos eran lentos pero seguros. Cientos de pañuelos agitaban el aire desde los puentes y desde el muelle. En diferentes lenguas cientos de voces se mezclaban trenzando ese rumor inconfundible de las despedidas de los grandes vapores. Iban y venían las palabras; algunas frases no llegaban ya y otras llegaban mutiladas como los clásicos mármoles. Pero en cambio, llegaban los ojos húmedos y llegaba el signo blando de las manos.

De pronto... de pronto, entre la inmensa muchedumbre que se amontonaba en el muelle, la vi por última vez. Sus ojos estaban agrandados por el magno cristal de las lágrimas, y en sus manos un pañuelo menudo se agitaba desconsoladamente... ¿para quién?

Sin fuerzas para soñar ni para desear, derrotado al fin, empecé yo también a agitar mi pañuelo, pero mis ojos se quedaron secos, como mi boca y como mi vida.

¡Era un fantasma! ¡Fue no más una sombra!

Me sentí solo, tenebrosamente solo. Todas las sombras de mi vida me arañaban el corazón.

Todos somos sombras: Pedro, Manuel, Aurelia, Rosalmira...

...y tú, la Inalcanzada,

y yo, Claudio Margal...

1932

Fuente: Martínez Galindo, Arturo. 1996. Cuentos Completos. Tegucigalpa, Honduras. Edit. Iberoamericana. 199 p.

8.5 La familia de Jacinta

Por: Marcos Carías Reyes

A la edad de catorce años la estupro un chofer. Pasada la primera dolorosa impresión, Jacinta encontró aceptable seguir en relaciones amorosas con aquel hombre. No vivían bajo un mismo techo, sencillamente porque Jacinta no era la única y porque Manuel no disponía de dinero para mantener a una familia. Así como ésta había tenido a otras y las había dejado: muchachas campesinas que viven a orillas de las carreteras y que se consiguen con un ligero paseo en el carro, paseo del cual regresan mujeres y con la semilla de un hijo. Trabajadoras de la ciudad que se conquistan en las lunetas de los cinematógrafos o en los mercados. La historia es vulgar y no era Manuel ningún perezoso. Corría con su camioneta, bebiéndose los vientos, y al pasar por algún lugar, voces de timbre argentino y tierno, llamaban:

—¡Papá; papaíto!

Reía él, con risa de macho orgulloso de su obra y si los pasajeros interrogaban, respondía ufano:

—¡Así se van dejando... por los caminos!

El garboso y pícaro chofer trastornó el seso a Jacinta. Ella había visto transcurrir sus primeros años como hija de casa pudiente. Comía y dormía bien. Su trabajo tenía poca importancia: cuidar de un chico travieso y enfermizo. Las voces de la patrona le electrizaban los nervios:

—¡Jacinta, que no se moje el niño!

—Sí, señora.

—¡Jacinta... que se cae el niño!

—No, señora.

—¡Jacinta... el niño se moja y tiene catarro!

Aquel ¡Jacinta, etcétera! Lo oía invariablemente desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche, hora en la que el pequeño se dormía.

Los patrones eran buenos con ella. Si enfermaba, dábanle medicinas; aprovechaba los caprichos del chico para ir al cinematógrafo; los domingos por la tarde tenía feriado y podía salir de paseo con sus amigas; la patrona le regalaba sus vestidos pasados de moda y con ellos Jacinta lucía como una señorita del centro. No era penosa ni triste su vida.

Pero ella oyó el canto de las sirenas y se entregó. No salió de casa de sus antiguos patrones, quienes después de una buena reprimenda al saber que se hallaba embarazada, consintieron en que siguiera con ellos. Al noveno mes, Jacinta fue al hospital público y en aquella sala llena de parturientas pobres vio la luz del sol, por primera vez, su hija Teresa.

Una semana más tarde estaba de nuevo entregada a su faena, con la diferencia de que ya no tenía que cargar al niño, porque éste había crecido y caminaba perfectamente. Desde meses antes, ella

había subido al rango de criada de adentro y endureció sus músculos barriendo y trapeando pisos. La pequeña Teresa dormía dentro de un cajón sobre un hacinamiento de trapos sucios; a veces chillaba terriblemente y entonces Jacinta le llevaba un chupón de dulce...

El ingreso de Teresa en el mundo de los vivos no tuvo ninguna importancia; no causó la más mínima sensación. A Jacinta no la sorprendió, ni alteró su modo de ser y de vivir. El único comentario que tuvo el nacimiento de la primogénita fue el de la cocinera, excombatiente en lides de amor, quien dijo:

—¡Vaya, Jacinta! ¡Pronto principiás!

Jacinta reía, hacía su oficio, daba el pecho a la pequeña. Su cara morena y sus muslos prietos estaban en sazón.

Tal como lo predijo la maritornes, cuando Teresa cumplía su primer año, Jacinta hizo otra gracia. El asunto no ofrecía complicaciones. Ir al hospital, internarse en la sala de maternidad y esperar el momento. Aquello era la cosa más simple del mundo. Jacinta se mofaba de las mujeres que hacen tanto aspaviento y que chillan mucho para dar a luz.

Crecían Teresa y Julián al abrigo de los hospitalarios aleros de la casa pudiente. Con el espíritu de las buenas gentes de antaño, madrugadoras y chocolateras, los patrones seguían perdonando a Jacinta sus aventuras. Al fin y al cabo, los chicos para algo servían; pero el diablo tentó a la mujer y una noche salió para no regresar. Había encontrado un nuevo amor; y su hombre, más caballero que Manuel, alquiló un cuarto para vivir con ella. Teresa fue al poder de su abuelita paterna y Julián quedó bajo la bondadosa tutela de sus antiguos patrones.

Rama de veinticinco años, Jacinta había retoñado seis veces. Tenía esa maravillosa condición de las mujeres pobres: ser fecunda. Dos retoños secáronse prematuramente. Jacinta no supo de qué murieron sus hijos, ni los vio médico alguno. Quedábanse fríos en sus brazos, o sobre el jergón hediondo a orines. Jacinta lloraba sobre el cuerpecito muerto. Era su hijo y... ¿acaso no era ella una mujer y una madre como cualesquiera otras?

Los tiempos fueron volviéndose duros. Jacinta trabajaba como una mula para poder alimentar y vestir a los hijos. El alimento consistía de una tortilla con frijoles y sal. Si la amparaba la suerte, logrando trabajo con gente sin tacañería ni mal corazón, la familia de Jacinta se daba la grande vida. Pero con tantos hijos no la querían admitir en ninguna parte y se veía obligada a pagar casa. La casa se componía de una sola pieza de madera en cualquier suburbio y de un solar común con los demás inquilinos. En promiscuidad con vagos, ladrones o simples jornaleros, crecían los retoños de Jacinta, excepto Julián que seguía en la casona solariega. Julián asistía ya a la escuela pública y después de cursar la primaria entraría a un taller para aprender un oficio. Quizás no llegase a ser un grande hombre, pero sí un hombre útil.

La menor de las hijas tenía menos de un año y lloraba día y noche, de pura hambre. A Jacinta se la había secado la leche y ese precioso líquido no se consigue regalado. Teresa quedaba cuidando de la pequeña, mientras Jacinta gastaba sus pulmones trapeando pisos, o se quemaba la cara en las estufas y fogones. Ya de noche regresaba a su tugurio y deshecha, molida, se echaba al suelo, que era su lecho. Si los dos pequeños pedían algo, Jacinta se enfurecía y los golpeaba. Otras veces

derramábase en ternuras, abrazando aquellos niños famélicos.

—¿Qué quieren?... Les he dado lo que pude traer... Yo no he comido nada.

Esta era la vida de Jacinta. Algunos días encontrábase con Manuel; el chofer seguía siendo el mismo: bebedor, despreocupado y tenorio. Seguía dejando hijos... por los caminos y en las calles.

Había tenido muchos hombres de diferentes condiciones. Los hombres pasaban y le dejaban los hijos. En sus momentos negros odiaba a aquellas criaturas; pero nunca tuvo entrañas para dejarlas abandonadas sobre una acera, cuando estaban recién nacidas, ¡eso no!

Don Federico, comerciante acaudalado y solterón irreductible, era muy generoso con Jacinta. Siempre que acudía a él obtenía pequeñas dádivas. Muchas veces la familia comió con el “tostón” de don Lico. Jacinta lo bendecía.

Aquella tarde la pequeña ardía en fiebre. Jacinta lloraba en silencio. Teresa y César, inmóviles junto a la tarima, abrían tamaños ojos sin decir palabra. A medio día llegó Julián en una de sus frecuentes visitas. El muchacho solía ir a verles y les llevaba dinero. Ese día no llevó. Desesperábase Jacinta porque no disponía de monedas para pagar a un médico y comprar remedios. A la oración abordó al comerciante en la plaza:

—Don Lico, se me muere Tomasita. Présteme algo, ¡por favor!

—Que venga Teresa...

A las siete de la noche, Jacinta díjole a la muchacha:

—Andá donde don Lico, me va a prestar para el médico.

Fuese la hija. Transcurrió una hora. Jacinta no se impacientaba. Arrullaba con un débil resto de ternura que florecía en las breñas de su corazón vuelto áspero por la vida al pequeño ser que se moría.

Pasadas las ocho regresó la hija. Traía quince pesos. Dióselos y ella notó que temblaban las manos de la muchacha. Miróla fijamente. Hizo que su mirada le penetrase cuerpo y alma. Teresa bajó la vista. Y Jacinta, arrullando a la niña enferma, agobió la cabeza y recordó a otra muchacha, menuda y morena, que pasaba sus días felices bajo los aleros de una casona colonial.

Fuente: Carías Reyes, Marcos. 1996. Cuentos Completos. Tegucigalpa, Honduras. Edit. Iberoamericana y Edit. Guaymuras. 347 p.

8.6 Los Piojos de la Patria

Por: Eliseo Pérez Cadalso

Hasta el salón de sesiones del Congreso Nacional llegó una exposición suscrita por los mineros de “El Quebrachito”, pintando con fotográfica amargura la situación en que trabajaban, y pidiendo mejores condiciones:

“Entramos a la mina a las tres de la mañana y no salimos de ella hasta las cuatro de la tarde. Nunca vemos el sol: vivimos en la perpetua noche. Los trabajos están a una profundidad de tres mil metros, donde la humedad causa derrumbes constantemente, sin que la Compañía se preocupe en instalar un buen sistema de ademes para contenerlos. A veces nos llega el agua arriba de la rodilla, especialmente en invierno, razón por la cual nos suele atacar el reuma, pues dada la miseria de nuestros salarios no podemos comprar botas impermeables. Los compañeros muertos en los últimos días alcanzan número considerable entre reumáticos, aterrados, tuberculosos y silicosos. Los pagos no se hacen en moneda legal como manda la Constitución sino que en mercaderías al precio que fijan los patrones, y sale sobrando decir que jamás hemos comprado un segundo vestido...”

“Casi todos los firmantes tenemos familia que mantener. La empresa nos aloja en barracones inmundos, sin servicios de ninguna clase. En cada barracón viven hasta ocho y diez personas, teniendo que dormir unas encima de otras, como animales. La huelga del año pasado era justa; pero el Gobierno de la República, considerándola como sedición, la sofocó por medio de los fusiles, ahogando muchas vidas. Necesitamos, inaplazablemente, un sistema de leyes de trabajo y seguridad social...”

Tal el contenido de algunos párrafos. La comparecencia de los mineros terminaba así: “Pero para que los Honorables Padres de la Patria adquieran una visión exacta del problema, muy respetuosamente les rogamos hacer una visita a este centro de trabajo”.

Mientras el pliego pasaba a la respectiva comisión para dictamen, el diputado Carmelo Gámez, alias “El Amigo de los Pobres”, salió precipitadamente a informar de los hechos al gerente Rubio, quien, visiblemente preocupado, preguntó:

—¿Y qué podemos hacer?

—Pues gestionar pa que nombren una comisión de diputados amigos.

—¿Y cómo se logra eso?

—Con esto, mire... (hizo señal de dinero). Si usted me da diez mil pesos, yo me encargo de ese trabajito.

—Convenido.

El diputado negroide salió loco de alegría. Culminaba en él una vieja aspiración, cual era ganarse la simpatía del amo blanco, desconociendo que éste lo despreciaba hasta el fondo por su composición racial, que era: 70% negro y el resto indefinido.

La regla es que la gente de color tiene siempre el alma blanca; pero el hombre de nuestro cuento era tan obscuro por dentro como por fuera. Comenzó a planear. Pediría al presidente de la Cámara, a quien ofrecería una cena suntuosa, que nombrara una comisión integrada por Teófilo Andrade, Rosendo Núñez y él, ya que tales sujetos estaban a sueldo de la Compañía.

Pasó la cena —que no fue la última por cierto— y el diputado Gámez presidió la comisión legislativa para visitar las minas de “El Quebrachito”.

Carmelo Gámez tenía una historia fea, tan fea como su figura. Porque era feo hasta llegar al abuso. Además de prieto tenía una expresión harto repulsiva. Al reír mostraba una total dentadura de oro. Usaba sombrero pajizo y, con un aire mecido al caminar daba la sensación de una hamaca en movimiento, por la enorme barriga, vale decir, el arca de sus más caros ideales...

Algunos compañeros de Cámara acostumbraban jugarle bromas de mal gusto; pero “El Amigo de los Pobres” las tomaba como reflejo de su arrolladora popularidad. Entre otras cosas, contaban que cierta vez, yendo de propaganda diputadil, llegó a una aldea seguido de su comitiva. A fuer de personaje central, ofrecieron una chinchorra para que descansara mientras preparaban el almuerzo. Dándose aire estaba cuando un mocoso de la casa, al verle la barriga prominente, se le acercó meloso:

—Diputado: ¿verdá que cuando usted tenga chanchitos me va a regalar uno?

El día señalado para la inspección, los tres visitantes salieron rumbo al lugar de los sucesos. Mejor dicho, los sucesos vienen después y pronto ustedes los conocerán. El diputado-jefe había enviado previamente un mensaje a los jefes de la empresa, anunciándoles la llegada. A media legua de los trabajos se toparon con una delegación de funcionarios y empleados de la misma, quienes allí nomás ofrecieron champaña y whisky a tan ilustres parlamentarios, llevándoselos después al sitio que se les había reservado. Era casi medio día.

—¿A qué hora visitarán la mina?

—Después de almuerzo —respondió Gámez—. ¿Qué les parece, muchachos?, dijo dirigiéndose a sus colegas.

—¡Okey!, —contestaron los otros, ya carones por los tragos.

Los brindis prosiguieron. Se bebió y se habló de todo, menos del asunto principal. Los padres de la Patria, que jamás abrían la boca en las sesiones, aquí si hablaban como cotorras al calor de la embriaguez. Luego pasaron a devorar un pantagruélico almuerzo que duró más de tres horas.

Atardeciendo, dispusieron ir a la mina. En llegando, vieron a los trabajadores en fila, ya afuera de las cavernas. Lástima. Porque dentro de ellas estaba lo peor del drama. Rodeando a los trabajadores yacían sus mujeres y sus niños, escuálidos y pensativos, hechos una trenza de silencio. Observando con cuidado, se habría descubierto la presencia de numerosos matasietes disfrazados de mineros, encañonando a los quejosos... ¡ay del que hablara mal de los patrones!

“El Amigo de los Pobres”, en vez de acercarse a la masa sudorosa y esforzada para hablar directamente con ella, dio en considerarla como la multitud propicia al discurso:

—“Hemos venido ante el reclamo de ustedes a favorecerlos en todo lo posible porque somos los verdaderos hombres del pueblo. Pero ustedes no se lo merecen; no reconocen lo bueno que son estos señores (señalando al gerente y demás directivos). La Compañía hace un verdadero sacrificio para pagarles a ustedes más que a los chapiadores de la Costa Norte, más que a los campistas del sur y más que a los indios de Intibucá... y todavía se están quejando... ¡babosos!...”

Y lo que el padre de la Patria, en su olímpico disgusto, fue pronunciando enseguida, es para no repetirse, y sólo podemos traer al recuerdo el período final de su discurso, el mismo que cien veces había espetado a sus adversarios durante la campaña electoral. Por cierto que le había costado un mundo prepararlo y aprendérselo de memoria, y esta vez no iba a perderse de declamarlo ante los hombres rubios, porque éstos eran desde ya sus grandes benefactores:

—“La patria es como un organismo. Ese organismo lo componemos todos. Pero mientras unos somos buenos, otros son pícaros e ingratos. No les gusta trabajar. Sólo viven pidiendo mejor salario para seguir panza arriba. Ustedes son los parásitos de la nación. Son los piojos de la patria, y pronto les va a caer el peso de la ley por insubordinados”.

La furia del orador cobró contornos aterradores. Su rostro, su feo rostro de charol, se transfiguró, llegando al color ceniza. Para apagar su llamarada fueron menester varios dobles de Bucanan... Sabedor del dominio que había logrado sobre aquel ámbito de miseria, de ignorancia y estupor, remachó:

—Mejor me voy; no vaya a ser que me toque patear a alguno...

La comitiva de empleados acompañó a los representantes del pueblo hasta el apartamento que ocupaban, en el mismo edificio de la empresa.

Ni los hombres ni las mujeres bosticaron palabra. Aún no salían del asombro. Sólo un panzoncito preguntó a la india, su madre:

—Mama, ¿cómo es la patria?

—Pues... muy buena y muy bonita.

—¿Así como la virgencita de Suyapa?

—Así mero.

—¡¡Ahhh!!

Estaba satisfecho de haberlo comprendido todo. Mas, quien nada comprendía era la nana.

—¿Por qué preguntás, mijo?

—¡Porque como dicen que ese señor es padre de la patria, yo tenía miedo de que la patria se pareciera a él...!

La noche —la perpetua noche— el frío y el hambre, que por momentos se habían retirado en contubernio de complicidad, cerraron nuevamente su círculo macabro en la antesala del cementerio.

Fuente: Pérez Cadalso, Eliseo. 1996. Achiote de la Comarca. In: Hondulibros No. 3, 24 de noviembre de 1996. Diario El Herald, Tegucigalpa, Honduras.

8.7 El Árbol de la Discordia

Por: Alejandro Castro, h.

El árbol había ocupado primeramente el centro de la plaza, tapizada de césped. Refugio de taciturnos semovientes hostigados por el sol; amparo de vecinos platicadores cuando el estío envolvía las casitas del pueblo en ondas de fuego, ya nadie recordaba quién lo había plantado ni se tenía nociones de su edad. ¿Lo encontraron allí los primeros moradores, eligiéndolo como ángel tutelar del pueblo, o lo implantaron deliberadamente en el centro de la plaza, como un culto primitivo a las fuerzas de la naturaleza? Lo cierto es que el frondoso guanacaste amanecía siempre condecorado de nidos trinadores y que en las tardes arropaba entre sus verdes hojas la melancolía titilante de los luceros.

Todos amaban al guanacaste del pueblo. Entre sus viejos recuerdos, cada habitante reservaba un lugar para el árbol amigo. Sus fuertes ramazones eran columpio de los niños; su sombra acogedora, remanso de enamorados; sus misteriosas voces nocturnas, inspiración de la leyenda popular. Bajo su copa hubo bailes y meriendas, como en una resurrección de clásicas edades. Entre sus robustas raíces tenían su habitáculo vaporosos fantasmas, cuyas formas sólo sabían discernir los ojos agoreros de las viejas. Valientes campeones se habían macheteado a sus pies, abonándolo con sangre turbulenta, y en los días patrios era el templo bajo cuya bóveda resonaban el verbo tremante del Secretario Municipal y los candorosos himnos de los escolares.

Cuando Miraflores empezó a progresar, con esa calma milenaria que tienen en su paso los villorrios de Honduras, sobre la explanada verdeante del pueblo —mantel suntuoso para el rumiar epicúreo de los asnos mostrencos— fueron apareciendo materiales urbanos acumulados por el genio edilicio de los líderes lugareños. Desde entonces, a la plaza se la llamó parque, y también desde entonces el sitio perdió todo su encanto, porque el artificio con que se sustituyó su gracia natural no poseía siquiera el atractivo del arte. También el rumoroso guanacaste se municipalizó. Ciertamente que los ediles le permitieron seguir presidiendo las asambleas de los mirafloreños, pero mutilaron su grandiosa fuerza elemental ocultando sus raíces bajo una masa de cemento y vistiéndolo su venerable tronco con un odioso calcetín de pintura blanca. Si hasta muchas de sus ramas, brazos paternos que se agitaban sobre el pueblo en perfumada bendición, fueron entregadas al hacha del verdugo, porque estorbaban la construcción de un kiosco desde el cual una murga estrepitosa había de relevar en sus funciones artísticas a la orquesta de los pájaros...



¿Cómo fue; por qué proceso inadvertido el guanacaste llegó a ser un elemento actuante en las pasiones de Miraflores? Estas cosas son difíciles de precisar, pero lo cierto es que, con el tiempo, los sentimientos de las gentes en torno al árbol experimentaron un cambio notable. Ya

no era amado por todos. Unos lo odiaban con el rencor de sus instintos mal disimulados y otros se habían constituido en sus defensores, menos por afecto que por la necesidad de encontrar un pretexto para aborrecer a la facción contraria.

Según la opinión de personas que recuerdan estos episodios, la tormenta empezó a formarse cuando fueron cortadas las primeras ramas para hacerle espacio al kiosco de marras. El eco de aquellos hachazos resonó en los oídos de algunos honrados vecinos como un verdadero sacrilegio; pero a otros, más oportunistas, la ocasión les pareció que ni pintada para lanzar al señor Alcalde y sus secuaces ataques de una feroz virulencia. Los poetas de la oposición dieron en entonar loas al árbol “representativo de nuestra libertad”; los historiadores del mismo bando publicaron sesudos trabajos sobre los posibles orígenes de aquel majestuoso representante del reino vegetal y los naturalistas de la bandería disertaban en las esquinas sobre las bondades de las plantas. Cada ataque de los adversarios encontraba en el señor Alcalde y compañía —a quienes ya se designaba como el grupo de los “arboricidas”— la consecuente respuesta. Los ediles buscaban disculpas curialescas para maltratar al airoso guanacaste, que se vio así sometido a nuevas mutilaciones ya desempeñar humillantes oficios, como el de poste de telégrafos. En el tronco robusto empezaron a aparecer señales sospechosas, indicadoras de que agentes pagados por los señores del Ayuntamiento procuraban dañarlo para debilitar sus fuerzas vitales. Cuando esta sospecha se difundió, ambos partidos establecieron servicios de vigilancia y contraespionaje, actividad que explicaba el origen de esas sombras sigilosas que en altas horas de la noche rondaban en torno al guanacaste, como presagio de futuras desgracias. Un día vino en que las cosas se enconaron tanto, que los honorables miembros del gobierno local habrían dado su hacienda por ver aquel lustroso follaje convertido en leña y en que sus enemigos, correspondiendo a sus buenos deseos, gustosos habrían sepultado a toda la cámara municipal al pie de aquella enhiesta y musical pirámide.

Situaciones como las que se habían suscitado en Miraflores no pueden prolongarse indefinidamente. Se esperaba que cualquiera de las partes adoptase una decisión heroica y fue la honorable municipalidad la que tomó la iniciativa, cansada de aquel *statu quo* en que casi siempre llevaba la peor parte. Después de haber circulado una sangrienta caricatura en que el señor Alcalde aparecía —una implacable contorsión homicida en el rostro— hendiendo con un hacha el corazón del guanacaste, que bañado en lágrimas le suplicaba misericordia, la Corporación decidió actuar. En la junta extraordinaria celebrada al instante —durante la cual se habló de irrespeto a la autoridad y de propósitos subversivos— se aprobó emitir un acuerdo disponiendo que: “en consideración a los mosquitos y otras plagas... en consideración a que las raíces del susodicho guanacaste están destruyendo el parque..., etc..., etc...”, el tronco del coloso fuera cortado al ras y sus raíces extirpadas para siempre jamás.

A través de su historia, Miraflores había gozado de una tranquilidad patriarcal. En verdad, existieron antagonismos políticos y diferencias personales, y es verdad también que en más de un día de feria, cuando el alcohol de caña hacía girar los cerebros en torbellinos de locura,

relucían los machetes y rasgaban el aire las balas de los .38. Pero estos eran incidentes propios de cada pueblo de la comarca. Sobre estas discrepancias sin mayor hondura, los moradores de Miraflores sabían mantener la unidad social y se regían por notorios sentimientos de fraternidad. Las ponzoñas de la política habían respetado sus corazones, no obstante el proceso de degeneración moral dirigido y estimulado desde la metrópoli.

Es indudable que, últimamente, aquella primitiva limpieza de sentimientos venía siendo alterada por fermentos malignos, que sólo necesitaban una oportunidad para manifestarse en la superficie. Esa ocasión la proporcionó el bando en que la Municipalidad informaba a los vecinos del acuerdo tomado para derribar el guanacaste. A medida que el reducido piquete de soldados, al son del clarín, marchaba por las empedradas calles del pueblo, deteniéndose en cada esquina para que el heraldo pudiera leer la ordenanza, una muchedumbre de airados vecinos se iba condensando a su paso. Si sus miradas eran al principio de interrogante desconcierto, luego fueron endureciéndose con el coagulante del odio, cuando comprendieron todo el alcance del reto que la autoridad les lanzaba a la cara. Había en todos aquellos pechos un sordo crepitar de pasiones contenidas, que al fin estallaron en imprecaciones proferidas contra aquéllos a quienes llamaban bandidos opresores del pueblo. Por último, la gritería ensordecedora apagó las voces del pregón. Arreciaban los insultos y algunas piedras fueron lanzadas contra los milites, que atemorizados por la inminente agresión dispararon sus armas al aire como recurso para cubrir un prudente repliegue. La lucha estaba declarada.



Los dioses protectores de aquel pueblo perdido entre las breñas velaron aquella noche, dolidos por el cuadro que el futuro mostraba a sus ojos penetrantes. Nadie durmió en esas vísperas agitadas. Celebrábanse conciliábulos en los cuarteles de los dos bandos enemigos y en ambos sectores estaban informados al detalle de lo que pasaba en el otro campo, porque de la descomposición social habían surgido ya personas maestras en el arte de espiar. Se supo que el Alcalde había dispuesto llevar a cabo su designio de abatir el árbol a la mañana siguiente y que precaviéndose contra la inevitable resistencia, estaba armando a sus prosélitos. También los vecinos aprestaban sus armas, con esa fría y casi indolente determinación con que el hondureño se ha lanzado siempre a las luchas civiles. En el curso de la noche fueron despachados a la capital telegramas enigmáticos, especie de anticipadas explicaciones disculpatorias por lo que pudiera ocurrir, pero que en el fondo nada informaban, por si nada ocurría.



¿Quién puede señalar en estos casos al culpable? En las versiones posteriores del hecho se amalgamaron los más contradictorios testimonios, distribuyéndose las responsabilidades según los intereses partidaristas de los relatores. La verdad es que cuando muy de mañana se presentó

el señor Alcalde en el lugar de la ejecución, iba rodeado de un despliegue militar insólito para aquel pequeño y olvidado pueblo. Aquí y allá se diseminaba el vecindario, en pequeños grupos que se revolvían en una torva expectativa. Cuando soplaba la brisa, la copa del guanacaste se balanceaba en un dulce rumoreo y una lluvia de fino rocío se desprendía de lo alto, tejiendo en el espacio un brocado de cuentas relucientes.

Como el Alcalde quería rodear el acto de todas las formalidades posibles, ordenó que se diera lectura al edicto condenatorio. La última palabra se perdió en un mar de silencio y por un momento todos estuvieron indecisos. Pero la autoridad ya no podía echar pie atrás. El Alcalde gritó:

—¡A ver, don Próspero, proceda inmediatamente!

Don Próspero, el verdugo, hubiera dado en ese momento su sueldo del mes a cambio de que lo sustituyeran en aquel maldito trabajo. Su tímido ademán de moverse fue cortado por una gritería en que por fin estallaba el descontento. Insultos y juramentos cruzaban el aire. Instintivamente la gente se arremolinó en torno del árbol, ofreciéndose como una muralla viva.

—¡Un momento! ¡Un momento! —se oyó vociferar. ¡Que hable don Martín!

El parlamentario, uno de esos jóvenes cuyas aspiraciones juveniles terminan en oscuro bachillerato y que esconden su desencanto en rincones provincianos, se adelantó hasta enfrentarse al munícipe. Estaba tranquilo y decidido.

—Vea, señor Alcalde —expresó con calma— es mejor que desista; el pueblo se opone a que Ud. corte ese árbol y es preferible dejarlo porque puede ocurrir una desgracia...

Rojo de ira, el Alcalde le gritó en la cara:

—¡Vea, papito, aquí soy yo la autoridad y a mí no son estos pencos ...quienes me van a meter miedo! ¡a ver..., don Próspero!

Ni siquiera el señor Cura, que estaba haciendo de amigable componedor entre las dos facciones, pudo decir en seguida quién rompió el fuego. Sabía que las primeras víctimas habían sido el bachiller y el Alcalde, pero en general sus nociones de las circunstancias de la tragedia eran muy confusas. El choque fue un estallido de furia horripilante. Tiros de fusil y de revólver crepitaban despertando ecos de pánico. El ruido metálico de los machetes anunciaba la muerte y por toda la plaza se difundía el olor acre de la pólvora. En realidad, el grupo de combatientes no era muy grande, porque una mayoría de los asistentes huyó de la escena acicateada por el terror.

Quedaron en la palestra los más arrojados o aquéllos que ya no podían rehuir el ataque mortal. Algunos plomos se incrustaron en el tronco del árbol.



El zafarrancho de Miraflores tuvo eco en la capital. Los diarios publicaron distintas versiones del suceso, de acuerdo con sus tendencias. El gobierno despachó fuerzas para imponer el orden y tras ellas se presentaron agentes políticos encargados de investigar los hechos para explotarlos en la forma más provechosa. Ciertamente, diez muertos y otros tantos heridos eran precioso instrumento en manos de las camarillas dedicadas a promover el odio entre hermanos.



Que en nada es el hombre tan pertinaz como en sus odios, lo demostraron esta vez las iracundas vejaciones de que el inocente guanacaste siguió siendo objeto, como si las pasiones encontraran un cauce atacándolo con saña. Una noche volaron con dinamita la mitad de sus raíces, pero el cíclope continuaba aferrándose a la tierra en un desesperado intento de vivir. Manos desconocidas le hicieron perforaciones en el tronco y vertieron en ellas sustancias corrosivas. Otra vez se escuchó un martilleo sospechoso y en el próximo amanecer sendos barrenos aparecieron clavados en la viva carne vegetal. Hasta se solazaba el encono arrojándole toda suerte de inmundicias. El árbol decaía... Con el tiempo, sus hojas relumbrantes tornáronse opacas y al fin fueron arrebatadas por el viento. De su antigua gracia opulenta sólo quedaba una silueta cadavérica, recortándose contra el cielo los raigones de su cúpula devastada. El pueblo envejecía a su lado. La sangre dejó un rastro indeleble y muchas familias se apartaron de Miraflores con repugnancia, dejando tras sí el cuenco abandonado de muchos hogares vacíos. El tronco roído es hoy pasto de las hormigas, como el corazón del hombre es pasto del odio y la violencia...

Fuente: Castro h., Alejandro. 1995. Cuentos Completos. Tegucigalpa, Honduras. Edit. Guaymuras y Edit. Iberoamericana. 172 p.

8.8 El Bazar del Anticuario

Por: Santos Juárez Fiallos

A las cinco y veinte sonó el timbre de la puerta de calle. El dueño, que había cerrado poco antes y se disponía a cenar en la trastienda, se apresuró a abrir. Su atención a los clientes tardíos le había dado buenos resultados, influidos por la oportunidad de rebuscar sin prisa y por la amabilidad del anciano acababan por comprar más de lo previsto.

Después de excusarse por importunar fuera del horario, dijo el visitante:

—Deseo ver su colección de jarrones.

El corazón golpeó con fuerza al viejo que sintió una vaga aprehensión. El visitante había dicho “jarrones”.

—¿Quiere usted jarrones? ...Bien: se los mostraré —dijo el viejo— y se fue al interior después de haber echado una mirada inquisitiva al cliente.

Al regresar parecía tan optimista el anticuario como si fuera a repartir Oscars. Puso su quincallería sobre el mostrador y sobándose las manos, como si las frotara con jabón dijo:

—¿Ve este jarrón chino de bronce?, es de la dinastía imperial de los Ming. Hay otro parecido en el Museo Cemushi, en París. ¿Le gusta...? Este es un vaso de Bucchero, del arte etrusco, bellas líneas, asas delicadas y...

—Gracias, pero de momento no me interesan —dijo el hombre con cierta impaciencia— por favor enséñeme otros.

Siempre sonriente los retiró y trajo ahora dos vasijas fenicias de cristal, una cratera griega y un jarrón alto, esmaltado. Al referirse a éste, explicó con una voz cascada de las personas muy entradas en años.

—Es admirable el arte mudéjar. Observe usted la fusión de elementos romanos, góticos y árabes. Un conocedor como sin duda lo es usted, apreciará una joya como ésta, tan diferente a esas almarrajas esmaltadas de mucha apariencia y escaso valor.

Tampoco ahora se mostró muy interesado el comprador y pidió nuevas muestras.

—Deme usted una idea sobre sus preferencias —dijo el viejo— y trataré de complacerlo. Modestia aparte, no imagina usted el número y calidad de mis clientes satisfechos...

—Bueno... si considera que no lo importuno, muéstreme usted todo lo que tenga —dijo el hombre— algo de arte americano precolombino.

—¿Le interesarían unos vasos incaicos del Templo del Sol? —preguntó el anciano, amable bajo

aquel gorro infantil terminado en punta cuya lana roja hacía contraste con sus cabellos casi blancos.

—No —dijo el hombre— yo más bien deseo...

Estaba el anticuario excitado, como un jugador de ruleta mientras la rueda gira y hay una fortuna sobre el paño verde. Quiso ayudarle a su cliente al decirle:

—¿Tal vez un jarrón maya...?

Al colocarse bajo la luz clara de su lámpara, el visitante esbozó una sonrisa cautivadora que mostraba un teclado de marfil perfecto y unos ojos húmedos, negros y brillantes de beduino. Un tanto perplejo por la sugerencia, pareció semblantar al tendero. Pero el rostro apergaminado como un mar calmado sobre el cual la nariz semejava la quilla de un barco a medio hundirse, era inescrutable en el dueño...

—Pues bien... sí... un jarrón maya —dijo aquel beduino joven metido en ropas de hombre de Occidente.

Le explicó el viejo, que otra vez se sobaba las manos:

—Tengo uno... con asas grandes, aunque... ¿cómo le diré...?

—Aunque no sea perfecto... muéstremelo —dijo el cliente, volviendo a sonreír afable.

—Qué intuición la suya —dijo el tendero— de veras tiene un pequeño defecto, una grieta imperceptible, casi en el borde, pero vale un tesoro.

Las manos sarmentosas del anciano trajeron el jarrón, cerrado herméticamente. Lo puso sobre el mostrador y cruzó los brazos. Estudiaba al cliente con el interés que un químico pone en una reacción importante de probeta.

El visitante lo levantó a la altura de los ojos, interesado al parecer en percibir los detalles. Al intentar destaparlo sin éxito, intervino el dueño:

—Permítame que lo abra para que vea su interior...

—No se moleste —dijo el hombre— deme el precio y le pagaré.

—Siento mucho advertirle —dijo el viejo— que ese jarrón no está de venta. Pertenecía a mi único hijo y quiero conservarlo.

—¡Oh! Cuánto lo siento —dijo el hombre— pero deseo quedarme con esta pieza. Usted lo expone en su comercio y la ley obliga a sostener la oferta. Además, pagaré quinientos... diez veces su valor.

—No lo vendo por ningún precio —dijo el hombre lentamente— y ya no sonreía.

—Considere que la posesión de este objeto no le devolverá la vida de su hijo... y si lo vende, hará un buen negocio. ¡Y cómo están los tiempos!

El corazón le dio un fuerte vuelco de campana al tendero y sintióse desfallecer. Sentóse por un breve lapso y con un paño suave se enjugó el sudor de la frente. Al reponerse púsose de pie y dijo:

—Tal vez tenga usted razón. Pero yo soy afectivo.

Mire usted, para el caso, esta pistola —y al sacarla de su estuche repetía— esta pistola, también le pertenecía.

El viejo había vuelto a sonreír y en su fisonomía había algo de siniestro. Acariciaba el arma como si fuera su gato de Angora o como si estuviera elogiando la alta calidad de un violín stradivarius.

Ahora el cliente, con el jarrón en la mano, de repente había perdido todo interés en las cosas de este mundo. Observaba como hipnotizado, lo que le parecía una pantomima; o ser el protagonista de una obra de Hickcock... Deseaba mantener la serenidad y razonar. El pulso le temblaba y tragó varias veces. Echó un vistazo a la puerta de la calle y pensó que estaba a mil metros... Se vio la palma de la mano y la oprimió con la diestra, fuertemente... no podía razonar.

—Las bromas, como los sueños a veces se materializan —dijo el dueño— mi hijo leía mucha literatura fantástica y contaba historias también raras sobre esta pistola que adquirió en Beirut... Era un joven que no conocía la malicia... confiaba en sus amigos siempre. ¿Era usted... por casualidad su amigo? Disculpe la pregunta, joven... no pudo haberlo sido...

Parecía que por las venas del cliente circulara “curare” y que se sintiera paralizado de improviso, y mudo además.

Imposible calcular cuánto tiempo transcurrió... De pronto se escuchó un ruido metálico inconfundible, el hombre había montado aquella arma antigua y apuntaba al pecho del cliente.

—Y ahora que reparo —dijo el viejo con calma y casi amistosamente—. ¿Cómo sabe usted que mi hijo está muerto? No me asuste, ¿De verdad está muerto?

El cliente estaba trémulo y su rostro color ceniza parecía haber envejecido. Adelantó su diestra deseoso al parecer de decir algo, pero sus palabras se ahogaron en la garganta. Sonó un disparo que hizo caer arenillas. Como un cerillo que arde, se fue retorciendo el hombre con los ojos desorbitados y se desplomó como un fardo. Una figura de color sepia oscuro, fue dibujándose sobre el piso...

De enmedio de los mostradores, salió el viejo. Pronto se convenció de que el hombre expiraba.

Por fin quedó quieto con una mueca grotesca de espanto. De la bolsa interior del saco le sacó una cartera de cuero negro y de ésta, un trozo de pergamino que puso sobre la vidriera. Apartó con el pie el casquete roto de jarrón y extrajo del mismo otro pedazo de pergamino que hizo coincidir con el primero, hasta formar el plano original de las grutas que su hijo había explorado durante años.

Con sus cruces, flechas y señales, ahí estaba ante su vista una guía para desenterrar el tesoro de lingotes y doblones que yacía en su escondrijo.

Suspiró muy hondo abstraído, habiéndolo sacado de sus cavilaciones el silbido de la tetera que hervía en la trastienda. Materialmente se hundió en un mullido sillón y quedó viendo algún punto que estuviera suspendido en el aire. Pensó en la inutilidad de los bienes que ya no pueden ser compartidos con el ser amado.

Ardían las llamas de la chimenea en aquella hora desapacible. Al ver que chisporroteaban rojos los carbones, tuvo el impulso de echar los planos al fuego, pero sabiendo que podría utilizarlos en el juicio los puso en otro jarrón. Llamó por teléfono a la policía... y se sentó a esperar.

Fuente: Juárez Fiallos, Santos. 1989. Los Alegres Años Veintes y Otros Cuentos Hondureños. Tegucigalpa, Honduras. Talleres Lithopress. 143 p.

8.9 La Técnica del Golpe de Estado

Por: Adolfo Alemán

La mirada inquieta del Licenciado Azuela, se fincó hondamente en la esférica cara del reloj.

—¡Diantre, son las ocho... cómo corre el tiempo...! —pensó.

El Licenciado Azuela se paseaba preocupado, visiblemente inquieto, por el salón de aquel edificio. En realidad no tenía el menor síntoma de miedo: de esa tremenda fiebre que se apodera de los sentidos ante la inminencia del peligro. No, no podía decirse que sus emociones estaban sobrecogidas por la angustia; sin embargo, algo, algo extraño, le agitaba el espíritu, aquel espíritu suyo, tan fuerte y tan seguro.

Los cigarrillos se sucedían uno tras otro. Definitivamente, estaba nervioso. “¡Es la maldita espera!”, se dijo; mientras sus ojos ávidos buscaban de nuevo la figura circular del reloj. De pronto, un agudo sonido quebró el silencio del salón.

—¡Son ellos!, murmuró sobresaltado. Cuando Azuela abrió la puerta, las figuras de ocho hombres penetraron sigilosamente en el salón. No hubo cambio de palabras. Las miradas se encontraron frenéticamente y mudas. Los hombres vestían de la misma manera todos. Tenían marcados en sus rostros la más solemne seriedad, sin que el menor asomo de humanidad se reflejase en ellos. Hombres de todas las edades. Hombres que representaban decisión y fuerza en sus gestos graves.

Una vez adentro de una habitación pequeña, íntima, segura, el Licenciado Azuela preguntó ávidamente:

—¿Y...?

—¡Todo está en su posición exacta —contestó con voz grave la persona de mayor edad— tenga la seguridad, licenciado, que mañana habremos cambiado el rumbo de la historia en nuestro país! —¿Qué hora es...? —preguntó una voz del grupo.

Todos miraron sus sincronizados cronómetros; mas nadie contestó. En aquel cuarto había miedo; miedo a todo, inclusive a la palabra...

Lentamente aquellas figuras hoscas se fueron sentando alrededor del único mueble de la habitación: una mesa rectangular.

Por varios minutos reinó un inquietante silencio...

—Señores —dijo el hombre que parecía más viejo— todo esfuerzo que se haga de este momento en adelante será poco para la empresa que llevaremos a cabo. Los detalles están cuidadosamente revisados... nuestro líder, el General Bautista, tiene la capital prácticamente en sus manos. Las fuerzas del gobierno duermen confiadas: y esto, la sorpresa, será nuestra **ARMA** definitivamente. El triunfo de la revolución es un hecho.

—¿Llegaron los hombres de San Isidro...? —preguntó un complotista.

—No —contestó otro—, pero... vendrán... es cosa de minutos. El camión partió a San Isidro a las nueve. —No olvide que toda la ciudadanía de San Isidro pertenece a nuestro partido, aquellas gentes mueren por el General Bautista.

—¡Es un caudillo extraordinario...! —interrumpió la voz de un exaltado.

—¡Con él al frente, la revolución no fracasa...! —repuso otro.

—¡Es el hombre del imán político...! —señaló el tercero.

—¡El gobierno le tiene terror...! —expresó otra voz.

—¡Por eso el Presidente es tan amigo de él...! —explicó el último, finalizando la frase anterior.

“Hombre de una sola pieza murmuró”, levemente el Licenciado Azuela, mientras contemplaba los rostros de los complotistas. Todos ellos conocían al General Camilo Bautista. Era hombre íntegro. Si bien era cierto que colaboró con el régimen que aquella noche se pretendía derrocar, también era cierto que tal apoyo se debió a una brillante carrera política. De esas que las gentes no comprenden. Porque a decir verdad, el General Bautista pertenecía a la casta del político audaz, del caudillo genuino, del revolucionario íntegro, del conductor avezado y seguro. Su dirección en la planificación de aquel golpe de Estado, se debió en gran parte, a los sólidos conocimientos que sobre la materia tenía y a su rica experiencia en aquellos asuntos.

Pero volvamos al grupo, se presiente en ellos más animación. En los rostros de aquellos revolucionarios se observaba ahora mayor seguridad y entusiasmo. El Licenciado Azuela habló de nuevo:

—Naturalmente que tendremos presos políticos. No podemos dejar que se nos escapen los gobiernistas; les confiscaremos sus bienes, que suman millones, y crearemos para esto la Dirección General de Probidad, que desde este momento anuncio que la regirá nuestro

compañero, el Ing. Ruiz...

Las miradas se volvieron hacia el nombrado, quien al conocer de su futuro cargo iluminó sus ojos con raros destellos de codicia.

—Es lógico —continuó diciendo el Lic. Azuela— que el Presidente Provisional de la República, el General Bautista, implantará en los primeros meses de su mandato, un régimen de mano fuerte, con el objeto de repeler cualquier contrarrevolución; pero después —agregó sonriendo maliciosamente— viviremos en un paraíso democrático... Ahora, señores, permítanme, —contrariando las disposiciones de nuestro rectilíneo caudillo—, que les haga saber los cargos que desempeñarán mañana.

Y mientras el Licenciado Azuela extraía de uno de sus bolsillos un papel, siete pares de ojos inquietos y ávidos, incrustaban sus miradas en él...

—Usted, señor Monge —comenzó diciendo al señalar al de mayor edad, será el Ministro de Gobernación y Justicia, en premio a la rectitud de su vida ciudadana; Ud., compañero Gómez, el General le confía la Cartera de Fomento Vial; a Ud., compañero Doctor Henríquez, la Secretaría de Salubridad. En cuanto a Ud., Licenciado Díaz, el Presidente Provisional pondrá en sus manos las finanzas del Estado: será el Ministro de Economía; a Ud., Coronel Fúnez, la Cartera de Defensa Nacional; para Ud., Camilo Fuentes, el Ministerio del Trabajo; usted, Ingeniero Ruiz, ya conoce su nombramiento de Director General de Probidad y —agregó, volviendo a sonreír— tendrá en sus manos las haciendas confiscadas de los gobiernistas.

En este momento el Licenciado Azuela se contuvo: mirando fijamente a los contertulios e imprimiendo a su voz un tono marcial y de mando, les dijo severamente:

—Y yo, señores, el Presidente Provisional tuvo a bien nombrarme su hombre de confianza, el ejecutor de sus órdenes, el eje del gabinete: ¡Su Primer Ministro!

Los oyentes, locos de entusiasmo, aplaudieron febrilmente las noticias que en aquellos felices momentos recibieron. Luego, todos se sumieron en absoluto mutismo. Todos y cada uno de ellos reflejaba infinita alegría; con sus miradas perdidas soñaban. Se veían decidiendo los destinos de la patria... definitivos para la vida de la nación. ¡Y todo por la extraordinaria capacidad del General Bautista, el hombre sin mácula, el íntegro político, el patriota cien por cien...!

Luego, una débil voz quebró el silencio desesperado de sus ensueños a los complotistas:

—¿Qué hora es...?

—¡Son las nueve de la noche...! —contestó un futuro ministro.

—¡En estos momentos están llegando los hombres de San Isidro —murmuró el Licenciado Azuela— y posiblemente ya están a las órdenes del General, y él, después de distribuirlos, se reunirá con nosotros, minutos antes de las doce de la noche; hasta el momento está en su casa, para no despertar sospechas. Toda precaución es poca. ¡La empresa tiene que salir como se ha planeado: sin derramar una gota de sangre...!

De pronto, el agudo sonido del timbre cortó toda plática y dejó en suspenso a los revolucionarios. Las miradas exaltadas se fincaron interrogantes en los ojos del Licenciado Azuela; éste, haciéndoles señal de silencio, y revólver en mano, se dirigió hacia la puerta, abriéndola sigilosamente, y por ella, embozada y misteriosa, entró la figura de un nuevo personaje: el chofer esperado. El hombre siguió los pasos del Licenciado Azuela y, una vez dentro de la habitación, en donde ansioso le esperaba el futuro gabinete, exclama con voz chillona e inquietante:

—Señores, ¡las gentes de San Isidro no quisieron venir! ¡Dijeron que ellos no morían por ningún partido! ¡Que les dejaran en paz...!

—¡Traición...! —gritaron los Ministros.

—¡Pencos canallas...! —enfaticó el chofer.

—¡Calma, señores! —expuso la voz del Licenciado Azuela, silenciando al barullo— calma, ya con el General Bautista habíamos considerado esta incidencia. Nuestro líder me indicó la posibilidad de deserción de las gentes de San Isidro, la calculaba muy posible...

—También —expresó el chofer, interrumpiendo al anterior— que nada se modifica, que a las doce es el golpe. ¡Mientras tanto, él irá a donde el Presidente simulando una visita social, para conocer cómo están las cosas por allá...!

—¡Qué audacia de hombre! —exclamaron atónitos los futuros ministros.

—Señores —expuso nuevamente el Licenciado azuela—, el General Bautista conoce perfectamente bien sus planes. Tengan la seguridad de su rectitud y hombría. Por tanto, despreocupémonos de este desagradable incidente y continuemos elaborando los planes de gobierno...

Y los planes de gobierno se siguieron definiendo por espacio de dos horas. Dos horas de ilusiones sin límite. La ambición y la codicia habían establecido su imperio en aquella pequeña sala, los millones del Presupuesto de la Nación quedaron repartidos aquella noche con increíble

rapidez. Hombres nulos, negativos; fríos, calculadores, que la ambición y el desenfreno político los había llevado hasta el borde de la demencia.

La eterna historia de la patria se repetía: el gobierno que caería dentro de pocos minutos, había surgido al calor de una revolución... y el anterior a éste... y todos los anteriores, se habían levantado sobre un funesto túmulo de cadáveres...

Los sentimientos se habían trocado. La angustia, el miedo, la codicia, la maldad y, sobre todo, la ambición, se habían apoderado de aquellas mentes enfermas.

De pronto, la puerta del cuarto se abrió precipitadamente y por ella apareció la figura de un hombre que, preso de una tremenda agitación, gritaba a los estupefactos concurrentes:

—Señores, el boletín de última hora del gobierno acaba de dar la noticia del nombramiento del General Bautista como el nuevo Ministro de la Defensa Nacional y asegura que éste ha dado las órdenes para aprehender a los cabecillas de un supuesto complot. Se mencionan los nombres de Azuela, Monge, Gómez, Henríquez, Díaz, Fúnez, Fuentes y Ruiz...

No había terminado de hablar el recién llegado, cuando los malogrados Ministros salían en tropel, gritando desaforados:

—¡A las Embajadas...! ¡A las Embajadas...!

Únicamente la figura del Licenciado Azuela, temblorosa, quedó ante la desierta mesa, fija, estática. Con el pensamiento clavado en el recuerdo de los meses que había pasado con el General Bautista preparando el complot; pensó en sus sueños interminables de mando y riqueza; en todo el poder enorme que en aquel instante se le hacía añicos...

Y mientras en el rostro se le iba dibujando una infinita tristeza, una enorme pesadumbre; de sus ojos, lentamente comenzaron a fluir, con un fluir contenido, gruesas lágrimas...

—Sí, sus sueños se habían hecho añicos...

El Licenciado Azuela entonces rompió a llorar.

Fuente: Alemán, Adolfo. 1996. Cuentos Completos. Tegucigalpa, Honduras. Edit. Guaymuras y Edit. Iberoamericana. 206 p.

8.10 Testigo Ocular

Por: Miguel Rodrigo Ortega

“En la azul transparencia de aquel día, el sol no encontraba una nube para detenerse a tomar un poco de sombra. La columna de polvo, como humo de cigarro, se encabrió al final del llano, luego, la indefinida silueta de un jinete se recortó en el horizonte. En el filo de la espera, las sienes hicieron sonoro el sordo martillar cuando intuí que era la persona a quien esperaba. Al pasar frente al cerco de piedra, tras el cual estuve desgranando las horas, con el pulso vacilante apoyé el fusil en el hombro y apenas tuve conciencia de que dos disparos pringaron el silencio...”

El papel amarillento, que tenía ante mis ojos, cayó de un libro que tomé al azar, en la biblioteca de aquella vieja casa donde pasaba la temporada de vacaciones escolares. La abuela me había puesto a copiar dos páginas de Un Lirio en el Valle, de Balzac, “para que mejorara” la letra. Quise mostrarle los pliegos encontrados, pero fui requerido por ella para que no interrumpiera la tarea ordenada. Cuando hube terminado, desarrugué el manuscrito y me di a la labor de descifrar aquellos rasgos toscos y fuertes.

“...Al caer el jinete de su cabalgadura, inclinándome cautelosamente sobre su rostro, me asomé a sus ojos que centellaban de odio y de impotencia. Al apagarse el último aliento, sus pupilas se dilataron para reducirse al instante como el diafragma del obturador de una cámara fotográfica. No obstante haberle arrancado la vida, no quise dejar mi conciencia intranquila y traté de cerrar sus ojos, pero fue inútil; sus párpados se abrían y sus retinas inmutables se quedaron bebiendo pequeños sorbos de sol...”

Antes de continuar la lectura busqué la firma, pero no aparecía; supuse, que lo escrito tenía por objeto identificarse en determinado momento, no sin hacer la previa requisitoria de devotas oraciones por el alma de quien hacía la confesión a la orilla misma de la muerte. Tampoco aparecía un solo nombre. Pregunté a muchas viejas del pueblo si alguien había muerto en las circunstancias relatadas en el anónimo escrito, y una de ellas, no sin titubeos me repuso:

—Sí, el padre Recarte.

—¿Y quién era él? —indagué.

—El padre de tu abuela —fue la respuesta.

Yo había notado que la fotografía grande de un padre con todos los hábitos de su dignidad eclesiástica, presidía las tertulias de la sala; y, a pesar de mi corta edad, advertí también que se omitía toda mención a él. Un día, haciendo ostentación de una ingenuidad mayor que la compatible con mi edad, pregunté a la abuela cómo había muerto el padre Recarte. Ella me miró extrañada y posiblemente en mis ojos infantiles no halló sombra de malicia.

—“Espero que nadie te haya mandado a hacerme esa pregunta. De todos modos, nunca volveremos a platicar de ese tema... Bien —escucho todavía el suspiro de la anciana y la manera nerviosa de encender un cigarrillo de los que ella hacía con tabaco que preparaba mezclándole cáscaras picadas de limón, granos de anís y gotas de vainilla—; han transcurrido más de treinta años y recuerdo como si fuera hoy, aquel día cuando bajaron el cuerpo del

padre, del caballo, en el cual lo cruzaron hecho un tercio; lo traía Esteban, el marido de Augusta, mi hermana mayor. Al poco rato volvió de la hacienda mi esposo Rodrigo, es decir, tu abuelo. Débora mi otra hermana, lloraba desconsoladamente y en su hiperestesia culpaba a Ángel, el marido de ella, por haberle permitido al padre venirse solo del pueblo donde había ido a celebrar la fiesta patronal. Debo decirte: hasta circuló la especie de que Ángel había tenido participación en aquel tenebroso asunto. También se dijo que la persona muerta no era el padre porque nadie le vio el rostro. En efecto, Esteban, que encontró el cuerpo, le colocó en forma piadosa un pañuelo, pues dijo tenía la faz destrozada y no permitió que se quitara aquella especie de velo. Nunca supimos quién suprimió la vida del padre ni cuál fue el móvil del crimen...”.

La abuela se abstuvo de hacer referencia a su parentesco con el difunto. Me limité a comentar:

—¿Y si el muerto no fue el padre sino otra persona?

El silencio fue la contestación. Jamás escuché que se hablara del tema. Tampoco podía esperar que me hicieran comentario alguno, mis tías, solteras y beatas.

Intrigado no sólo por el deliberado olvido en torno a aquel común antecesor, procuré husmear algún rastro, pero todo fue en vano. Sin embargo, un día, entre el forro y la portada del libro en el cual encontré el manuscrito, noté que asomaba la pequeña esquina de un papel amarillento: era el complementó. Me precipité a buscar la firma, pero no aparecía ninguna. La confesión continuaba:

“... Dios me perdone porque sólo Él conoce este horrible secreto, y, ahora tú (cuando llegué a este “tú”, vi hacia atrás porque me pareció sentir en la nuca, el contacto, de un índice frío que me crispó los nervios) a quien encarezco un ruego por la salvación de mi alma. Sólo Dios sabe que no hubiera cometido yo este crimen, de no haber sido porque mi esposa me refirió una amenaza de su padre: “Hija —le dijo el padre Recarte—, te casaste con ese hombre contra mi voluntad, y si llegas a tener un hijo de él, te desheredo; modificaré mi testamento. Prefiero que la maldición de Cristo a la higuera, caiga sobre ti. No permitiré que mi sangre vaya mezclada con la de él”. Lo dijo estando todos en torno a la mesa —yo me encontraba ausente— para que lo oyeran. Con ese desprecio no embozado, rubricó su sentencia de muerte..”.

Sólo me expliqué el silencio unánime en torno al pariente religioso asesinado, cuando me enteré por un chiquillo de mi edad, que no podía comentarse nada acerca del personaje hundido en la penumbra del olvido y de la muerte, “porque el padre sale”. Supe en forma casual que había sido propietario de tres valiosas haciendas y cabía suponer que la advertencia de que modificaría su testamento, podía constituir un acicate para precipitar la supresión de su vida, antes de que autorizara nuevas disposiciones de última voluntad.

La fantasmagórica silueta que habitaba mis cavilaciones infantiles, casi quedó borrada a medida que las marejadas del tiempo me alejaron de la niñez; los estudios primero, y los trabajos, después, me impidieron volver al pueblo, donde las casas repelladas con cal, congregadas alrededor de la plaza, parecían una tertulia de garzas y en el cual faltaba ya el calor y el encanto de la sombra blanca de los abuelos; pero el enigma flotaba a ratos en la suave marea de las evocaciones.

Una circunstancia imprevista me hizo regresar a la vieja obsesión de conocer el laberinto de aquel delito: mi madre recibió noticia de que las autoridades del remoto poblado, se proponían

construir en el predio del viejo cementerio, un edificio para escuela, cabildo y centro de salud. No teniendo ya en aquella localidad ningún pariente, me pidió que hiciera un viaje para supervisar el traslado de los restos de sus deudos al nuevo cementerio. Dos días más tarde, realizaba con unción la piadosa labor. En el mausoleo había un depósito que renovó mi aletargada curiosidad: era el del padre Recarte...

Cuando volví a la ciudad, releí el manuscrito que siempre conservé, en el cual figuraba la anónima confesión; reparé en la maldición del padre sobre la hija desposada sin su consentimiento y en la amenaza de reformar el testamento.

Al informar a mi madre sobre la tarea que me había encomendado, agregué:

—El pañuelo que cubrió la faz del padre no fue colocado en un gesto piadoso, sino para impedir que la gente viera los párpados abiertos del muerto, tratados de cerrar en vano para...

—¿Y qué relación tenían los párpados abiertos con el crimen? —me interrumpió ella.

—Permíteme. Lo supe todo porque la cubierta superior de la caja mortuoria estaba podrida. Los restos conservaban sus prendas religiosas. El pañuelo era ya algo menos consistente que una telaraña: bastó que le pasara el índice para que se convirtiera en un pequeño tamo entre mis dedos. Y quedó al descubierto la calavera en la fosforescencia elocuente de sus huesos desnudos. De manera que quien puso el velo en la cara fue el culpable de la muerte del cura.

Contrajo los labios mi anciana madre como queriéndome corregir: “No le digas cura que es tu bisabuelo”; pero se reprimió, limitándose a expresar:

—Sin embargo, como no hubo motivos evidentes, nunca se supo quién fue el criminal.

—El autor fue quien quiso atajar al padre en el propósito de revocar su testamento. ¿Por qué profirió sobre la hija el anatema de la higuera estéril? —pregunté.

—Posiblemente, porque no quería que a su hija, Augusta, le naciera un hijo de su esposo —fue la respuesta.

Continué relatándole algo que me quitó el sueño, y que aún hace vibrar mis nervios como las cuerdas tensas de un arpa.

—Al descubrir el rostro del padre, vi, con una precisión que no logro borrar de mi mente, no las cuencas vacías que pensé encontrar, sino la imagen clara grabada en las retinas que habían conservado la apariencia de un duro cristal, de un hombre inclinado sobre aquellos ojos petrificados. Quise tener la prueba, pero al alzarla, se hizo ceniza entre mis manos. Recuerdo, ante todo, la tez morena y el cabello ensortijado, propio de las gentes de color .

—¿Esteban Reanau! —exclamó con horror mi madre, persignándose y prosiguiendo—: Era mulato, por eso el padre nunca aprobó el matrimonio de su hija Augusta: no quería un descendiente suyo con sangre negra.

Los ojos de mi madre se diluyeron en el brumoso recuerdo. Sentenció:

—Afortunadamente, ya todas aquellas personas pasaron por el juicio de Dios...

No sé por qué he incurrido en la evocación de esta historia perteneciente a un pasado, tan distante, que ya dejó de ser tiempo para convertirse en olvido.

Fuente: Ortega, Miguel R. 1981. La Senda de los Sueños Sin Eco. México D. F. Edit. Costa-Amic Editores, S. A. 109 p.

8.11 La Felicidad Siempre Llama Dos Veces

Por: Nery Alexis Gaitán

Lo más hermoso que había en esa mansión era un mueble muy antiguo, había sido elaborado por manos expertas que respondían a un refinado gusto por la belleza. La ruta de las horas databa de la época romana. El reloj era el centro de atención siempre que entraba en este aposento, era inevitable que no lo contemplara, era como si me dijera misterios de otras épocas, de otro tiempo —en la noche, al dormir, sentía que en mis sueños me susurraba las más extrañas historias de amor y de crímenes, conspiradas bajo el influjo de la pasión y los celos—. La verdad, era un reloj que me fascinaba, sentía que su destino se encontraba con el mío en un recodo común del tiempo. Ahora paso mis dedos por su cuerpo y siento como que tuviera vida, y no es por el movimiento del mecanismo, no, es una sensación de otra naturaleza, como cuando uno está en un lugar oscuro, y aunque no mira a nadie, sabe que hay alguien que lo está observando. Percibía una vida —aunque parezcan deducciones de un demente— que agobiada por la tristeza hallábase encerrada en el reloj. Tenía el presentimiento de que ahí permanecía cautiva una hermosa mujer, con unos eternos ojos verdes (mi color favorito, el que me hace pensar en la felicidad, porque... ¡no, no lo diré, es algo muy íntimo para dejar constancia de los anhelos de mi alma!); digamos que todo lo hermoso y alegre estaba concentrado en ella, y que en un momento determinado emergía del reloj para buscar la felicidad en mis brazos, que la esperaban con la ilusión de realizar el verdadero amor. No sé si fue la casualidad o el destino —que ya tiene prefijados los actos de los hombres—, pero en una de tantas tardes (desde que había llegado a esta inmensa casa, huyendo del bullicio y la prisa, no había sentido una emoción semejante) al entrar a la habitación del misterio —así la llamaba mi mente febril— supe que algo pasaría, flotaba en el ambiente la sensación de que un hecho inusual iba a ocurrir. Me acerqué al reloj, y me pareció que la madera se volvía maleable y que se formaba un portal de otra dimensión, de otro tiempo. ¡Y de repente surgió una forma femenina que reclamaba mi presencia! Sólo tuve tiempo de sentir pavor y huir, corrí como un desesperado por los pasillos de la mansión. Al fin logré serenarme, un buen trago de coñac me devolvió el ánimo que había perdido. Estuve varios días con el alma en sobresalto, pero tiempo después, el miedo fue cediendo el paso a la curiosidad, y mi mente empezó a urdir toda clase de historias en torno a esa misteriosa aparición. Aunque, por mi naturaleza impresionable, a veces pensaba que quizás lo había imaginado todo y que no existía ningún ser morando en el reloj, que todo se debía a una disposición de mi ánimo en ese momento; además, nadie había hecho nunca un comentario fuera de lo normal acerca de este hermoso señalador del tiempo, ni siquiera el mayordomo, quien llevaba sirviendo más de cuarenta años en este lugar. Aun así, mi imaginación volaba, y me era inevitable pensar en la misteriosa mujer como si fuera una prisionera del tiempo, en busca de un amor que sólo le había dejado lágrimas y desconsuelo. Con cierto temor aún, decidí volver a visitar la estancia del misterio; nada ocurrió, todo permanecía normal: la chimenea, los muebles, el ambiente; el reloj solamente marcaba el paso de las horas. De nuevo empecé a tramar historias de amor y misterio en donde la protagonista era la dama del reloj, pero ahora, sin saber por qué, pensaba en finales felices. Los días fueron pasando y el vigor volvió a mi cuerpo, el cansancio de la ciudad ya sólo era un mal recuerdo. El tiempo de la partida se acercaba, una vez restablecido de mi salud quebrantada, debía

volver al asedio de la gran urbe; otra vez a las prisas sin sentido, sobre todo porque nunca marchaba a ningún lugar en especial. En una de mis últimas tardes visité el reloj —mi viaje de regreso estaba programado para la próxima semana—, la estancia estaba en penumbras, quizás era más tarde de lo que yo pensaba; en esa ocasión, el itinerario de las horas me pareció más especial que en ningún otro momento, sentía que deseaba transmitirme algún mensaje, comunicarme algo que era muy importante para mi vida. ¡Cuánto deploré mi ignorancia al no poder entablar comunicación con esa forma de vida que moraba en el reloj! Ahora intuía que alguien, desde otro lugar, deseaba hablar conmigo. ¡Oh, Dios, cuánto deseé hablar con ese ser que me esperaba quizá detrás del ventanal de vidrio que protegía el frontal del reloj! En ese instante me pareció que una luz interior dominaba el mueble del tiempo, pero sólo fue mi imaginación, mi deseo de justificar los desvaríos de mis deducciones. Estuve contemplando el reloj por largos momentos (mis pensamientos giraban en torno al misterio de la vida y sus fascinantes secretos que nunca descubriremos con nuestro frágil entendimiento). Llegó la noche con su paso cansado y mi cuerpo reclamaba su cuota de descanso, decidí volver a mis habitaciones y tratar de dormir, aunque mi imaginación no me lo permitiría, excitado como estaba por las sensaciones que había experimentado durante toda la tarde. Me dirigí a las puertas de salida, habían tres en total, la estancia era grande por lo que estaban un tanto alejadas de donde yo me encontraba; al ir por el centro de la habitación me volví para ver el reloj por última vez. En ese momento sentí de nuevo que deseaba transmitirme algún mensaje. La luz que yacía en el interior tomó forma y apareció la mujer más hermosa que he visto en mi vida, con naturalidad salió del reloj; se dirigió hacia mí. El miedo, la ternura, el espanto y el amor, fueron uno en mi espíritu en ese instante; su belleza me seducía, pero también me inspiraba pavor, ¿quién era?, ¿de dónde venía?, ¿qué deseaba?, todas esas preguntas agolpábanse en mi cerebro. Pero pudo más mi miedo y decidí huir otra vez. Sin embargo, las salidas estaban lejanas, hacia donde corriera ahí estaba ella, siempre delante de mí. Por fin me cansó el juego del gato y el ratón, sabía que estaba vencido; ella caminó hacia donde me encontraba pero se detuvo a unos pasos de mi medroso cuerpo; me dirigió la mirada y extendió sus brazos (después me daría cuenta que no podía hacerse tangible, que era incapaz de rebasar su barrera dimensional: sólo podía manifestarse etéreamente), pero no había hostilidad en sus gestos. Eso me calmó un poco, ella habló:

—¡Ha llegado la hora de reunirnos por siempre! —y sonrió feliz.

Me hallaba desconcertado, ya que no entendía el extraño significado de sus palabras. Habló de su espera, del tiempo en que fuimos felices, de la desgracia y del sufrimiento que habíamos acarreado por no ser fieles a nuestro amor, pero que ahora era el tiempo del perdón, el tiempo de volver a la felicidad primera. Aunque no sabía a qué se estaba refiriendo, fui dándome cuenta que la verdad se manifestaba en sus palabras; y que el origen de nuestro cariño estaba en otro tiempo, en otra vida, a la cual debíamos volver. Ella empezó a llamarme para que atravesáramos el umbral que nos llevaría a nuestra verdadera existencia. Yo estaba indeciso, este mundo, el único que me era conocido, aunque me había tratado mal en su momento, todavía guardaba cosas muy agradables para mí (eran los sentimientos que abrigaba mi corazón). Pero también en mi conciencia pesaba el volver adonde en realidad pertenecía... Al fin me dejé convencer por sus palabras de plenitud y esperanza en un tiempo feliz.

—¡Ven, no debes temer, aquí sólo hay bondad! —exclamaba con una inmensa felicidad, que hacía su belleza irresistible.

Nos fuimos acercando al reloj, y él abrió sus puertas del tiempo para nosotros...

—Ya ha pasado la época de la desdicha, mira, el ciclo ha terminado —decía la hermosa con una voz muy dulce. Y cada hora del reloj, reafirmando su verdad, empezó a mostrarme historias de amantes dichosos; en ese mismo momento traspasamos el umbral, y lo único que recuerdo es que atrás dejaba la carga del hastío y de la tristeza...

Cuando abrí la puerta en la mañana, lo primero que miré fue su cuerpo tirado en la alfombra; un rayo de sol le iluminaba el rostro. Cosa extraña, tenía un gesto de felicidad; su mirada —los ojos le habían quedado abiertos— se internaba en el mueble del reloj. No me sorprendió mucho su muerte, desde que lo miré, supe que nunca dejaría este lugar con vida. Era de temperamento nervioso, muy inestable, todo le causaba asombro. Como sea, me parece que se marchó hacia la muerte siendo feliz; cuando pueda, me tomaré una copa en su nombre. Es la primera vez, en tantos años que tengo de servir aquí, que siento simpatía por la muerte de alguien. ¿Me estaré volviendo un malvado!...

Si el lector lo desea, puede desechar el párrafo anterior y sustituirlo por el siguiente:

Cuando abrí la puerta en la mañana, lo primero que noté fue su ausencia; un solitario rayo de sol iluminaba la habitación. Cosa extraña, se percibían señales de felicidad: el mueble del reloj reverberaba dichoso cuando el rayo de sol lo acariciaba. No me sorprendió mucho su huida, desde que lo miré, supe que algo especial pasaría con él. Era de temperamento nervioso, ansiaba un gran amor, todo le causaba asombro. Como sea, me parece que se marchó siendo feliz; cuando pueda, me tomaré una copa en su nombre. Es la primera vez, en tantos años que tengo de servir aquí, que siento simpatía por la partida de alguien. ¿Me estaré volviendo un viejo sentimental!...

Fuente: Gaitán, Nery Alexis. 2001. Arrullos a la Orilla del Ensueño. Tegucigalpa, Honduras. Talleres Moya Gaitán. 82 p.

8.12 Toda Una Vida Huyendo

Por: Irma Leticia de Oyuela

Cándida Rosa Girón se sumergía en sus pensamientos y oía allá, muy lejanamente, los rezos y las imprecaciones entremezcladas con el llanto de los niños; y pensaba que su destino estaba mezclado con la palabra “huida”. La primera huida, cuando se marchó del elegante colegio de las Medina Cidonia, donde había transcurrido cuatro años después su orfandad. Recordó el día en que llegaron las viejas Medina Cidonia a arrancarla de aquel barrio apartado, cercano al Rastro, donde había recuperado su infancia feliz después de la muerte de su madre, para llevarla a aquellos salones de pisos brillantados a fuerza de trapeador, con aquellos grandes espejos y aquellos óleos de viejos barbados con aire severo, que parecían descender de sus marcos y guarniciones doradas para increparla. Ése no era el sitio para ella. A ella, que tanto le gustaba el aire libre, los espacios abiertos y acurrucarse todas las tardes al lado de la ventana para escuchar, a lo lejos, las rondas infantiles que canturreaban: “Pobrecita huerfanita/ se quedó sin vestidura/ tortilla dura con carne cruda...”.

Una tarde, Meches Valladares, la portera del colegio, le contó que el hermano de su madre era el ricachón José María Girón, quien venía a la ciudad como diputado y se alojaba enfrente del colegio, en el hotel de las Hinojosa. Empezó a fabular que si ella esperaba que la cocinera abriera la puerta para entrar con las verduras de la compra cotidiana, ella podría cruzar la calle y hablar con su tío.

Así lo hizo. Y el tío, un hombre grueso y zarco, pareció comprender por qué no le gustaba el colegio de las tías paternas. Al día siguiente, emprendió camino montada en una hermosa mula hacia la hacienda “El Edén” que, en realidad, era una copia exacta del edén terrenal, donde el tío Chema era el amo y señor, además del dueño del pueblo.

Fueron días felices los de la infancia y la adolescencia. Consentida y mimada por los empleados de la casa grande, sólo abría la boca y tenía lo que quería. Nadie le pidió que aprendiera una letra, ni tuviera deber alguno. El tío Chema se conformaba con verla correr en su mula a pelo y reír a carcajada abierta, inquietando la pasividad de las vacas horras. El río siempre fue su delirio; nadaba como un pez y, en la adolescencia, más bien como una sirena, con los floridos pechos al aire en la tranquilidad de las ondas transparentes. Así la encontró el tío Chema el día que tomó la determinación de que esa niña estaba en edad de casarse, agregando: “No puede seguir así, como una potranca sin freno”.

Al día siguiente llegó la prima María Luisa, que le tomó medidas. En menos de tres días se miró al espejo y descubrió que allí se reflejaba una persona distinta a la que ella se creía. La luna redonda le mostró a una joven bien vestida, peinada, aplacada aquella greña a fuerza de brillantina. La sorpresa de ver a aquella joven, que era ella y no era ella, la hizo olvidar los sufrimientos que la habían hecho pasar: desenredar el pelo, lavarlo con jabón de olor y darle

tirones tan fuertes que creyó que se le iban a salir los ojos. Tres días con la cabeza cubierta por un pañuelo, donde le habían aplicado aquel unguento rojo para matar los parásitos. Después la metieron en aquella tortura que la prima llamaba corsé y todo aquel cachimbo de trapos: calzoncitos con olanes, dos o tres enaguas, con aquellas puntillas delicadas, blancas rosas y celestes, que sólo las había visto en las polleras de la Virgen.

Tres días de tortura, pero se sentía sumamente orgullosa por aquel fresco olor a colonia que el tío Chema compraba por galones a los marineros ingleses del puerto. Nocturnamente aparecía su olor, mezclado con las flores del naranjo, que se encontraba en la cercanía de su ventana. La casa se revolvió para un gran convite. Era un convite mejor que el que hacía la Cofradía de San Expedito en las fiestas de Marale.



Esa noche me llamaron. Fui al salón y vi enfrente de mí a un mulato alto, con el pelo ensortijado que le rodeaba la hermosa cabeza redonda. Con sólo verlo se sabía que era un buen chalán. Mi tío me presentó, agregando: “Le puedo garantizar que ella es una niña pura”. Si usted se casa en buena ley con ella, le voy a extender escritura por el sitio de “La Chocolatera” que tanto le gusta, y donde puede usted hacer casa y ampliar el cultivo del cacao.

Los meses pasaron y para qué decir que fueron de un pendiente y de un agite espantoso. Se terminaron para mí los paseos en mula y en caballo a pelo. Ahora dependía directamente de Vicha, quien rezongaba todo el día, llevándome de la casa a la cocina. Quería cambiar mi modo de hablar, explicándome inútilmente el uso de aliños y condimentos, del lavado y hervido de las sábanas, del servicio de una mesa. Desgraciadamente, mientras ella hablaba y hablaba, y rezongaba, yo pensaba qué sería de Margarita, aquella vaca lindísima a punto de parir y cómo Simeón, el mayordomo, se quedaría plantado esperando a que yo llegara para que la vaca tan consentida tuviera su becerrito.

Hasta que llegó el día de la boda. Yo abría los ojos desmesuradamente viendo cómo estaba la iglesia llena de flores y pensaba para adentro: “No habrá quedado una sola flor, ni en el jardín ni en el patio”. En el altar estaba el Padre Escoto, tata Escoto como le decía Vicha, aquel viejecito entre canoso y pelón, que yo había visto en la fiesta de San Expedito, echándose un sermón que me dio tanto miedo por la forma en que contaba —como si lo hubiera visto— lo que sufren los condenados en el infierno. Entre esas imágenes y los consejos de Vicha, que según el tío Chema me habían preparado para el matrimonio, yo me sentía cada vez más confundida. Vicha, por su parte, me decía: “La mujer tiene que ser obediente, estar dispuesta a complacer en todo a su marido, ordenada en la casa y muy limpia”. Pero también me asustaba cuando oía comentar a mi tío Chema con los peones: “Las mujeres son como mulas; cuando se ponen rejejas, no queda más que darles palos”.

Chon, la mujer de Simeón, el mayordomo, me quiso explicar que “las mujeres no sólo están obligadas a servir a su marido en lo de la casa y la cocina, sino también en la cama, que sólo

pueden rehusarse al marido para fiestas de t mporas”. El día que me confesó con tata Escoto, le pregunt  qué era eso de las t mporas y el buen anciano me contest  que eran las fiestas de guardar; es decir, aquellas fiestas en las que no se come carne ni de bestia, mucho menos humana, con lo cual yo qued  peor, pues me puse a pensar en que si el marido tenía derecho a comérselo a uno y que si sería a pedacitos o de un solo.

Mientras tanto a mí, Luis Urbina —que era como se llamaba mi futuro marido— me gustaba mucho. Sentía que me iba a cuidar, como yo también —pensaba— lo cuidaría. Cuando me apretaba la mano, sentía un calorcito rico y pensaba, para mis adentros, que de cualquier manera estaría mejor en la casa de “La Chocolatera” que en la casa grande, porque a mi tío sólo lo miraba de vez en cuando.

No recuerdo lo que dijo el cura, ni lo entendí; pero me dio la impresión de que era otro cuento de esos terribles que él hacía del infierno y sólo recuerdo que dije “s ” cuando Luis me tocó el codo, para que lo dijera en voz alta. Cuando dimos la vuelta para salir de la iglesia, “del gancho”, se escuch  un terrible trueno. Un viento loco entró en la iglesia y apagó todas las velas; mi gran sorpresa fue cuando apareció el peón Foncho Fonseca con un ocote encendido y todo el mundo empezó a gritar que Luis Urbina había desaparecido, “porque se lo había llevado el diablo”.

A raíz de todo esto mi vida cambió totalmente: Vicha y mi tío Chema me regresaron a la casa grande y me convertí en una persona rara; era virgen, casada, pero sin marido. Ya no tenía los mismos arrebatos de antes. Me dediqué a acompañar a Chon, la cocinera, y prácticamente no hablaba, no salía al campo, por miedo a los comentarios de los peones que, en cuanto me miraban pasar, echaban risitas a mis espaldas. Peor eran los comentarios de la maestra “ a Fema”. Cuántas veces la escuch  decir, en la tienda del pueblo, que mi tío Chema había entregado a Luis al diablo.

La última vez que salí con el propósito de divertirme, fue después de unos quince días que dejó de soñar con Luis Urbina. Porque después del día del susto, Luis me atormentó todas las noches y, en mis ensoñaciones, sentía cómo se desnudaba, penetraba en mi cama, me acariciaba toda y hasta sentía el olor a su sudor y en mis dedos se enredaba aquel pelo ensortijado, negr simo, y después se levantaba, mirándome con aquella angustia reflejada en sus oscuros ojos, que me hacían llorar.  sa fue mi vida por más de seis meses. Mi historia llegó más allá de los límites de la hacienda; me miraban como chiste llamándome “casada, virgen y mártir”. Me fui debilitando, tuve fiebres y un día pas  el doctor don Alonso Pineda, quien me dio un tratamiento para el hígado. El tío Chema, de vez en cuando, llegaba a la orilla de mi cama, me tomaba de la mano, suspiraba con el aire que tiene una persona que quiere apartar de sí un pensamiento y me decía con melancolía: “Cachito, va a ser necesario sacarte de aquí”.

Esa vez que fui de nuevo a la fiesta de San Expedito, not  que ningún muchacho se acercaba a mí. Sent  en carne viva —con marcas de fuego— la reacción masculina como de miedo y las muchachas prácticamente no me hablaban más que cuando estaba al lado de mi tío Chema. Así entendí lo que decía el tío; que tendría que marcharme de aquí y empezar una nueva vida en otro

lugar. Tenía que huir a otro lugar donde no me persiguiera la sombra de Luis Urbina, su recuerdo, donde no hubiera chiflones ni tempestades que apagarán las candelas.

Salimos de El Edén un sábado de noviembre. Mi tío José María, montado en su hermosa mula torda; Juan Paiz, parafranero y sirviente personal de mi tío, dos mozos y yo, en una hermosa mula blanca con su silla inglesa que, cuando mi tío me la dio, me dijo: “Será tu compañera por mucho tiempo”. En el camino me explicó que se había puesto en comunicación con mi hermana gemela, Rosa Luisa, quien vivía en Choluteca, casada con el administrador de la Casa Siercke. Ella necesitaba de una muchacha joven que la ayudara en la tienda y en la casa. Por la forma de contarme las cosas, pude darme cuenta de que mi tío me recriminaba; en el fondo, creía que yo no servía para nada. Cuando me hablaba de Rosa Luisa, mi hermana, lo hacía con admiración, ya que su vida era contraria a la mía. Rosa Luisa aguantó a las Medina Cidonia, quienes además la enviaron a estudiar a Guatemala. Por su inteligencia, educación y cultura, era una mujer “fina”, que se codeaba con las mejores familias y sabía comportarse con propiedad en los mejores salones. Ahora, que iba a encontrarme con ella a Choluteca, pensaba: ¿Cómo le iba a ayudar si no sabía de cuentas, ni sabía de nada, más que lo que me había enseñado últimamente Vicha, que era apenas a poner mi nombre? Pensaba que tal vez podía ayudarle en la cocina, a lavar los calderos y de repente hasta rajar leña o “jalar” agua.

Me separé de mi tío en el antiguo hotel de las Hinojosa, y no volví a ver siquiera la casa de las Medina Cidonia. Esa misma tarde emprendí el viaje hasta Choluteca, acompañada de Gualberto, aquel peón viejo que mi tío tenía en gran estima y a quien, antes de despedirse, le echó una loga sentenciosa y hasta amenazadora, diciéndole: “Te encargo a la niña y sos responsable de cualquier cosa que le pase; por asuntos de dinero no te preocupés, porque sabés con las casas con las que trabajo, donde podés retirar fondos”.

El camino se hizo largo y, a medida que avanzábamos por el camino real, el clima cambiaba totalmente; aquel calor sudoroso impregnaba el cuerpo, formando una desazón y una especie de angustia por la ansiedad de volver a ver a aquella hermana, que aunque compartimos el vientre de nuestra madre, no quedaba nada de ella en mis recuerdos. Mientras cabalgaba adelante y Gualberto detrás, esa sudoración me empezó a dar rasquiña y volví a pensar en Luis Urbina, por quien ahora sentía un recuerdo insólito. Una especie de rabia, por no haberse quedado en este mundo, por no haber dejado ni su cadáver, sobre cuya tumba hubiera descargado todo mi llanto hasta que mis ojos se secaran y no miraran nada sobre este monte alto por el cual camino, sin esos pinos que parecen plagados de duendes que también están carcajeándose de mí y de mis desdichas. De ese viento que golpea mi cara y que, insidioso, parece decirme, gritarme: “Virgen, casada y sin hombre”.

Al bajar la cuesta de la Moramulca, Gualberto se paró y empezó a hacer una fogata con su olla caminera, donde al rato hirvió el café, caliente y oloroso. Me hizo desmontar, puso un trapo sobre una piedra y me dijo: “Niña, un buen café levanta el corazón y alza el ánimo”. Agradecida tomé el “pocillo” y me puse a ver el paisaje en el atardecer, notando con sorpresa cómo las nubes se sumergían en el horizonte en llamas, donde algo verde se mezclaba con ellas, movedizo,

fulgurante, que me hacía respirar, inundándome de paz. Gualberto alzó la mano y me dijo: “Niña, es el mar”.

Mis pensamientos abandonaron a Luis Urbina, a mi tío Chema e, inclusive, a ésa mi hermana a quien en el fondo quería y no quería conocer. Y pensé que el mar era el sitio ideal para mí, para todos aquellos que vivimos huyendo de las gentes, de la soledad, de uno mismo porque, al final, uno mismo se vuelve tan extraño cuando no sabe quién es. Caminamos toda la noche, con sumo cuidado, y el alba fue cambiando el paisaje, llenándolo de suaves tintes rosados, igualitos a aquellas rosas en botón que había en El Edén, que Vicha juraba que nadie las había sembrado, que habían nacido solitas, por la fuerza de Dios y de los ángeles.

Gualberto me llevó hasta donde la familia Molina, que era muy amiga de mi hermana y de su esposo. Ahí pude ver una fotografía de mi hermana que le tomaron el día de su boda, lo cual me asustó mucho, porque era como verme en un espejo. Éramos como dos gotas de agua, igualitas, sólo que yo me sentía más grande y fuerte que ella. Tuve que aguantar toda la noche a la dueña de casa, la maestra Soledad, que nos dio de cenar y habló sin cansarse de Rosa Luisa: de sus maneras, de lo que la quiere su esposo, de la niña que acaban de tener, de la familia Siercke y de lo bueno que son con ellos, de lo bien que toca el piano, de lo magnífica maestra que es. Y, en fin, todo era Rosa Luisa. Me aburrió de tal manera, que cuando acordé estaba dormida sobre la mesa.

Al día siguiente llegamos a Choluteca y Gualberto averiguó la dirección de la casa. Nos recibió mi cuñado Matías, quien nos explicó que Rosa Luisa estaba en la hacienda, acompañada de la niña, porque estaba padeciendo de un paludismo después del parto; la había mandado a temporar para que se restableciera. Gentilmente me mostró mi habitación detrás de la tienda y me presentó a una empleada nicaragüense, llamada Justa Chicas, que se convirtió inmediatamente en mi amiga.

Así empezó una rutina (yo odiaba las rutinas). Al regresar Rosa Luisa se hizo cargo de la casa. Yo me ocupaba de la niña, que era como todos los niños, regordeta y muy bonita. Por las tardes, cuando la niña dormía, aprendí con Rosa Luisa a utilizar el ábaco, con el que podía sumar, restar, dividir y multiplicar. Así me convertí también en ayudante de la tienda; devengaba un sueldo y aprendí la diferencia entre la paga, como la de los mozos y los peones (a quienes se les paga inclusive por la presencia, no porque hagan algo) y el sueldo, que es aquel dinero que te dan por un trabajo del cual respondes.

Aunque yo protestara mentalmente por mi estadía en Choluteca, casi siempre echándole la culpa al calor, poco a poco me fui acostumbrando a aquella ciudad limpia y ordenada. Don Matías, mi cuñado, era muy fino conmigo. Todos los meses me hacía un regalo; una vez un pañuelo, otra vez un perfume, o bien una crema para las manos. Los mejores días eran cuando íbamos a la hacienda, que no era tan bonita como El Edén, porque alrededor de la casa sólo había mangos; el resto eran puros potreros para ganado. Lo importante es que de vez en cuando íbamos al mar, que quedaba cerca.

El mar fue siempre mi deslumbramiento. Yo sabía nadar y Rosa Luisa me había regalado dos camisones de baño. Cuando nadaba me sentía feliz y libre. Dentro del mar no había cuentas que anotar, ni recibos que llevaran faltas de ortografía. Cada vez que Rosa Luisa me regañaba por una falta de ortografía, internamente pensaba que era igualita que las Medina Cidonia y volvía a sentir dentro de mí aquella idea de huir, de salir corriendo, de irme lejos, pensando con rencor que ni Gualberto estaba de mi lado, porque ahora sólo pensaba en doña Rosita (como él le decía) y en don Matías, a quien quería como un hijo, sin acordarse el ingrato para nada de don Chema, su antiguo patrón.

En aquella tranquilidad todo iba muy bien, hasta que un día me mandaron a hacer un mandado al cuartel. Creo que a cobrar una factura al capitán Mariano Redondo, quien me recibió muy cortésmente. Me hizo sentar en una silla verde y, acercándoseme, me dijo: ¿Cómo una niña tan bonita anda sola en la calle? Yo me había puesto a ver con detenimiento su despacho y, cuando oí su voz, sentí vivo dentro de mí el recuerdo de Luis Urbina, sólo que eran dos hombres distintos. Éste era alto, fornido, con unos ojos color miel. Bajo el quepí negro y dorado, se asomaban las guedejas de un cabello rubio cenizo. Un bigote muy bien recortado le entornaba la boca, muy diferente a la de Luis Urbina. Tenía labios finos, con unos dientes pequeños y bien modelados de una blancura inmaculada. Don Chema hubiera dicho que “parecía gringo”.

Cuando me dijo que hablaría con don Matías para visitarme en la casa, sentí pánico. Otra vez me dieron ganas de salir huyendo, de correr, correr calle abajo y llegar hasta el mar para pensar con claridad, con el miedo de que él se fuera a dar cuenta de que yo era la hermana burra. Le dije que mejor, cuando quisiera hablarme, tocara por la puerta de atrás y yo saldría para hablar con él. Y así sucedió; todas las tardes él tocaba la puerta y yo le respondía con un silbido. Yo salía inmediatamente y nos acomodábamos bajo un árbol de aroma. Él se sentaba en la acera alta de la calle y yo conversaba con él.

Estas conversaciones se prolongaban hasta que Rosa Luisa me llamaba a gritos, dando vueltas por el patio. De qué no hablamos en aquellas tardes. Él me explicaba qué había estudiado en Guatemala y cómo era miembro del ejército. Yo le contaba mis cosas (menos lo de Luis Urbina); se reía mucho cuando le contaba cómo detestaba a las Medina Cidonia, y para hacerlo reír las remedaba, caminando sobre sus altos tacones y sufriendo bajo aquellos corsés. Me encantaba verlo reír porque, cuando reía, sus ojos de gato parecía que se llenaban de un montón de lucecitas brillantes y juguetonas, como los cocuyos que se encienden encima del mar.

En esa cara iluminada, además, se le hacían dos hoyitos en las orillas de la boca y se ponía juguetón y me agarraba la mano y me daba un beso. Toda esa época yo viví prácticamente para esas secretas reuniones. Hasta el día en que me dijo, en secreto, suplicándome que no le fuera a contar ni a don Matías, ni a mi hermana, que se iba a la guerra acompañando al general Martillo. Que éste había proclamado la revolución a favor de la legitimidad y que con él se iba toda la guarnición del cuartel. Inmediatamente sentí como una especie de temblor y me eché a llorar. En sus brazos le dije que me iría con él y él me preguntó si yo sabía disparar un arma, moler y

preparar una olla caminera. Le contesté que sabía preparar las armas y llenar los cartuchos. El fin de semana, cuando Matías y Rosa Luisa se habían ido para un baile que los alemanes tenían en Amapala, yo me salté la tapia de nuevo y pensé: “Ahora sí voy a huir de verdad”.

Gualberto había preparado mi mula blanca y en una funda de almohada, metí mis pocas pertenencias. Esperé angustiada, lejos del farol, la hora convenida con Mariano. Él pasó a trote vivo, con el resto de su tropa, a recogerme. Llegamos de madrugada a San Felipe, donde se estaban reuniendo las tropas dispersas de otros capitanes y coroneles que también iban para la revolución.

En la sabana llena de fulgores y a la luz de la luna fui la mujer del capitán Mariano Redondo. Sentí aquel cúmulo de sensaciones, de tal manera que toda la poesía de la noche me deslumbró con el canto de las chicharras del estío, la noche llena de luces, de luciérnagas noctámbulas, mariposas atrevidas —más de una de ellas, ciega, golpeó nuestra espalda desnuda—.

El día llegó en una fatigada alborada; el sol iba rápidamente hacia el cenit y nos unimos a la tropa casi al caer de nuevo el sol. Allí Mariano era otro: el que impartía órdenes, quien marcaba a cada cual su rol —incluyéndome a mí—. Yo asumí el papel de jefa de las soldaderas; en total éramos como cincuenta mujeres, de todos los tipos, de distintos destinos. Fue así como conocí a Mariíta Palma, quien ya había tenido un hijo y que llevaba cargado en la espalda: un niño tan vivo, tan inteligente, que ella ponía en el rebozo un saquito con rosquillas y totopostes y, a sus nueve meses, la criaturita, los sacaba y los mordía con sus cuatro dientecitos sin llorar, calmando así sus exigencias.

Mariíta Palma fue mi gran mentora en esas lides de la guerra. De toda esas mujeres, indudablemente, yo era como la más inteligente y la mejor amazona, razón por la cual Mariíta me explicó que tenía que cuidar de mi mula, no dejármela quitar y, por ningún punto, cabalgar al lado de las pocas mujeres que tenían bestia, sino al lado de Mariano, porque eso me daba categoría. La mayoría de las mujeres, en las jornadas largas, iban a la grupa de sus maridos, amantes o queridos y sólo desmontaban cuando ellos lo hacían o en los momentos de entrar en batalla.

Un día, cuando tuvimos el primer enfrentamiento con las fuerzas vencedoras del gobierno —que venían después de la batalla del Obrajuelo— nos pararon, pidieron el santo y seña, que no lo sabíamos y se dio ese enfrentamiento con las fuerzas del coronel Mazeta. Ese día volví a sentir la misma sensación que me daba en el vientre, esa sensación de asfixia, de ahogo, en la que sólo sentía la necesidad de huir, de huir, de salir corriendo y volver a pensar en el mar, de desaparecerme en él, de sumergirme en él, de perderme en él.

La batalla duró más de dos horas. Mi miedo era tal, que me refugié en un hoyo del camino, detrás de una piedra. A lo lejos percibí a Mariano, alzado sobre su caballo, ahora disparando y después con el sable, cortando de tal manera que parecía que rayaba el aire. Y lo vi de otra manera: ¿Sería posible que fuera el Dios de la Guerra? Volví a vivir aquel sentimiento de la iglesia de mi

pueblo, cuando miraba la estatua de Santiago, montado en su caballo, con la lanza hacia delante. Era igualito que Mariano, sólo que Santiago tenía los ojos fijos y este mi Mariano tenía los ojos, no como cuando me amaba —llenos de lucecitas amarillas— sino que los tenía de fuego, ya que se podían ver brillantes en la oscuridad, como los ojos de los gatos: fosforescentes, refulgentes.

Lo terrible fue después de la batalla. Ver aquella cantidad de heridos y de muertos. Yo ayudé con los vivos, rasgué mi enagua para hacer vendas e hice lo que hacía Rosa Luisa, allá en la hacienda de Apazurú, cuando alguien se había lastimado. Lavé las heridas con agua hervida y vendaba fuerte para evitar el dolor. Mariano, a su vez, en compañía de sus hombres de confianza, enterró a los muertos suyos y ajenos, amigos o enemigos y puso sobre cada tumba una luminaria para evitar que los animales del monte los desenterraran para comérselos.

Durante la batalla, la mula que llevaba la comida se disparó al trote. Se perdió y, con ella, toda la comida que llevábamos para más de un mes. Un hombre —de los de la guarnición de Choluteca— le dijo a Mariano que esa mula tuvo que haber regresado a la hacienda de donde era. Así fue como dimos vuelta para ir a Namasigüe a buscar la mula, o para conseguir provisiones en otros pueblos, como Orocuina y Duyure, donde había buenas haciendas.

Con éxito, Mariano pudo conseguir queso seco —que quitamos a un hombre que viajaba a Nicaragua—. Un tal Chepo robó dos terneras que andaban por un potrero, las cuales salaron y pusieron en una árgana, envueltas en hojas de plátano y de orégano. Yo personalmente restregué la carne con sal gruesa y chile pico de pájaro. Esta vez decidimos poner las provisiones en dos burros obreros, que robamos en una hacienda abandonada y Mariano ordenó que, cada vez que hubiera un encontronazo, amarraran los burros convenientemente.

Recuerdo que había un tal Luz Galván que se nos había unido a la tropa porque se había venido de Nicaragua, huyendo de donde estaba estudiando. Era un muchacho tranquilo, triste, con unos ojos húmedos; parecía que había llorado. Todos se reían de él porque, en las noches, cuando se encendían las fogatas y acampábamos, casi siempre a la orilla de un río, le daba por hablar solo y se echaba unos discursos que no entendía nadie. Yo apenas entendía que hablaba de la libertad, de las leyes y del pueblo. Mariano lo trataba con mucha gentileza, pero cuando daba la vuelta casi siempre decía que ese baboso lo mareaba con tanta pendejada. Y, dirigiéndose a mí, me decía: “Mire chulita, en la guerra las cosas son más sencillas: o matás o te matan”.

En menos de un año recorrimos más de trescientas leguas. Generalmente caminábamos fuera de los caminos normales, a puro campo traviesa; es decir, esquivando los pueblos, donde las plazas estaban ocupadas por el gobierno. Cuando yo me atrevía a preguntarle a Mariano para dónde íbamos, se limitaba a responderme que íbamos a reunirnos con todos los altos jefes de la revolución. A mí se me ocurría un montón de preguntas: ¿Quiénes eran los jefes de la revolución? ¿Dónde era el lugar de reunión? ¿Por qué peleaban? Preguntas que se dormían dentro de mí, porque ya sabía que Mariano me diría que las mujeres no se debían meter en las cosas de los hombres y las guerras son cosas de hombres.

Así que para no pelear y enojarme, mejor ponía las hamacas o un petate debajo de éstas, golpeaba las almohadas para sacudirlas, me desvestía y hacía el amor. Cuántas veces en la madrugada abrí los ojos y pensé en lo bueno que era estar al lado de Mariano, disfrutar su calor, sentir su respiración y olvidarse del mundo. Tener la certeza de que el mundo no existe, que sólo somos los dos y que encima de nosotros se miraban en el claroscuro de la madrugada —justito encima de nosotros— aquellos pájaros que cantaban en otro mundo diverso al nuestro.

Un día, estando en un pueblo cerca de la capital, llegó un hombre cubierto con un sombrero ancho y envuelto en una capa negra, que ocultaba debajo un traje elegante como el que se ponía mi cuñado Matías cuando iba a las fiestas de los alemanes. Todo el mundo lo llamó Doctor. Yo suspiré aliviada, porque me dije: “Bendito sea Dios, vamos a tener un Doctor para que cure a los enfermos y a los heridos”. Pero Matías se fue con él a caballo y, hasta el día de hoy, no supe lo que hablaron ni lo que pasó. En esos días yo andaba mal porque estaba a punto de dar a luz.

Barrigona y con aquellos malestares, Mariano ordenó una “expedición” que realizaríamos cerca de una aldea que se llama La Cuesta. El tiroteo empezó a las cuatro de la mañana, justamente cuando me empezaron los dolores del parto. Por eso me quedé rezagada y pude salir de apuros gracias a los auxilios de Mariíta Palma, a quien nunca dejaré de agradecer sus servicios como comadrona. Allí, en el suelo, en un petate nuevo, nació mi hijo Simeón, aquel muchacho que después se convirtió en un guapo joven y que yo crié con todo el primor con que una mujer cría a su primer hijo.

Esa batalla fue un desastre. El pobre Mariano se quedó, apenas, con la cuarta parte de su tropa (unos veinticinco hombres). Allí murió también la mayor parte de las mujeres, quedando además cuatro huérfanos, de los que yo me hice cargo. Esto obligó a Mariano a mandarme a Cedros, donde me instalé en una antigua casona de la familia Membreño, donde pasé más de cuatro años de mi vida cuidando a Simeón y a los cuatro huérfanos. Allí recuperé algo de mi alegría anterior y mi amor por Mariano que, tan lejano en sus guerras, era el recuerdo más amable, más cariñoso, más cumplidor que tenía de la vida.

Sin embargo, de cada mes sólo tenía una semana feliz con mis recuerdos. Las otras eran de angustia, de esperar las noticias para saber cómo iba “su revolución”. De despertarme a media noche y sentarme en la cama a pensar si estaba vivo o muerto. Allí adquirí una gran confianza en mi amor; tenía la plena seguridad de que él me avisaría no sólo de los peligros, sino también si le pasaba algo.

Por la tía Lucía supe que iba a empezar una campaña en el norte y que pasaría a verme en octubre. Así pasé cuatro meses de agite en los preparativos para esperarlo: cuidando que los niños no se fueran a enfermar, que estuvieran limpios y bien cuidados, aconsejándolos para que fueran cariñosos con Mariano. Para ello les mostraba la única fotografía que tenía de él. Como había aprendido a coser, arreglé la casa, puse cortinas, bordé unas cámaras y un pabellón para mi cama, e hice algunas mudadas para los niños; llené la despensa con chocolate molido y envasé las tablillas y las bolitas en unas latas que la tía Lucía me había conseguido.

Aquella casa relucía de limpia y anhelosa, al igual que la dueña. A ratos pensaba que ni Rosa Luisa, mi hermana gemela, podía tacharme de algo. Hasta el fogón y el piso de tierra estaban revocados con tierra blanca, que juntamos con los niños aquel día que llevamos la silla mecedora para que él tuviera donde sentarse y fumar con agrado. No olvidamos ni la tablita de enfrente para que no arruinara el revocado del piso con sus botas de militar.

En noviembre, después de una espera de cuarenta días, en aquel anhelo de que si no llega hoy llegará mañana, mi corazón ya no podía más. Aquel constante asomarse a la ventana y ver el camino solitario por donde no aparece nadie. Y de nuevo aquel sentimiento de dolor en el estómago, asfixia que me obligaba a salir constantemente y pararme junto al murito del patio para otear el camino en donde los pinos y los robles exudaban aquel oxígeno que no ajustaba para mi nariz. Y la idea loca de siempre huir, huir, huir, salir corriendo; no para el mar, sino para ir a buscarlo a él, que era definitivamente mi mar.

Al día siguiente descubrí que mis hijos no eran todo; solamente eran la playa de ese mar, lo que junta el mar con la tierra. Llamé a la tía Lucía y le expliqué que no aguantaba más y que me iba a buscarlo; que se hiciera cargo de mis hijos; que quedaba intacto el último dinero que había recibido; que ya tendría noticias de nosotros dos. Encontré una ropa vieja de hombre, me vestí con ella, me corté el pelo y me fui.

Tres días de jornada hicieron que alcanzara la brigada en las cercanías de Comayagua. No puedo dejar de decir que me enorgullecí cuando vi que ya no eran aquellos veinticinco bandoleros de las cercanías de Sabana Grande. Era un ejército en forma, con hombres bien armados, disciplinados, que avanzaban en columnas de dos en dos por la carretera que va hacia el norte. Mi Mariano iba a la cabeza, acompañado de tres coroneles bien vestidos, también bien armados, erguidos y ufanos en sus respectivos caballos.

Cerca del poblado de San José de Comayagua, llegué a la plaza y desmonté, tirándome sobre la grama. Hasta ese momento recapacité en que la ropa que llevaba era de por sí un escándalo, ya que dibujaba mis piernas, mis caderas y mi cintura. Sin proponérmelo, dormí más de dos horas con el sombrero puesto sobre la cara, mientras mi caballo mordisqueaba la grama de la plaza desierta. Cuando desperté sentí el ruido de los tambores y pude percibir que habían avanzado más de un cuarto de legua. Montada, seguí las columnas y las vi bajar hasta Siguatepeque.

Me reuní con él al atardecer. Asistí al acto en el que el comandante local y demás autoridades entregaron la plaza en una ceremonia inusitada. Me sentía sumamente orgullosa de Mariano. Sobraban casas en las que nos ofrecieran alojamiento. La casa que elegimos era la de la viuda de un rico comerciante alemán, quien gentilmente me ofreció su cuarto y todos aquellos artículos de tocador que una mujer necesita en una noche de bodas. Porque yo tenía la certeza de que ésa era mi noche de bodas, de la misma manera que era noche de triunfo para él.

Borrando de mi mente aquel recuerdo de la noche de mi boda con Urbina, vi mi imagen reflejada

en el espejo y pensé que, definitivamente, yo era otra mujer, que no tenía nada que ver con aquel mulato bronco y áspero. Allí en el espejo —que no mentía— era la mujer del Coronel que acababan de vivir como General, y disfruté esa imagen, al verme bien vestida, con el cabello limpio y en alto. Decidí bajar para esperar que Mariano me llevara al baile de la Alcaldía. Cuando bajé al comedor, la viuda del alemán se sentó conmigo, mientras nos servían una estupenda cena. Ella, tomándome de la mano me dijo: “Niña el General se fue solo a la Alcaldía, porque sus compañeros —los otros generales— no le van a perdonar jamás que lleve a su querida, cuando todo el mundo sabe que su esposa está en San Pedro”.

Sentí que iba a llorar. Sin embargo, me senté con la dama en la ventana y nos pusimos a ver, divagadamente, cómo pasaba la gente. Advertí una serie de costumbres que ya conocía: La tropa dispersa por las calles, borracha, haciendo luminarias en las esquinas, donde un guitarrista anónimo entonaba tristes canciones de amor, más la masa del pueblo, que gritaba entusiastas vivas. Eran vivas a la libertad, a los generales y a la revolución.

Esa noche dormí profundamente, con un sueño pesado —de esos que fatigan más de lo que descansan— hasta que llegó Mariano, trasnochado y levemente borracho. Me inundó con esa ternura tan propia de él, mirándome fijamente. Indagó por mi huida de Cedros, por los niños y, después, me tomó en sus brazos. Lo volví a ver sin rencor, olvidando todo lo de la noche anterior, gozando internamente de aquellos ojos de miel, iluminados nuevamente con aquellas lucecitas, que sólo se pueden advertir en las noches quietas a la orilla del mar.

Durante los tres días que permanecimos en Siguatepeque, estuve aturdida por ese sentimiento de amor, de plenitud, del resurgimiento de aquella pasión, de aquel sentimiento que era solamente mío. De vez en cuando me echaba a reír y, cuando él me preguntaba: “De qué te ríes, pequeña loca”, yo sentía que no se lo podía decir, porque me reía de su esposa. La noche anterior —en sueños— había adquirido la certidumbre de que un hombre es de quien lo posee. Y a partir de ese momento, no dejaría solo a Mariano. Estaba dispuesta a recibir y a darle amor.



Así transcurrieron los cuatro años durante los cuales Cándida Rosa Girón acompañó a los generales de la célebre guerra de la década de los treinta. Al lado de su Mariano fue protagonista y testigo de una serie de batallas, que marcaron en forma indeleble la geografía nacional. Feliz y enamorada, fue teniendo sus hijos: Raúl, Armando y Mariano, que nacieron en pueblos, aldeas y ciudades, muchas ya desaparecidas, como Guangololo, Precia y Tiama.

Ella fue el espejo vivo de esas revoluciones que el pueblo nunca supo por qué se hacían y qué se buscaba. En su memoria quedaron registrados muchos de los nombres de esos héroes ignotos, desconocidos y olvidados. Sobre todo, del rol de las mujeres que vivieron al margen de la educación y de la historia, a pesar de ser protagonistas directas. El espacio en el que ellas se movieron —el del amor— no era un espacio reconocido y mucho menos propiciado, porque la emotividad aún no se acepta como forma de ser.

Cándida Rosa Girón se quedó sola con sus hijos —los propios y los ajenos—, deambulando por la Costa Norte en los días en que ésta ya era ocupada por las compañías bananeras. En esa época, el Sur —con su mar— había dejado de ser la cara ecológica de Honduras que, incorporada a un proyecto imperial, lo dejó en perpetuo olvido. De esa manera, se provocó un increíble trasplante poblacional hacia el Norte, que se convirtió en el símbolo del antiguo “dorado”.

Cándida Rosa Girón vivió en cuanto campo de la Compañía surgió y creció. Fue pulpera, vendedora de lotería clandestina, prodigó amor y no se pudo sustraer de estar presente el día que asesinaron al general Mariano Redondo, cuando una bala, artera y anónima, atravesó su corazón un día domingo —día de pago—, frente al hotel Balderach, de la recién surgida ciudad de Tela. Ahí, en compañía de sus hijos, aquellos huérfanos, volvió a sentir la soledad y aquel deseo de huir, de huir hacia el cercano mar, en el sentimiento de la pasión que la había sostenido con vida.

Fuente: Oyuela, Leticia de. 2001. Las Sin Remedio; Mujeres del Siglo Veinte. Tegucigalpa, Honduras. Edit. Guaymuras. 288 p.

Lista para chequear por su propia cuenta el valor del documento

Sí No Yo tengo una página de cobertura similar al ejemplo de la página 5 ó 6 del Suplemento.

Sí No Yo incluí una tabla de contenidos con la página correspondiente para cada componente.

Sí No Yo incluí un abstracto del documento (exclusivamente para la tesis).

Sí No Yo seguí el contorno propuesto en la página 7 ó 13 del Suplemento con todos los títulos o casi.

Sí No Yo usé referencias a través de todo el documento según el requisito de la página 8 del Suplemento.

Sí No Mis referencias están en orden alfabético al final según el requisito de la página 8 del Suplemento.

Sí No Cada referencia que mencioné en el texto se encuentra en mi lista o viceversa.

Yo utilicé una ilustración clara y con detalles para defender mi punto de vista.

Yo utilicé al final apéndices con gráficas y otros tipos de documentos de soporte.

Yo utilicé varias tablas y estadísticas para aclarar mis ideas más científicamente.

Sí No Yo tengo por lo menos 30 páginas de texto (15 en ciertos casos) salvo si me pidieron el contrario.

Sí No Cada sección de mi documento sigue una cierta lógica (1,2, 3,...)

Sí No Yo no utilicé caracteres extravagantes, dibujos o decoraciones.

Sí No Yo utilicé un lenguaje sencillo, claro y accesible para todos.

Sí No Yo utilicé Microsoft Word (u otro programa similar) para chequear y eliminar errores de ortografía.

Sí No Yo utilicé Microsoft Word (u otro programa similar) para chequear y eliminar errores de gramática.

Sí No Yo no violé ninguna ley de propiedad literaria al copiar materiales que pertenecen a otra gente.

Sí No Yo afirmo por este medio que lo que estoy sometiendo es totalmente mi obra propia.

Firma, Nery Alexis Gaitán

2 de abril 2008